EL SÍNDROME DEL CAPATAZ

La novela de Bilbao

Juan Urrutia

El Arte de Las Cosas

El síndrome del capataz

Juan Urrutia Elejalde

El síndrome del capataz

La novela de Bilbao

El Arte de
Las Cosas

INFORMACIÓN GENERAL SOBRE ESTE LIBRO

Créditos y reconocimientos

Esta novela ha sido cedido al dominio público por su autor, Juan Urrutia Elejalde, que escribió esta obra de ficción a lo largo del año 2014.

Qué puedes hacer con este libro

Puedes, sin permiso previo de los autores y editores, copiarlo en cualquier formato o medio, reproducir parcial o totalmente sus contenidos, vender las copias, utilizar los contenidos para realizar una obra derivada y, en general, hacer todo aquello que podrías hacer con una obra de un autor que ha pasado al dominio público.

Qué no puedes hacer con este libro

El paso de una obra al dominio público supone el fin de los derechos económicos del autor sobre ella, pero no de los derechos morales, que son inextinguibles. No puedes atribuirte su autoría total o parcial. Si citas el libro o utilizas partes de él para realizar una nueva obra, debes citar expresamente tanto a los autores como el título y la edición. No puedes utilizar este libro o partes de él para insultar, injuriar o cometer delitos contra el honor de las personas y en general no puedes utilizarlo de manera que vulnere los derechos morales de los autores.

Edición y corrección: El Arte de las Cosas
Diseño de portada e ilustraciones: Beto Compagnucci.
Maquetación: Rasgo Audaz, Sdad. Coop.

Edita: El Arte de las Cosas S. Coop.
ISBN: 978-84-939190-4-7
Depósito legal: M-36621-2015

Prólogo de la editora

La Ciudad y la Ciudad

Cada vez que en las Indias editamos una obra de Juan, sobre todo si no es un manual teórico, sino una obra literaria, tenemos la tentación de editarla acompañada de un libro de instrucciones. Es ahí cuando nos damos cuenta de cómo han cambiado las cosas. El Ulises de Joyce no llevaba libro de instrucciones y tampoco el Rayuela de Cortázar. Es quizá nuestro sempiterno deseo de universalizar a nuestro Dogo lo que nos hace pensar por un momento en hacer algo para que todo el mundo se de cuenta de que el contenido de estas páginas es mucho más que una novela, es mucho más que unas memorias enriquecidas con toques de ficción, es mucho más que un ejercicio de introspección literaria. Este libro es una venganza.

Y no una venganza personal, en el sentido de que no va dirigida contra alguien en particular, eso tampoco sería ninguna novedad, sino contra toda una clase social. Una clase social que estableció un régimen de apartheid a través de lo que nos llega más adentro como seres humanos: nuestro sentimiento de pertenencia.

Es verdad que en esta novela hay detalles, matices, que solo serán captados por los bilbaínos. La ventaja es que, como todos sabemos, el bilbaíno nace donde le da la gana. De hecho, nosotros, los indianos, nos hicimos bilbaínos en 2011. Es difícil hacerte bilbaíno, porque al principio hay una serie de códigos que no entiendes, unas fronteras invisibles, una ciudad y otra ciudad entremezcladas que pegan saltos cada una de ellas a un lado y otro de la ría.

Nos preguntábamos, por ejemplo, por qué Getxo a veces es Getxo y a veces es Bilbao; por qué en la ciudad del Guggenheim

no hay puentes desde el Museo Marítimo hasta el Abra, por qué el barrio de San Francisco (en pleno centro) está más lejos que Plentzia o por qué el apelativo «los de la margen izquierda» se pronuncia con temor algunas veces, y otras con compasión.

Como en el libro de China Miéville, La ciudad y la ciudad, *hay dos ciudades superpuestas cuyos habitantes se* desven *los unos a los otros. Para ambos grupos, hay fronteras que no se cruzan, lugares a los que nunca se entra, barrios prohibidos o peor aún, inexistentes, habitantes invisibles...*

Para nosotros, ciudadanos «transversales», todo era de lo más críptico. Entonces cayó en nuestras manos un libro de 1904, El intruso, *de Vicente Blasco Ibáñez, quizá su novela más militante, donde a través de la vida de un médico inspirado en el Doctor Areilza, nos cuenta como el enfrentamiento entre carlistas y liberales con la industria metalúrgica de fondo, abona el terreno para la guerra civil y desemboca en la sociedad excluyente y dividida de la postguerra: la ciudad y la ciudad.*

Y es que en el continente europeo, nada tiene una raíz corta o recta. Fernando VII no pudo imaginar que el restablecimiento de la ley sucesoria de Las Partidas *de Alfonso X tendría repercusiones tan largas, profundas y sangrientas.*

Tuvieron que pasar casi dos años para que llegara a las Indias la novela de Bilbao, mucho más cercana y también más profunda que El Intruso. *Juan nos sorprendió una vez más, al escribir en tiempo récord su historia más íntima (más aún que* Faroladas*) y más emocional, y para la Ciudad —Bilbao— aún a día de hoy, también la más polémica.*

A pesar de un cierto tono pesimista, la idea central de esta novela es la redención y el renacimiento derivados de la paz entre los contrarios. Por eso uno de los dos personajes femeninos se llama Esperanza, porque en ella recae la única esperanza real de reconciliación. Sin ella nos falla, la única opción posible para nuestro Ulises, lo único que impedirá que la historia caiga con todo su peso sobre nuestro héroe, es la muerte.

El otro personaje femenino recibe el nombre de Magdalena, testigo de la resurrección de Jesús y, según los textos gnósticos coptos, una discípula más, tan cercana a Jesús como los apóstoles, es decir, una mujer empoderada. Magdalena es el faro de nuestro protagonista, la que le señala la verdad sobre una exclusión cruel y destructora, la que le pide que arregle esa fractura y cuya presencia se mantiene durante toda la novela. Gracias a ella, que es la verdadera esperanza, sabemos que a pesar de todo la reconciliación es posible y que siempre hay algo a lo que agarrarse, aunque ese algo sea un barco rumbo a América.

Prólogo a la segunda edición

Ciudadanos de Frontera

Fue la modernidad la que enhebró definitivamente a la Ciudad qua *ciudad en la literatura y la que la transformó en un topos literario, en paisaje necesario para la construcción de la identidad y la subjetividad moderna de ciudadanos libres, dentro de una polis pretendidamente —y con seguridad utópicamente—, igualitaria y fraterna. Los ejemplos son múltiples y no viene al caso el academicismo de una larga cita que necesariamente alcanzaría su momento de esplendor con el* Berlin Alexander Platz *de Alfred Döblin y con el* Ulises *de James Joyce, ambas publicadas en los años 20. Y si la referencia puede parecer anacrónica, su pertinencia puede iluminarnos en el momento de abordar esta obra, explícitamente subtitulada «La Novela de Bilbao», en tiempos donde la subjetividad ciudadana viene siendo desterrada a favor de identidades estrictamente nacionales, étnicas o genéricas.*

Y si insisto en retener la referencia Joyceana es porque el Ulises *—además de su brillantez estrictamente literaria en cuanto a su tratamiento espacial y temporal, su multiplicidad y ese lenguaje que hace estallar las consabidas formas de significación— es sobre todo un modelo de articulación del ciudadano medio, el astuto judío Bloom, el hombre sin atributos ni lealtades, el flâneur baudelariano o benjaminiano, en y por la Ciudad donde pasea y a cuyos estímulos responde.*

Y es que el Síndrome del Capataz, La novela de Bilbao, *también aúna, en contexto y con formas bien distintas, es verdad, el* bildungsroman *de su héroe narrativo, su crecimiento e instalación en una madurez que pretende igualitaria, justa y fraterna a partir de una ciudad mucho más compleja que Dublín, en su configuración*

geográfica, social y cultural. Y también aquí, al realismo y la fidelidad a lo local, que deleitará a los bilbaínos cuando reconozcan y se reconozcan en calles, pastelerías, teatros e iglesias, hay que añadir la ciudad transformada en topos literario ineludible. Bilbao como objeto de deseo y también como tabú en cuanto que su realidad resulta irrepresentable. En el prólogo se nos dice que «esa Ciudad nuestra que tiene su clítoris en la margen derecha, entre Las Arenas y Ereaga, encima de esa piedra larga que ha ido domándose desde la erección permanente de su republicanismo juvenil. Claro que la vagina es la ría, pero la ría en realidad es sólo la margen izquierda, porque sólo ahí está la falsa creencia en una izquierda que canta al acero como si fueran labradores hollando la tierra./.../ Y la Ciudad en sí, nuestro pequeño Manhattan no es sino el cérvix, allá en el fondo donde se confunden el dolor y el placer de la ternura material, de una vagina que pide a gritos una enorme verga fertilizadora que trabaje con calma y con fuerza hundiéndose hasta su misma base ayudada por fluidos multicolores y alcanzando el cérvix a golpes».

Y no otro es el trabajo de escritura fertilizante de Juan Urrutia en esta novela o trilogía de «novellas», «El dueño de los timbales», «Remolcadores de altura», «El síndrome del capataz». Un trabajo de escritura en el que el progreso vital de Jon, el narrador, se produce implacable y diálecticamente con el intento de entender y fertilizar a la Ciudad. He dicho antes que ésta era entre otras cosas una novela de iniciación o un bildungsroman, y lo es, aunque contravenga las reglas nunca estipuladas del género y se haya escrito desde la madurez. Es el relato de la conformación de los múltiples yoes del narrador, siempre, a la contra y en diálectica de amor odio con esa Ciudad que se presenta como objeto de deseo y cuya penetración —o la posibilidad de la misma— es el leitmotiv de la novela y de la personalidad del narrador y protagonista. Y la analogía joyceana viene a cuento de nuevo. No sólo es que sepamos que una facción del nacionalismo vasco se ha recreado en los modelos irlandeses, sino porque como es sabido, al final del Retrato del Artista Adolescente, *el joven Stephen que ya ha descrito a su tierra como una «loba que*

devora a sus crías o a su prole», declara un tanto intempestivamente, «Voy a forjar en el yunque de mi alma la conciencia increada de mi raza», y a partir de ahí emprende un exilio para escribir e inscribir una ciudad que odia y de la que no se puede despegar. Y hay mucho de esto en «El síndrome del capataz»: en ese Jon adolescente y joven que no hace sino huir, a Francia donde vive la fraternidad, a Inglaterra donde aprende el pragmatismo, a Irlanda donde conoce de nacionalismos, a Alemania donde descubre el sexo. Y siempre, hasta su viaje definitivo con el que cierra el libro, más allá de la bocana del puerto «por donde sólo entrarán los aires benéficos que cierren las suturas de la Ciudad». Y leo yo una diálectica semejante a la Joyceana entre el Stephen adolescente del retrato frente a la monumental encarnadura de la ciudad moderna que es el Ulises, en la obra de Joyce. Los múltiples yos de Jon enfrentados a la Ciudad, Bilbao, cuya constitución fundante es una muy particular ley de la frontera, no sólo entre margen izquierda y margen derecha, sino también y a la vez, entre vencedores y vencidos, y fundamentalmente para nuestro protagonista, en su particular versión de la dialéctica del amo y del esclavo, entre los amos y los capataces.

Y es precisamente esta frontera no sólo dialéctica, sino real, lo que adquiere casi un carácter sacral y fundante de la personalidad de los ciudadanos del bocho, y la que problematiza la trayectoria del narrador, porque la frontera es por definición un lugar sin tiempo histórico, un espacio liminal, alejado de toda domesticidad y de toda ciudadanía, un rito iniciático consecuente a un pecado original, cuya única regeneración es la violencia. Esta irreconciliable oposición no siempre es visible a primera vista, y nuestro héroe tiene que llegar a una primera madurez para descubirla, en el extranjero y en Salzburgo, al contacto con un gran amor, Machalen. Han crecido en paralelo, sin jamás encontrarse. Es la materialización de la frontera, y para Jon el descubrimiento del exilio interior, y con él, el de la posibilidad de vivir «en extranjero de sí mismo». Este relato constituye el eje de la primera sección, «El dueño de los timbales». Ni que decir tiene que esta experiencia personal lleva aparejada

la revelación de toda una población de «esclavos no tan felices», hombres y mujeres conspiradores en un submundo paralelo que se mueve a los acordes de la música de los capataces.

Y esta música callada de los capataces vertebra la iniciación de Jon en la segunda sección de la novela, «Remolcadores de altura», donde le seguimos desde la infancia hasta la primera madurez. En ella encontramos su propia y muy personal frontera constituyente, en este caso una herida fundante —una fêlure en términos psicoanalíticos— que queda significada en la foto de boda de sus padres: «La madre, muy seria, lucía un buen brillante en su mano derecha, que parecía utilizar para expresar lo que fuera con una dignidad exagerada. El padre, en la combinación que Jon asociaría para siempre a su figura: traje impecable de sastre inglés y boina de diseño local que, sin embargo servía no tanto como etiqueta de raza sino sobre todo de recuerdo de un asedio en el que su padre, mi abuelo, de sombrero riguroso, tuvo que enfrentarse a otros habitantes más bien rurales a los que su padre ahora ofrecía la paz desde su pragmatismo anglófilo.

Ahí en la foto de boda de sus padres, empezó el calvario y el camino de perfección de Jon. Entre una margen y otra, entre el casco viejo y los ensanches, entre la religión de la sociedad y las ideas que aquella silenciaba, entre la violencia y la supervivencia».

Y más adelante: «pero ambas anécdotas fueron suficientes para detonar la furia serena de este joven que fue chiquillo de la margen izquierda y su determinación de que nadie sino él mismo podría trazar su camino y que éste había de pasar muchas veces por la bocana del puerto de la Ciudad importando ideas hasta que un día ese puerto también sirviera para exportarlas. Ese camino sin embargo no estaba demasiado claro en la mente de Jon, siempre confuso entre el solitario de la madre y la boina del padre.»

Esta es a mi juicio la correspondencia con el Non serviam joyceano. La irreconciliable yuxtaposición entre la boina del padre y el solitario de la madre conforman la irreductibilidad del protagonista, cuya trayectoria vital seguimos desde su niñez y adolescencia

hasta la madurez en un proceso en el que «se trataba de saber cómo hacer de uno mismo una figura ejemplar que se jugara, si no su vida, sí su identidad».

Y en este juego entran muchas variables, las hay muy cultas, (en una novela que está plagada de referencias y guiños literarios), como la inscripción de este poema de Emily Dickinson, que en su aparente y abrupta sencillez interpela nuestra propia y problemática subjetividad:

> «I'm nobody. Who are you?
> Are you nobody, too?
> Then there's a pair of us —don't tell!
> They'd banish —you know!

Un poema del que Jon se servirá en la tercera parte de la novela para desestabilizar a la pandilla de amigas bien que reunidas en torno al te le utilizan ya en su madurez como capataz de conocimiento.

Pero también Rilke le sirve para matizar la precariedad de todo sujeto que se embarca en la aventura vital:

> Du aber bist der tiefste Mitellose
> Der Better mit verborgenerm Gesicht[1]

Pero ese cultismo no lo redime de la noche en que su padre le sacó de la cama en su casa de la margen izquierda, para llevarle en el remolcador a la ría e iniciarle en una maniobra nocturna y secreta de salvamento de los «conspiradores». Como tampoco le redime de lo que yo quiero ver como un trasunto de la «epifanía» joyceana, cuando en la playa ve y se enamora de una joven inaccesible, en los viajes a la contra que este adolescente de la margen izquierda

---

1] *Tu eres el pobre más miserable, un mendigo con la cara tapada, eres la pobreza gran Rosa, la eterna metamorfosis del oro en la luz del sol.*

hace una y otra vez para ver y tal vez hablar con «Esperanza», la niña adolescente de la margen contraria, a la que tardará cientos de páginas en penetrar y vengar en ella la rabia de los capataces.

El episodio nocturno con su padre, además de apuntar la conspiración secreta paterno-filial, y una todavía desconocida pero decidida preferencia por la «boina» del padre, frente al solitario materno, revela al joven todo un submundo paralelo al de su vida cotidiana, en el que se dejan leer otras opciones políticas, así como una toda una ética conradiana, de pragmatismo, de solidaridad, austeridad y silencio. La sociedad secreta de los conspiradores de la ría, claro está, es espejo de distintas conspiraciones nacionalistas, en cualquier caso, de la sociedad secreta de los vencidos de esta ciudad en la que todo y toda actividad viene sesgada por una frontera.

Y como en las mejores novelas de Conrad, esta ética callada necesita para su puesta en práctica de un «afuera» peligroso, más allá de cualquier zona de confort, sea ésta la ciudad, la ría o la domesticidad, y un conocimiento profundo y técnico de las leyes de navegación, de la geografía del escollo y las mareas. Y consecuentemente, una fidelidad sin concesiones y en la fraternidad a las leyes que esta particular geografía vital impone.

Esta suerte de rito iniciático conforma la personalidad del narrador, que constituye en relato eficaz ese «síndrome del capataz» que articula la tercera sección de la obra en un final que, como en la mejores novelas que en el mundo han sido es un relato de amor y muerte. Jon, el intelectual, el capataz de la era postmoderna en la versión de Urrutia, pretende transgredir la frontera que han trazado los amos de siempre, huérfanos voluntarios de la experiencia conradiana que apuntábamos más arriba, y por lo tanto, huérfanos de realidad, y en consecuencia huérfanos del saber y ajenos por completo a toda experiencia real de solidaridad en la diferencia. Por el contrario, Jon, ya capataz en función de su experiencia, de su inteligencia y de su internacionalización más allá del bocho, pretende cumplir una cierta venganza de la margen izquierda, resolver

desde allí esa epifanía de juventud, cuando adolescente perseguía a esa joven de la playa y de la margen derecha que, como no podía ser de otra manera, se llama Esperanza. El reencuentro de ambos, tras años de separación, no puede ser más modélico narrativamente hablando. El momento de «reconocimiento» se produce bajo una estética de mínimos, contundente en su austeridad:

> «—Te llamas Juan, no?
> —No, Esperanza, me llamo Jon.»

Ya todos sabemos que el nombrar es importante, y que el nombre nos constituye. Y la precisión y humildad de ese primer diálogo y encuentro es más que reveladora de la persistencia de la frontera que define la ciudad entre amos y capataces.

El capataz contemporáneo culmina su venganza penetrando a Esperanza y con ella a la ciudad, y lo hace, como en toda frontera, bajo el imperativo de la violencia: con un asesinato en toda regla. Se trata de una violencia que se revela hasta cierto punto sacral, puesto que transciende la experiencia subjetiva del narrador y apunta al carácter fundante de la violencia en la ciudad fronteriza. No viene al caso, contar los pormenores de esta suerte de novela negra, aunque sí detenernos en la foto fija final que rezuma, una vez más, referencias literarias y que cierra en bucle, como en un círculo las tres secciones de la novela.

Efectivamente, Jon, una vez cometido su crimen, tiene que huir. Pero su huída nos retrotrae al comienzo de la obra. En la primera sección conocíamos de la existencia de un músico, el «dueño de los timbales», de la orquesta de la Ciudad, timbales que había preservado y conservado desde los tiempos oscuros, y que vuelven a la vida en el Teatro Arriaga, en una noche memorable en la que la ejecución de la «Obertura de los Esclavos Felices» del maestro Arriaga, provoca en su intensidad la muerte de su timbalero mayor. Ni que decir tiene que los timbales tienen resonancias metafóricas, no sólo porque el timbalero mayor sea el abuelo de la joven Machalen,

a la que conoció en Salzburgo y que ahora se revela como una gran directora de orquesta; sabido es que los timbales nos retrotraen a la música de los ejércitos, y en este caso, a la guerra perdida por el margen izquierdo de la ría, y también al emblemático sitio de Bilbao, al último, aunque no sólo.

Y será precisamente este timbal sagrado el que se convierta en una especie de ataúd melvilliano, como el que salvó a Ishmael en Moby Dick*, donde se refugiará Jon para huir de la ciudad donde ha cometido el crimen. Los timbales y la orquesta de la ciudad viajan en sus containers a iniciar una gira internacional donde se revele la maestría de Machalen como directora de orquesta. Una gira que les llevará al país donde fluye el río Magdalena, esto es Colombia. Y ahí viaja Jon, encerrado dentro del timbal, en la bodega de uno de tantos buques que salen por la bocana del puerto del Abra, tras una peripecia en la que han participado algunos de los herederos de aquellos conspiradores de la ría de su juvenil experiencia paterno-filial. Dentro del contenedor reina la oscuridad, como saben muy bien tantos fugitivos y emigrantes que viajan en busca de mundos mejores. Pero el linóleo que recubre sus paredes interiores deja espacio para las grietas que se abren como ventanucos por los que se cuela la luz y con ella el aire que permite la supervivencia. Y la luz y el aire transforman la huída de Jon en una suerte de experiencia platónica de la caverna y del cinematógrafo, trazando imágenes tan diversas como una venus de ébano, un búho albino e incluso el Angelus Novus de Klee, que elabora en imagen lo que en Walter Benjamin es el Angel de la Historia, el que vuela de espaldas, el que nunca puede mirar hacia delante, sino que contempla la Historia acontecida, y en palabras de Jon no es más que una cadena de fracasos, un perfecto error que nadie puede ya remediar sino, como mucho, «contar con sentido, un sentido sólo inventado y siempre a la espera de realizarse». El posible fracaso de la historia de la ciudad, sí, pero a la vez, la transformación del viaje de Jon; fugitivo inicial, renacido de nuevo para contar la historia. Sólo Ishamel en su ataúd sobrevivió para contarnos la tragedia de la ballena blanca*

en Moby Dick*; también Jon, en su container sobrevive a una experiencia dramática para relatar su particular visión de la Ciudad, a través de su «experiencia de seducción por la palabra».*

Seducción es otro de los términos que vertebran la novela, configurando un campo semántico que funciona a distintos niveles de significación. Pero la definitiva «seducción por la palabra» que es quizá el rasgo diferencial de Jon, viene precedida de una serie de estadíos preliminares de los distintos significados de esa palabra tan compleja que es «seducción» y que tanto tiene que ver con la escritura. Comenzamos con el más banal, aunque no menos determinante del descubrimiento del esplendor del cuerpo y del sexo de un joven de provincias —aunque sea bilbaíno— en la California de los sesenta, con encuentros muy precisos con Anaïs Nin o Henry Miller. Pero hay un punto más, en este discurso del sexo, un punto que transciende la experiencia personal. Un sexo que, en principio, parece abordado muy a la manera urrutiana, es decir, con la ligereza del amateur que Juan Urrutia postula en todos sus escritos y como forma de presentarse ante la vida. Jon, a la manera del Nabokov coleccionista de mariposas, colecciona pubis con sus correspondientes vellos, «pubis morenos de vello escarlata, rubios con su correspondiente dorado, negros,» etc. hasta completar un pantone, siempre con la «legerezza» y «sprezzatura» propias de un cortesano renacentista. Pero más allá de la ligereza, la cosa se pone seria, cuando introduce la referencia al cuadro El Origen del Mundo*, la obra de Courbet, que no conocen los señores de Neguri, ese cuadro fundacional en la Historia del Arte, la obra realista al máximo que acabó con el realismo, una obra que Lacan compró y veló hasta su muerte, donde se presenta, en primer plano, un pubis. La irreverencia y el escándalo vino dado por la representación del sexo femenino sin rostro, esto es, la represetnación de lo hasta entonces irrepresentable: el atrevimiento de pintar directamente el tabú, «la Cosa», sin disfraces, ni obstáculos ni prohibiciones. El sexo, el pubis, se transformó de repente en algo relativamente repugnante. Conserva su atractivo erótico, ciertamente, pero también*

adquiere un carácter un tanto repulsivo por la excesiva presencia de lo deseado. Y basta con remitirnos al título de la obra de Courbet con su inscripción del «Origen» para entender su carácter fundante y trasladarlo a la novela de Urrutia. El objeto del deseo en ella no es otro que Bilbao: objeto de deseo pero también tabú en cuanto que su realidad última resulta irrepresentable. Esta imposibilidad que cerró, en el caso de Courbet, las posibilidades del realismo en pintura, abriendo las puertas a distintas formas de abstracción, adquiere en el trabajo de Juan la consistencia de un síndrome. Como afirman las últimas palabras de la novela «Me sentí desolado pues ante mi parecía abrirse una tarea cuya imposibilidad estaba descrita en el linóleo. No podría nunca empezar de nuevo. Nada, y sobre todo nadie, podría hacerme olvidar lo que sabía que sabía».

Y en este trabajo, el autor se distancia por completo de la escritura Joyceana. Si la escritura de Joyce trabaja por sustracción, por así decir, por cerrar una arquitectura trabada y autoreflexiva, la escritura de Juan Urrutia es torrencial, visceral, por más que se reclame como hijo de Las Luces. El síndrome del capataz es puro connatus, fundado en la potencia del deseo de que la novela se produzca. Uno de los grandes atractivos de la novela es esta su escritura impura, como una performance en la que el objeto artístico es menos importante que la presencia del artista. Con el discurso del sexo —o más certeramente del deseo— y la inscripción del Origen del Mundo *de Courbet, Juan Urrutia instala en el texto una presencia cuasi corporal. Se sitúa en un umbral que escinde cuerpo y escritura, institución e inscripción, lengua y estilo, pasión y organización; su penetración y crimen final, junto con el de Courbet, se deja pensar como una posición enunciativa encarnada: un texto, pero también, voz y cuerpo. Esta especie de monstruosidad es también un modo de intervención política. No deja de ser un acto de agenciamiento que impugna el orden literario acostumbrado y que se enfrenta a ese tabú total que es el Origen.*

Aunque éste se llame Bilbao.

María Lozano Mantecón

INTRODUCCIÓN

Creía que lo tenía todo controlado, así que cuando faltaban como diez minutos para llegar a aquel semáforo que regulaba el tráfico de vehículos sobre el río, dije con seguridad fingida:

—Cuando termine de contártelo, mi futuro inmediato quiero decir, te besaré y sabré si puedo esperar hacer el amor contigo. No podrás fingir, yo lo sabré.

Acababa de planear mi futuro y, en la absurda exaltación de la miopía juvenil, anuncié que lo contaría de atrás hacia adelante:

—En el 2006 ganaré un importante premio de novela. Te preguntarás que por qué tan tarde, pero no seas impaciente, en seguida lo entenderás. El título provisional de la novela es *El orgasmo cervical* y es una trilogía sobre esa Ciudad nuestra que tiene su clítoris en la margen derecha, entre Las Arenas y Ereaga, encima de esa piedra larga que ha ido domándose desde la erección permanente de su republicanismo juvenil. Claro que la vagina es la ría, pero la ría en realidad es sólo la margen izquierda, porque sólo ahí está la falsa creencia en una izquierda que canta al acero como si fueran labradores hollando la tierra. No hay fantasía, solo realidad desnuda que, por casualidad o por vicio, proporciona belleza.

Creo que ella no me escuchaba, me observaba como esperando el final de un sonido que no le interesaba. Pero así y todo continué, también yo imperturbable:

—Y la Ciudad en sí, nuestro pequeño Manhattan, no es sino el cérvix, allí en el fondo, donde se confunden el dolor y el placer de la ternura material, de una vagina que pide a gritos una enorme verga fertilizadora, una verga que trabaje con calma y con fuerza hundiéndose hasta su misma base ayudada por fluidos multicolores y alcanzando el cérvix a golpes. Una verga como la mía, que

según me han dicho todas —morenas de labios grises, pelirrojas de sexo marrón y rubias rosáceas —después de recobrarse de un leve desvanecimiento, es algo que no debería repetirse a menudo, por razones de orden.

Por «respeto a sí misma» me lloraría mucho más tarde la madre de mi hijo no nato, la única que, junto a la que caminaba a mi lado en aquel momento, jamás se dejó llevar por ese entusiasmo mío que yo creía contagioso. Ella seguía sin acusar ningún tipo de emoción, así que decidí improvisar una breve continuación:

—Pero este trabajo de *stallion* sobre mi Ciudad, mezcla de amor y venganza, exige plazos. En la primera parte ganaré el Premio de novela el día de Reyes del 2004. Trabajaré poco a poco en su primera parte entre el otoño del 2002 y la primavera del 2003. Pero tendré que darme prisa, pues no puedo negarme, como hasta ahora, a todo lo que se me ocurre como despedida de mi oficio y anunciación de mi «autoría». Durante los meses finales del 2002 se harán famosos en la Red los que llamaré *Los Cuadernos del Negro*, que me temo no serán entendidos como lo que son: la invención de mis «yoes» múltiples, necesarios para captar todos los planos de una realidad poliédrica y también para garantizar el éxito de mi aventura empresarial, mezcla de empresa privada e institución pública; sino como un estúpido juego de intertextualidad y pequeña muestra de la deconstrucción hipertextual de un pensamiento económico rico.

Me pareció que ella había vuelto a la tierra y me animé a continuar:

—Y en el 2003 tiene que salir en formato electrónico *A Trancas y Barrancas* (Volúmenes I y II) que acabará ganando, ya en papel, un Premio de Ensayo en 2004. Su tercer volumen saldrá en 2005 para ayudar a que no me agüe el premio de novela del año siguiente.

Ahora, acabada la letanía de mis éxitos futuros, no tenía más remedio que jugarme el todo por el todo con una introducción al beso prometido, preferiblemente con ribetes musicales:

—Con la publicación de la novela del premio en el 2006 cobrará sentido este irrefrenable deseo mío de envolverme en la Ciudad para terminar de soldar mis «yoes» en un único autor, cantor elegíaco de esta enorme hembra que ha pasado disfrazada como un ejemplo de sobriedad viril y que hoy es una ciudad serena en donde los espasmos de placer han conseguido un ritmo de *addagio* que dura más de lo que parece y cuyo fin no nos desespera pues sabemos que siempre será posible convocar la alegría serena de un amor tierno, tranquilo, fuerte, lleno de cicatrices bien curadas, irrompible, redondo, silencioso, germinal.

Sí, mi estrategia de mencionar como de refilón un movimiento musical había tenido éxito, y ahora la tenía por fin, pendiente de mis palabras:

—No quiero hoy abrirte la boca y explorar tu alma. Solo quiero rozar las comisuras de tus labios e invitarte a agotar juntos el cupo de daños, heridas, e incomprensión que nos infringimos unos a otros, pero que muy pocos saben transformar en canto sereno. Todo lo que empieza bien acabará en un éxtasis nada místico, apenas sexual, pero lleno de luz y de transparente inteligencia.

Tomé su brazo izquierdo con mi mano derecha, un poco más arriba de lo que la mera protección recomienda, y añadí un breve «te besaré al cruzar la calle».

No me miró, pero escapó de la fuerza de mi garfio. Muchos años más tarde descubrí que hasta el momento en que puse mi mano en su brazo, estuvo dispuesta a desviar la amenaza de mi beso, naturalmente por su falta de exaltación o, más exactamente, por la exaltación de la serenidad. Aquel pequeño gesto ambiguo le hizo sentir la fuerza de mis dedos en la parte superior de sus bíceps, fortalecidos por el ejercicio diario con las pesas del gimnasio, y sobre todo le hizo sentir la fortaleza enorme de los míos. Pero esto lo supe más tarde. En aquel momento me dirigió unas palabras mágicas mientras esperábamos a que se abriera el semáforo:

—Bésame como quieras, pero como no me abraces hasta ahogarme no sabré qué pinto contigo. Jamás llegaré a ser la directora

de orquesta que ambiciono sin la fuerza de un hombre en mis hombros y en mis brazos. Nací hembra y me gusta serlo, me permite escuchar sin reírme discursos como el que acabas de lanzarme, pero necesito un hombre al lado que tenga la fuerza de su peso y que me transmita la falta de dudas sobre su capacidad de levantar piedras. La batuta pesa toneladas después de una jornada de ensayo y las pesas solo me proporcionan un pequeño toque de distinción puntual. Necesito tu fuerza de estibador y por eso, te quiera o no, deseo que estés a mi lado. Moveré mi cabeza un poco para que de las comisuras pases a los labios entreabiertos y, si quieres, ese puede ser el comienzo de una complicidad eterna, a prueba de heridas.

Su sentido del tempo musical hizo que su respuesta coincidiera con el cambio de luces y caminamos juntos hacia el otro lado de aquel río en una ciudad extrajera.

PARTE I

EL DUEÑO DE LOS TIMBALES

1

Podríamos habernos quedado a dormir en la casa que mis padres habían habitado en el ensanche urbano más reciente desde después de la guerra. Mi antigua habitación había sido conservada esperando mi regreso, pero solo el mío. Era una habitación amplia y la cama, suficiente para dos. Era mucho más amplia, de hecho, que el catre que habíamos compartido con placer durante el último año.

Pero esta posibilidad nunca fue una opción desde el mismo momento que enfilamos la plaza después de un viaje complicado: tren hasta Ginebra, otro hasta la frontera y el gastado coche de su abuelo hasta el portal mismo de una casa sólida, vieja y callada como la misma Ciudad. No llovía, pero la humedad era tal que el destartalado salón donde su abuelo había puesto a punto los timbales durante años, y que parecía llorar su ausencia en un silencio espeso y desde una mancha de sequedad en el centro, lindante con una cama recién instalada, podría habernos parecido como el cuchitril con estufa y café caliente en el que se protegen y tiritan de miedo y frío dos náufragos. Sus ventanas daban al sureste de la plaza, con un colegio de chavales vacío a la hora de comer y con un restaurante lleno de pobres hombres orgullosos de verse como la España que trabaja, y que solo son funcionarios al dictado del *Boletín Oficial*.

Pero no hubo ocasión de discutir dónde pasar la noche. Cogimos nuestros bártulos y nos largamos a su casa, a la que había sido de sus padres y antes de su abuelo, y que ella heredó; en donde había vivido todos sus recuerdos bajo la tutela del abuelo

todavía firme y con camisa blanca impecable, que no dejó traslucir su desencanto por nuestra deserción.

Yo sabía que no había opción. Dentro de una semana, después del concierto, todo volvería a una normalidad relativa. Solo relativa porque al día siguiente a ese concierto ella iría atrás sobre nuestros pasos, aunque solo hasta Munich, y yo saldría para Madrid camino de California.

Esta separación que creíamos entonces temporal llegó a ser casi total en muchos sentidos. Aunque siempre estuvo adornada por una correspondencia puntual, pudo haberse iniciado en mi habitación con vistas al parque, o en ese salón de etéreas huellas de presencias pretéritas. Pero estas noches tenían que ocurrir, no transcurrir, no deslizarse, no pasar plácidamente entre el sueño, el placer y el amparo, tenían que ocurrir, como un acontecimiento «fundante», en esa habitación fría y desangelada que había sido de sus padres y que ocupaba toda la segunda planta de una casita de obreros pegada a otras que, a su vez, acariciaban otras que conformaban un barrio de una sola calle más pendiente que la subida al Mönchberg, al que tantas veces habíamos trepado sin aparente esfuerzo, enfrascados en una conversación alegre y lenta. Pero no había flores ni hierba en esta casa de un barrio obrero de la Ciudad. Solo una calle en cuesta, estructurada en largos peldaños, casa por peldaño, por donde se despeña un torrente en cuanto caen dos gotas.

En una percha ahorcada sobre la puerta abierta del armario colgaba su esmoquin de solapas brillantes redondeadas y, como toque personal, una abertura trasera que lo hacía similar a una americana tan larga que parecería que deseaba dejar solo entrever lo que hay que ocultar. Ella estaba vuelta hacia la cama sentada sobre la silla del tocador, con el brazo derecho apoyado en el frío cristal que lo cubre y con la mano izquierda sosteniendo un cigarrillo que se consume solo.

Yo me abrigué bajo la manta y sentí ese vacío en las ingles que nunca dejará de proporcionarme su desnudez inconsciente, aunque duramente trabajada como provocación casta, y que ese día se

manifestó en un escorzo de muslo ensombrecido por un chaquetón de piel de cordero que dejaba al descubierto sus largas piernas, esas piernas que, años más tarde y enfundadas en unos pantalones de raso muy a lo Greta Garbo, sostendrían sus éxitos musicales. Ahí estaban, pero la presión con la que se cruzaron me hizo saber que era mejor renunciar a exacerbar el deseo. Enciendo yo también un cigarrillo y me dispongo a escuchar de nuevo esa historia que he oído tantas veces. Yo no era todavía del todo consciente de que esta era la primera de nuestras últimas noches juntos y que, después del concierto, ya no habría ocasión de acariciar la suave seda gris de su sexo.

2

Nos encontramos en la *Residenz* el día de mi llegada, que resultó ser también la suya. Quizá habíamos compartido algún medio de transporte desde nuestra Ciudad hasta este fortín medieval cargado de reminiscencias obispales, por más que al sur del monte Königsberg y al norte del Mönschbeg, la nueva burguesía olvidadiza de un pasado reciente bien desagradable, hubiera extendido su relativo buen vivir en casas amarillentas de pocas alturas y fachadas planas.

Con su extraño aplomo más propio de una veterana que de la recién llegada que yo suponía que era, actitud que yo atribuí al hecho de que se dedicaba a la música, según me explicó inmediatamente, me fue explicando las simples formalidades que yo debía cumplimentar para pasar a formar parte del cuerpo estudiantil, y disfrutar de sus privilegios en materia de alojamiento, manutención y visitas culturales, que todos compartíamos por el mero hecho de formar parte de esa comunidad internacional.

Si yo fuera originario de este lugar, no me sentiría muy orgulloso de mi universidad. Es pequeña, poco especializada, muy

orientada al mediocre sostenimiento de la vida en común, es decir, de la intendencia, y con muy pocos vuelos intelectuales excepto, claro está, en lo que concierne a la música. Sean intérpretes o estudiantes de dirección, los tocados por la gracia y ganadores de un concurso que las embajadas del país organizan a lo largo y ancho de Europa, hablan, comen y pasean como los verdaderos dueños del lugar, como los legítimos herederos de no sé qué herencia, como los únicos dignos de mirar de frente a las palomas que se posan sobre la cabeza de Mozart a pocos pasos de la Residenz.

Yo, muy al contrario, estaba allí becado por los americanos para especializarme en comercio internacional, una rama de la Economía que, de central al corpus teórico, había derivado hacia una vulgar práctica comercial muy poco propia de este lugar que, aparte de Mozart, no es sino un nido de pequeños comerciantes desconocedores de que uno puede comerciar con un exterior que no sea Alemania, y muy conscientes de que no se debe intercambiar nada, y menos que nada opiniones, con vecinos sospechosos del norte y del este.

Yo tendría que estar en América, pero de momento estaba encantado de recoger las migajas tardías que la ayuda americana proporcionaba en términos universitarios a los habitantes de lo que, por razón de la guerra mundial, había acabado denominándose Europa y a la que los americanos creían poder volver a poner en pie. Aunque yo hubiera estado deseando aprender, y no solamente largarme de la Ciudad, no habría podido aprender gran cosa por la poca brillantez del profesorado, su escaso entusiasmo y mi reducido conocimiento del idioma.

Ella se desenvolvía con facilidad en alemán y exhibía un tono plano propio de la Deutsche Schule de nuestra Ciudad, enriquecido, sin embargo, por un timbre local divertido y que yo creía musical, muy mozartiano en mi humildísima opinión. En este su tercer año ya no era una estudiante normal, de esos y esas que pierden el tiempo atareados en pasar de un punto a otro del centro para ir de clase en clase.

Junto con dos jóvenes austríacos deslavados, habitaba en una especie de comuna independiente, una casa cuadrada de tres plantas amplias, justo en el punto medio entre el Schloss y Hellbrunn. Cada uno ocupaba una habitación en la segunda planta, según me iba explicando ella, usaban los cubículos insonorizados de la tercera planta en un incesante ejercicio de familiarización con instrumentos varios y recibían clases a primera y última hora de cada día en la primera planta, por donde se paseaban los mejores especialistas del mundo en armonía, historia y dirección. Estos tres elegidos de los dioses serían monjes este tercer año como lo habían sido los dos primeros. Pero a partir de la finalización de este curso serían lanzados al mundo a conquistar podios tan altos como su ambición se lo permitiera, pues su formación no podía ser mejor.

De todas formas, sus veintidós años, solo dos más que yo, no le debieron permitir la condescendencia con la que me ayudó a rellenar papeles y cumplimentar trámites. Me sentí un poco molesto pero, en lugar de contarle que ya conocía esta ciudad, se lo agradecí acompañándole hasta la casona cuadrada con algún toque de color y geranios en las ventanas de todas sus plantas, en un paseo enérgico que se convertiría muy rápidamente en rutinario, pero que esa primera vez me impactó por la maestría de mujer mayor con la que me hizo contarle mis decisiones vitales y el asombro de niña pequeña con que las escuchó:

—¿Cómo es posible que siendo del mismo lugar y que siendo nuestra Ciudad apenas más grande que este pueblo hayamos tenido que coincidir en esta ciudad musical y obispal, sin vida excepto en verano y mucho más aburrida que la nuestra?

Estas palabras no las dije yo, sino que fue ella quien las pronunció nada más tomar aguas arriba la ribera izquierda del Salzach. El tono de su voz era tan suave, tan poco estridente, tan templado que hubiera bastado para retenerme a su lado todo el tiempo que ella hubiera deseado. Pero es que además, esas palabras contenían todas las piezas de un puzzle, todos los hilos de una red.

A alguien como yo le engancha para siempre que se le pregunte «cómo es posible» algo, cualquier cosa, lo que sea. Es como un abracadabra que hace saltar los diques que sujetan la marea de mi verbosidad y no me pude reprimir afirmando con excesivo énfasis que los lugares nunca son el mismo, que nuestra Ciudad es única en su capacidad de maximizar el número de lugares que caben entre dos montañas y el mar. Que nuestra Ciudad es la más pequeña del mundo pero mucho más grande que todos los pueblos con mil millones de habitantes precisamente porque es compacta y no se desparrama ni deja agujeros sin definir, medir y clasificar. Que esta cualidad hace comprensible su variedad conservada cuidadosamente por un culto a los acentos propios de sus distintas partes o por el grano de azúcar que acompaña a la salsa de tomate que hace tragable un mojojón. Que si ella se aburrió es, seguramente, porque no quiso comprender esta variedad y usarla como enriquecimiento o por el contrario, porque quiso renunciar a ella como gesto de orgullo perezoso o porque la vivió sin conciencia de estar viviéndola.

En este punto, ya entrados en la planicie que deja el río a su izquierda y que resulta más plana que una tundra, dio como un respingo seguramente molesta por la agresividad de mis últimas palabras. Pero es difícil pararme cuando me lanzo, aunque registré que más adelante debería suavizarme y arriesgar un piropo intelectual. Así que continué contándole, en un tono casi imperceptiblemente más íntimo, que yo mismo tardé muchos años en sobrepasar los límites de mi barrio. Un barrio excepcionalmente simple, geométricamente hablando, pues consistió durante muchos años en una mera prolongación de la calle mayor y en la esquina mágica de una finca entonces opaca al transeúnte, que vigilaba el inicio de una calle ancha y recta dedicada a un médico que, como todo en la Ciudad, se quedó entre la torpeza y el genio, en un dulce pasar, y que no consiguió por pereza dar su nombre a un síndrome, aunque estuvo cerca, pero sí fundó un hospital que ha hecho de todos los habitantes personas longevas... Y sin querer,

rememoré en los cinco minutos que le quedaban a nuestro paseo otoñal, mi infancia pasada por agua.

—Me llamo Magdalena —dijo al despedirse—, pero mi abuelo siempre me llamó Machalen.

Inicié el camino de vuelta hacia el lado opuesto de esta pequeña ciudad rumiando que no había tenido tiempo de insinuar mi piropo intelectual.

3

No creo que tuvieran lugar todas las semanas. Me refiero a los conciertos de la Sinfónica. No lo creo porque, de haber ocurrido todos los domingos, no recordaría dichos días con más fruición que la musical, y no los mezclaría con «la innombrable» de la misa de 12 en San Vicente. Lejos del altar mayor, sin llegar todavía a los bancos corridos, arrodillada en un reclinatorio-silla independiente, de esos que tenían dos pisos, uno para sentarte en él después de dar la vuelta a la silla, y otro más bajo, para arrodillarte en los momentos más solemnes. Con las manos apoyadas en el brazo del reclinatorio, estaba aquella mujer que, seguramente desnuda debajo de su abrigo blanco crudo de *mouton rasé*, turbó mis años de adolescencia tardía.

Si acudía a aquella misa, en mi parroquia pero lejos de mi casa, tenía que ser porque no había concierto. Pero como también acudía al concierto con mi madre, he de suponer que la Sinfónica no se prodigaba tanto como mi memoria pretende hacerme creer.

Nunca la vi más que en misa o con ocasión de ella. Llegaba y se iba en un Simca 1000 color naranja y nunca, al entrar o salir de ese coche sencillo, pude ver ni el más mínimo rastro de tejido alguno entre las rodillas y el borde inferior del abrigo de *mouton rasé*. Ni de las mangas salían nunca nada más que las manos,

pequeñas y regordetas, entrelazadas sin rosario o devocionario, ni su escote lucía nunca un solape de blusa alguna. Ni siquiera cuando Limantour desnudó el escenario de la sala de conciertos y saltó alocadamente sobre su podio, pude desviar mi atención de la imagen de la mujer del Simca 1000 llegando a su casa y quitándose distraídamente el abrigo de *mouton rasé*.

Pero, ¿dónde viviría? No parecía de mi barrio. Se coloreaba artificialmente las mejillas y ni siquiera llevaba mantilla. Me era imposible seguirla pues, ni disponía de vehículo ni me atrevía a dejar plantada a mi madre. Tampoco vi jamás el inconfundible Simca 1000 aparcado en sitio alguno de la ciudad. Así que cada domingo de concierto, y ya el programa ofreciera Mendelsohn o Tchaikowski, Beethoven o el mismísimo Debussy, no conseguía yo dejar de evocar, de forma más o menos alborotada o abstracta, la caída del abrigo de *mouton rasé* justamente para mí y solo para mí, en el recibidor mismo de su piso que yo imaginaba decimonónico.

No sé cuántas de estas reminiscencias resonaron en nuestro paseo de los primeros días de otoño. Ignoro si pasaron volando por mi imaginación sin dejar rastro sonoro. Tampoco estoy seguro de por qué, un día le hablé a Machalen de esa mujer del Simca 1000. Sospecho que no era sino la manera torpe que encontré de hablar de sexo con ella, como si lo recordara de una época pasada, sin mucho interés pero para que constara, como quien abre una puerta o, al menos, la entreabre a la espera de recibir alguna señal de que puede seguir empujando. ¡Y lo del concierto! Para qué tenía yo que hablarle de música precisamente en Salzburgo y justo al final de su famoso Festival de Verano, y precisamente a una estudiante avanzada de dirección.

Una cosa es que yo estuviera allí gracias al dinero del senador Fullbright, para aprender algo de comercio internacional en aquellas fechas todavía muy poco aperturistas, en el contexto de una guerra fría y en el marco de colaboración entre los EE.UU. y un país fronterizo como era Austria, y otra cosa muy distinta que no dejara de tener un cierto gusto por la música, tal vez como

herencia de aquellos conciertos a los que no guardaba ningún rencor, a pesar de que me privaban de la renovación de mis ensoñaciones eróticas de la misa de 12. Fueron muchos domingos y mi madre sabía distinguir una «pieza maestra» —así se expresaba ella— de otra que «no me dice nada» o «no la entiendo».

Tuvieron que pasar varios meses para que ella, Machalen, respondiera a esos tímidos avances en mis propios términos, o accediera o condescendiera a hablarme de música. De lo que ella quería hablarme era de la especialización que, en algún momento quizá yo le conté, traía consigo la ventaja comparativa entre países, aunque claro está, ella no lo expresaba de esa manera.

Pero sin duda se refería a ello cuando con menos candidez de la acostumbrada, me contó que para ella, la calle de los Buenos Aires, desde la plaza Circular hasta la ría, y la calle que la prolongaba desde esa plaza y hasta un palacio, para continuar más allá hasta las estribaciones de un monte herrumbroso, eran la frontera de su país, la línea divisoria que no le permitía asistir al concierto de los domingos cundo tocaba la Sinfónica, la que justificaba que se tuviera que concentrar en recuerdos húmedos, en lugar de centrarse en los planes secos como latigazos que en aquellos tiempos comenzaban a reavivar nuestra pobre ciudad vencida.

—Cuando tú caminabas con tu madre tarareando alegremente camino de Albia, mi abuelo me mantenía quieta con su mano grande y fuerte en la acera de enfrente hasta que, cerradas las puertas de la sala de conciertos, también nosotros echábamos a andar en silencio hasta la plaza Circular, para luego descender hacia el Arenal. Al llegar al teatro Arriaga, me soltaba la mano, como si ya no hubiera peligro —nunca supe de qué—, y me contaba la historia musical de cualquiera de esas piezas que ni él ni yo habíamos podido escuchar.

Recuerdo muchas —continuó— y quizá algún día las esbozaré, porque creo que él las adaptaba no solo a mi edad, no solo a sus propios gustos, sino sobre todo, a alguna recóndita moraleja que nunca hasta hoy he llegado a entender. El paseo por la ribera

hasta el puente de San Antón lo recordaré siempre como salteado de locuras de músicos, de escalas cromáticas inimitables y de hallazgos inesperados que podrían haber mejorado la obra musical de la que se tratara.

Yo quería meter baza, pero ella no paraba de hablar:

—Estas historias siempre acababan al otro lado del puente. El abuelo callaba en ese preciso instante, cogía fuerzas, y ascendíamos sin hablar la calle San Francisco hasta el *Royalty*, un salón que era como mi casa, algo extraño, pues nunca he conocido a nadie para quien la comodidad doméstica estuviera asociada a un salón de espera de una casa de mala nota. A las dos de la tarde, hora a la que llegábamos el abuelo y yo, dos mujeres jóvenes trajinaban mal peinadas alrededor de una mesa alargada, poniendo platos y llevando fuentes desde la barra del bar a la mesa.

Continuó imparable:

—Detrás de la barra del bar había como una cabina de locutorio a través de la cual llegaba la comida de las mujeres, y también la nuestra: la de mi abuelo, la mía y la de Don Jacinto, que oficiaba como si fuera el dueño. Nunca le vi dirigirse a las mujeres jóvenes, solo se dirigía a mi abuelo y a Doña Amparo que, bien pimpante y ya sin mantilla, había dejado bolso, rosario y misal sobre la barra y daba órdenes sin cesar hacia la cocina y hacia la mesa alargada en la que varias mujeres de las jóvenes comían con buen apetito.

Y siguió:

—Don Jacinto se sentaba con nosotros, mi abuelo y yo, y disfrutábamos de una magnífica comida dominical donde nunca faltaron los dulces para mí que Doña Amparo compraba en la calle de Ronda después de la misa mayor en la iglesia de San Antón, oficiada por aquel cura grandote al que todos los feligreses parecían admirar y respetar como una gota gorda de ese nacionalismo que cae todos los días como fina lluvia.

Hizo Machalen una especie de parada en su discurso como para tomar aire. Yo sabía que esperaba mi respuesta, o al menos

alguna reacción. Pero como yo no decía nada, pues nada me sugerían sus recuerdos infantiles más allá de la sorpresa que me producía la historia de una niña que no contaba nada de sus padres, ella continuó:

—Y allí estaba yo, en medio de esos hombres mayores, de espaldas a la mesa alargada, con las piernas colgando, los zapatos de domingo adquiridos con crecederas bamboleándose en el aire, y con unos calcetines blancos que me espantaban y procuraba ocultar bien debajo del mantel. Toda oídos a una conversación que entonces me era difícil entender y que año tras año, domingo tras domingo, se centraba en que «nosotros» no teníamos apenas una última oportunidad y que ellos, es decir «vosotros», habían ya copado todo, que no podíamos sino resignarnos a hacer lo poco que sabíamos: vender caramelos, coger puntos a las medias, fabricar muebles de artesanía sin marca alguna, recibir a hombres jóvenes con ganas de jarana y atenderlos con amabilidad, limpieza e higiene.

Me miró como esperando un comentario a este último punto, como para asegurarse de que lo había entendido, y como retándome a que allí mismo cortara la conversación y me diera la vuelta hacia mi territorio. Solo pude mirarle y enarcar las cejas como diciéndo «¿Y qué más?»

—Ahora pienso que aquellas fronteras intangibles que separaban tu mundo y el mío de otros mundos que yo ni siquiera imaginaba, eran las causantes de la docilidad de Don Jacinto y de mi abuelo. Para Don Jacinto mi abuelo era, por razones que no entendía yo, Don Ricardo, dos nombres posiblemente falsos. Y nunca pasaron al tuteo sino que, más bien, esta cierta ampulosidad en el trato marcó la enorme serenidad de los domingos con el atractivo hipnótico que todavía hoy tiene en mi recuerdo el calorcito del salón, el ambiente de hotel con dos mesas, la alargada para las chicas y la redonda para nosotros cuatro y, sobre todo, aquella especie de balconcito situado en el único ángulo recto de esta habitación de ambiente tan singular y sobre el cual parecían

descansar algunos instrumentos musicales entre los que destacaba una batería que ¡oh sorpresa! un día descubrí que mi abuelo solía tocar en algunas ocasiones en las que yo no necesitaba sus cuidados.

Solo Doña Amparo circulaba entre las mesas y entre éstas y la barra con su torno por el que llegaba la comida. Y lo hacía con tal discreción que solo se oía un tono de voz, el de los dos hombres, un tono íntimo y suave con el que ellos dos, no tan mayores como yo pensaba entonces, evocaban episodios de un pasado cercano. Yo me habría quedado horas escuchándoles con la cabeza bien tiesa, como un pajarito ante la mirada de una serpiente, absorta. Pero Don Ricardo —y eso justamente, un Don Ricardo, parecía aquel ser serio y tan distinto del abuelo que me acariciaba la cabeza en los anocheceres cuando encendíamos la radio, yo tendida en el sofá con la cabeza sobre sus rodillas— implacablemente me arrancaba de mi ensimismamiento y me arrastraba pasado el puente de Cantalojas hasta el pie de la calle abierta, nuestra calle, donde a media altura, en los impares, acurrucábamos nuestra serenidad, que algunos llamarían tristeza, él con su siesta y yo con mis deberes. Recuerdo estas tardes como llenas de ensoñaciones sobre música, mujeres sin arreglar, o el rosario y el misal de Doña Amparo. Con la única inquietud, hasta cierto punto estimulante, de esa frontera que algún día cruzaría sin ninguna ilusión especial aunque con una enorme curiosidad.

Más adelante me acostumbré a estos parlamentos largos, ininterrumpidos, como si Machalen se los hubiera aprendido de memoria. Pero aquel día de otoño, simplemente callé asombrado. Muchos años más tarde tuve cierto éxito académico criticando la especialización que la operativa del comercio internacional necesariamente acarrea. Pero aquel día no eran mis conocimientos los que se rebelaban, sino una espantosa tempestad entre mis deseos de acariciar su melena y la obligación que creía tener de disculparme por haber estado al otro lado de una frontera que yo ni siquiera llegué nunca a percibir, de compartir con ella ahora

mismo mi escueta beca Fulbright aunque bien sabía yo que su asignación como música prometedora era mucho mayor que la que correspondía a mi beca de economista ordinario. Pero no eran cuestiones morales las que me desgarraban. Lo que yo quería era arrebatar esa extraña seriedad que pobló sus domingos, esa majestad con la que paseaba en nuestro camino hacia Hellbrunn, como hablando para sí misma sin que le importara si sus súbditos, que la seguían en cortejo –es decir, yo— le escuchaban o le entendían.

—Dime cómo era el otro lado de la frontera en esos años. ¿Qué hacías tú después del concierto o de la misa? Años después crucé la línea divisoria para ir al colegio alemán y al Conservatorio, en pleno corazón de tu Ensanche y seguramente nos cruzamos algún día. Pero en la infancia, en aquel tiempo que todo era tan triste, ¿qué hacías tu?

Contesté que nada, que en cualquier caso no lo recuerdo, que en mi lado de la frontera no había cosas interesantes, que solo recordaba frío, humedad, estufas eléctricas, comida abundante y mucha lectura edificante para adolescentes, todo ello adobado con ensoñaciones de piratas y exploradores de Salgari o Verne. No encontré nada a la altura de su lirismo, aparentemente instintivo, nada que me enganchara a su piel y me permitiera retenerla y atarla a mí. Casi sonaba a torpe venganza de macho, pero solo se me ocurrió mencionar que yo nunca disfruté del calor desinteresado de un abuelo, pero que mis padres estaban allí todos los días y a todas horas, que las rodillas que acogían mi cabeza eran las de mi padre, y que mi madre hacía ganchillo mientras escuchábamos la radio. Añadí:

—Y de tus padres, ¿qué?

No se despidió con la mirada como solía, continuó sin mirar atrás, entrando dignamente en su guarida de músicos, con el porte de una reina.

4

Mi topografía sentimental iba a ser destruida a lo largo del otoño por los comentarios incisivos que como puñales de acero bien templado ella fue intercalando en mi candoroso discurso a lo largo de esos paseos que se volvieron regulares y tomaron poco a poco un contorno propio. Más adelante, durante la primavera, nuestra cercanía serena se vería enturbiada, pero hasta que la alegría irreprimible y la arbitrariedad irreductible de Tyler llegó a nuestras vidas, la rutina de nuestros contactos me hacía rebosar de complacencia.

Como yo vivía *beim Frau* Schultz aguas abajo del Salzach, muy cerca del Neue Brüke y ella aguas arriba a medio camino entre el Schloss y Hellbrunn, nuestra cita diaria de las cinco de la tarde ocurría precisamente al borde del recinto universitario, donde yo había pasado toda la mañana de ocho a una. Lo volvía a atravesar, viniendo desde el oeste y ella llegaba desde el este saliendo por primera vez en el día de su mansión en la que, como en una *finishing school*, ella y sus dos compañeros eran mimados por un elenco profesoral de campanillas que visitaban Salzburg, y vivían *in house*, precisamente para ofrecer a estos tres seres privilegiados, esperanza mundial de una generación generosamente becada en sus países de origen, todo el saber musical acumulado en *Mittel Europa* en los tres últimos siglos.

Sus lecciones le agotaban físicamente y llegaba pálida, con gestos de estiramiento de vértebras. Yo llegaba fresco pues el pequeño paseo desde la casa de *frau* Schultzhasta el punto de cita era más que suficiente para desentumecer unos músculos que no habían sido utilizados más que para caminar entre la Universidad y mi casa, es decir la de la señora Schultz.

Quizá por esa diferencia física, cuando ella tomaba la palabra, el camino desde la frontera de la cita hasta su *wohnhouse* y vuelta se podía convertir en solemne, y el paso en procesión. Pero rara

vez era este el caso y lo habitual era que mi locuacidad resonara sobre la planicie a lo largo del recorrido por ese camino asfaltado con una simple capa de galipot.

A nadie que haya leído un poco de los clásicos de economía le extrañará que yo le diera vueltas al asunto de las fronteras. Estas rayas abstractas separan y unen como el borde mismo de este campus de juguete. Desde mi punto de partida, pasaba por delante de algunas oficinas iluminadas ya a esa hora de la tarde y de muchos comercios que a tenor de la presunta morosidad de la escasa clientela, uno pensaría que permanecían abiertos por caridad, pero configuraban un centro muy bien iluminado, como si fuera un escenario en la época del Festival, y no en un momento entre festivales en el que los escenarios permanecen cerrados como un féretro. Finalmente atravesaba el remedo de campus, que por la tarde estaba dedicado a una enseñanza profesional roma para oficinistas, comerciantes y agentes municipales.

Ese era mi mundo y era triste, muy triste. Si no nevaba, porque el cielo te hacía sentir oprimido por su proximidad preñada de pedrisco. Y si nevaba, porque nunca esa nieve permanecía virgen, un millón de veces hollada como por un único par de esos *galoshes* ofrecidos en todos los escaparates ya sean de comestibles, golosinas, de trajes típicos o de tejidos para confeccionarlos.

Su mundo, que recorríamos desde la frontera hasta su *Schule für der Musik der Moderne*, ida y vuelta durante 75 minutos, nada tenía que ver con el mío. Solo había una pradera verde, un camino medio grava medio asfalto, pájaros entrevistos y mil plantas discretas. Unos bancos inservibles para descansar durante medio año, el sonido lejano del agua del río y un silencio solo roto por el sonido de un piano apenas audible o por unas escalas vocales claramente perceptibles como emergiendo de una vivienda quizá habitada por una diva cuya fotografía ocupaba un lugar destacado en todos los escaparates del centro.

Jamás nos adentramos en mi espacio, sino que recorríamos juntos el suyo como si yo tuviera que aprender su idioma, aceptar

a su familia artística y como si no hubiera lugar para el intercambio entre su arte y mi ciencia, como si ésta tuviera que inclinarse de manera natural ante algo tan poco definido pero tan imprescindible como el «planeta música».

Yo sabía de antemano que si ella y yo formáramos un mundo, supongamos, yo estaría en intendencia y ella en cultura, que la especialización sería total y que ella jamás se mancharía las manos con la pasta de la pizza o con la gota de vino rebosante del garrafón, ni habría de preocuparse por el mínimo componente calórico de la alimentación o por la protección ante la intemperie. Esas cosas serían parte de mi mundo. Y ella compondría en silencio, marcaría la cadencia de los días como dueña del tiempo y llamaría la atención sobre las palabras. Como corresponde, los dos mundos solo se mezclarían para comerciar, durmiendo cada uno en la cueva propia del mundo al que pertenecen, acurrucados y abrazados a los suyos, protegida ella del ataque de alguien de otro mundo con sus tendencias lascivas que tanto horror le debían producir a juzgar por la expresión de sus ojos en cualquier momento del paseo.

Solo la noche le calmaría el terror, porque quien le abrazara sería de los suyos.

—¿Qué sentido tendría que fuera al revés? —grité como para acelerar el final de mi razonamiento y dejarle tiempo a ella para decir algo suave, inteligente y excitante de lo que, como un tren eléctrico entrevisto por un niño en un escaparate, yo ya no pudiera prescindir. Quería que me hablara, que me tocara, que bailara un vals sincopado. Y es que no tenía otra manera de pedírselo que hablar de lo mío siempre de forma que le quedara un resquicio para mostrar que, aunque solo escuchaba a medias, eso le bastaba para desmontar mi argumento, y que ella nunca abriría el cajón de sus sensaciones.

—¿Me imaginas con la pipa del clarinete en la boca, el bastón del timbal en la mano y la oreja pegada a la tensa piel de vaca del tambor mayor?

Quería haber añadido que no la veía a ella calculando el tipo de cambio a aplicar en una transacción comercial entre la URSS y

España. Pero esta vez pareció que se alejaba de un mundo, el suyo, que siempre competía conmigo en retener su atención y habló más de lo que solía. No había terminado cuando llegamos al punto de la frontera en el que siempre nos separábamos, en la esquina noroeste de su residencia de estudiantes, demasiado cara para mí.

Me dijo que ella prefería un mundo completo, que le gustaría coser su ropa, guisar su comida, grabar su música, que este intercambio de palabras conmigo tan alejadas unas de otras era para ella un placer, que yo no tendría que dudarlo, que muchas veces mis ideas, extranjeras en su mundo, le sugerían frases musicales o le daban, como por casualidad, claves para comprender el infantilismo de Mozart o la torpeza de Bruckner. Y siguió así, seguramente porque creía haberme preparado para lo que ella sabía que yo sabía que iba a venir. Sí, charlar conmigo era un placer, pero también un desengaño diario que le rompía el alma. ¿No podría yo pasarme a su mundo, traspasar la frontera, transgredir mis propias normas implícitas, traicionar a los míos? Ella me enseñaría a cantar, a escuchar y a secar el pozo de tanta palabra vacía. Ella conseguiría que yo olvidara a mi propio pueblo y que disfrutara del suyo contándome el sufrimiento de la frontera.

—No sabes, Jon —y oír mi nombre en aquellos labios que jamás pronunciaban palabras vanas me vaciaba las ingles— lo que me duele no ser capaz de pasear contigo en dirección contraria, adentrarme en tu mundo colgada de tu brazo y olvidarme de mis pesadillas. Pero no puedo. Yo pertenezco a la música, como pertenecía a mi pequeño barrio inclinado allá en nuestra Ciudad. Jamás traté de traspasar sus límites. Sabía que todo lo que había más allá de la plaza Circular, o entre ésta y la Elíptica, al oeste de la plaza de toros y al este de Begoña no era distinto de mi colegio de monjas con hábito gris, que el frutero que cuchicheaba con mi abuelo, que la costurera del cruce en el que paraba el autobús del hospital. Lo sabía porque me lo había dicho mi abuelo y porque al fin y al cabo ¿no era esto lo que reflejaban los colores variados del mapamundi o las gradaciones de los colores tierra del mapa de

España editado por un ministerio reumático?

Pero, sin embargo —continuó ella—, también sabía otras cosas a través de aquellos domingos en los que mi abuelo me cogía de la mano y desde el Arenal atravesábamos el puente y enseguida tomábamos a la derecha y nos parábamos a ver salir a la gente del concierto. Quiero decir que sabía que esa obligación, ese ritual como el de mis compañeras en su iglesia o en las aulas, no era liberador, era triste. Y mi abuelo, cuando ya todas las señoras empingorotadas del bracete de su señor marido aburrido y con bigote habían desparecido ascendiendo lentamente hacia la calle Mayor o «calle ancha», mi abuelo titubeaba, se entristecía mientras descendíamos hacia nuestro mundo, se le turbaba la mirada y se le rompía la voz hablándome de cosas incomprensibles.

Yo le apretaba muy fuerte la mano y acababa guiándole yo a él al Royalty o a nuestro pequeño piso de la calle abierta. Las prácticas de violín y los deberes llenaban mis tardes de domingo, después de la comida, más allá de la presencia del abuelo. Pero nuca pude ver tras la bruma que borraba el azul de sus ojos esas mañanas de domingo, nunca supe que algunas calles eran fronteras y que nosotros estábamos exiliados. No quiero volver a estar triste con esa clase de tristeza, quiero que vengas a mi mundo, Jon, porque yo nunca podré ir al tuyo. Porque a los exiliados se nos nota, en nuestras maneras relamidas, en nuestra actitud huidiza, en nuestra mirada periférica, en nuestro insistir en sentarnos cerca de la puerta y en que no queremos estar con nadie que nos declare sin dudas y para siempre, de manera radical, que lo dejará todo por nosotros.

Estaba agotada, su aliento le bailaba alrededor de la boca y su cabello parecía humear. Solo los ojos eran fríos, sus ojos grises, determinados y sin asomo de vacilación. Cogí su mano izquierda, le quité su guante de lana negra, arrojé mi aliento sobre sus dedos. La tomé con mi mano derecha y le volví acompañar a su refugio rompiendo la rutina de esos primeros meses.

5

Mis padres no sabían que yo ya había llegado a la Ciudad, pues me pareció más sensato mantenerles en la ignorancia hasta que Machalen accediera a conocerles y yo tuviera una bonita historia que contar acerca de mi emparejamiento, nada formal, con una futura directora de orquesta, cuando estaba a punto de marcharme a América a no sabía yo muy bien qué.

Así que le acompañé en su fumar compulsivo, que parecía hacerle revivir sus recuerdos asociados a aquel piso en la calle que conducía al monte, al que llegaban los cánticos populares con los que yo hacía rabiar a esta música tan seria que no podía resistir no solo mi mal oído, sino también que nunca recordara la letra entera: «...subirás en aeroplano, bajarás en goitibera...».

Permanecí, pues, callado, y escuché atentamente su apenas audible voz que fue recitando, ignorando mi presencia, sus recuerdos vividos o contados por el abuelo:

—...nada sé de cuando mis padres todavía vivían, tengo recuerdos vagos, muy vagos, de la suavidad de la piel de mi madre y de la seguridad que sentía cuando mi padre me tomaba en sus brazos… sí, lo vuelvo a sentir cuando lo evoco… pero recordar, recordar, no recuerdo nada de sus caras, ni tampoco de cómo o por qué nos veo a los tres en casa del abuelo, esa que tú conociste ayer, esa en la que todos hubiésemos cabido, pero en la que ni mis padres ni yo vivíamos de manera regular. Nunca me ha contado nada el abuelo, pero me imagino que fue su yerno, mi padre, el que se negó a vivir con él en una parte noble de la ciudad y se empeñó en vivir con su mujer, mi madre, en un pisito, este en el que estamos, que podía pagar con su sueldo de trabajador de astilleros, magro pero seguro. O eso es lo que él creía hasta que la guerra estalló, la Ciudad cayó en manos de los rebeldes y él eligió ser fiel a su origen… y a sus amigos, esa clase de fidelidad que mi madre admiraba y supongo amaba.

Se sacudió la ceniza que había ido cayendo sobre la colcha y que yo vigilaba para que nada ardiera y para que tampoco se cerrara la fuente de sus recuerdos, una fuente cuyo grifo nunca se abrió allí en Austria durante más de un año. Nunca la había sentido tan desvalida y casi se me saltaban las lágrimas, sobre todo cuando se arrebujó contra mi pecho, suspiró, cerró los ojos y pareció caer en un sueño ligero. No podía moverme y se me disparó la imaginación ante el pulso entre dos hombres fuertes, ambos de un mismo bando de la contienda, pero muy distintos en sus ideas básicas: un vago independentismo silencioso compatible con cierta mojigatería quizá solo aparente en el hombre mayor, y un izquierdismo anarcoide en el hombre joven.

Nunca sabré si es la fe la que te hace seguir un camino o es el camino que quieres seguir el que fuerza la fe que te mantiene en él. En mi caso pensé, sin atreverme a mover el brazo que se me estaba quedando dormido, y a solo unos días de tomar el avión para Los Angeles, que no sabía si era el deseo de desaparecer de un país carcelario el que me hacía disfrazarme de joven intelectual deseoso de expandir sus conocimientos, o si era el deseo intelectual el que me forzaba a emigrar a algún sitio donde el pensamiento no solo fuera libre, sino que también premiara las ideas novedosas y a poder ser sacrílegas.

No, no me entendía a mí mismo, pero ni siquiera este extraño amor imposible de calibrar me obligaría a quedarme en este mundo del que quería huir. No me largaría para siempre, pero me largaría. En ese momento deseaba con todas mis fuerzas querer a Machalen y hacerme querer por ella, aunque bien sabía que nada de lo que yo hiciera la llevaría a ella a salirse de su camino hacia el podio de directora de orquesta a donde le había dirigido ese abuelo amoroso y terco, que nunca dejó traslucir delante de su hija las dudas que le suscitaba su yerno, un hombre cabal sin duda, pero lleno de fantasías juveniles que hubiera tenido que ir abandonando desde que nació su niña. Pero, por lo visto y por lo leído en aquellos libros de trastienda que hacía unos años habían comenzado a hacerse notar,

hay convicciones que no te abandonan nunca, incluso cuando tu magín te aconseja otra cosa. Liberé mi brazo asombrado de poder moverlo y ella siguió con su relato ensoñado:

—...mi primer recuerdo de verdad es mucho más tardío, cuando ya vivía en este piso con el abuelo, que parecía retirado, pues había sustituido su puesto como timbal titular de la orquesta de la Ciudad por el de secreto depositario de ese instrumento de antes de la guerra.

Cambié de postura y le dejé seguir divagando entre sueños esa primera noche juntos en la que había sido y seguiría siendo, hiciéramos lo que hiciéramos, nuestra Ciudad. Yo estaba agotado y no sé si caí repentinamente dormido o si seguí despierto pensando en mis propias elucubraciones. Recordé que ya me había contado Machalen que al parecer el dichoso instrumento nunca había sido encontrado, a pesar de la búsqueda afanosa, cuando la orquesta se volvió a armar mediante un riguroso procedimiento de selección en el que no solo contaban los méritos musicales, sino sobre todo otros de tipo menos técnico y más validados por las fichas policiales llenas de sospechas, en general certeras, pues no creo que a nadie le cupiera ninguna duda de con quién estaban las simpatías de aquel buen músico de clase media cuya carrera truncó la guerra. Pensé que igual podría haber sido amigo de mi padre, al que sin embargo no creía poder preguntar nada dado el estado de sus neuronas. Pero puede que mi madre...

Quizá se revolvió o quizá simplemente despertó, pero lo más seguro es que estuviera continuando con aquella confesión sombría a altas horas de la noche en un momento en el que debería estar descansando para comenzar sus ensayos con la que un día fue la nueva orquesta de la Ciudad:

—...nunca cambiará mi ritmo básico por mucho que pueda ya apoderarme del que corresponde a casi cualquier compositor, lo que me hace sentirme vacía y sin entraña real. Pero es que nada se parece ni de lejos a aquel ruido que durante años acompañó mi sueño y me despertó a una tranquilidad inexplicable. Era el ruido

del goteo del agua de lluvia sobre la piel de vaca que mi abuelo seguía ajustando al timbal, que ocupaba casi todo el amplio mirador. Nunca levantó sus persianas durante años, conformando así el escondite prefecto para ese timbal, almacenado en ese mirador que justamente se abría al gobierno militar. Pero todo esto lo he pensado más tarde, pues en aquel entonces sabía, sin saber cómo, que nunca debía hablar de nuestro mirador. El abuelo me había convencido de que aquel era nuestro secreto, y de que si se descubría, se acabaría la dulce vida que llevábamos los dos juntos en aquel piso y las visitas a aquel local disfrazado de casa de comidas que visitábamos los domingos al mediodía… Este pisito que esta noche me ha parecido un cuchitril...

Quise contradecirle en ese punto pero ella continuó hablando, con una voz tan baja que callé para poder escuchar todo lo que tenía que decir en esa noche que muy probablemente no llegaría a repetirse nunca. Hablaba bajo, pero la voz era extrañamente firme:

—...yo sabía que el goteo mecería mis sueños y por esa razón pedía al abuelo que me hablara de aita y ama, como él llamaba en mi presencia a su yerno y a su hija, mis padres. Vivimos juntos en este piso cuando todavía no tenía esas goteras musicales y este recuerdo me llena de serenidad a pesar de que ahí fuera pasaban cosas después de años del fin de la guerra que no deberían haber pasado si, como decía la propaganda, una cierta reconciliación estuviera siendo contemplada por los ganadores. Las noticias sobre represalias y venganzas eran soterradas, pero casi diarias, así como las que mantenían la ilusión de una cierta resistencia en la montaña de occidente, como si estuviéramos viviendo la conquista romana y la defensa de los últimos vestigios de una civilización en apuros.

Yo asistía a estas conversaciones de tarde mientras cenaba y aita, ama y el abuelo tomaban ese vino que nunca faltó en casa, ni siquiera cuando aita y ama desparecieron y el único que bebía era el abuelo. Nos quedamos solos los dos a partir de una mañana en la que al despertar no encontré ni al uno ni a la otra y a partir de la cual nunca más he sabido nada de ellos. Sé que el abuelo ha movido Roma con

Santiago para saber algo de su paradero. Primero de manera discreta y desde hace unos años de manera más abierta, pero sin éxito alguno. Yo he aprendido a vivir sola. Bueno, con el abuelo, que siempre me ha hecho sentirme totalmente segura y también con la educación de un Conservatorio y de un colegio alemán, que nada tiene que ver con la de una escuela normal con sus pandillitas de amigas. No he echado de menos los hogares ajenos pues no era costumbre acudir a casa de otras compañeritas de las clase ni siquiera para celebrar cumpleaños. Así que parece que estoy viva, me bulle la cabeza de música, alrededor de mi ritmo básico y no echo nada de menos...

Dejó pasar un segundo y volvió su cabeza hacia mí, pero yo había utilizado ese segundo para esconder mi tristeza y el brotar de mis lágrimas revolviéndome hacia el lado contrario al suyo. Si hasta ese momento parte de mis dudas respecto a mi huida tenían que ver con ella, mi instinto de felicidad me forzó a mirar las cosas de otra manera. Mientras fingía dormir, creí intuir no solo que nunca la volvería a ver después de esa semana, sino también que me libraba de la prisión de una relación que nunca me habría ayudado a crecer. Sin embargo, estaba equivocado, pero faltaban años para que llegara mi despertar.

6

Despertamos muy tarde, cada uno guardando el secreto de sus sueños, y no era cosa de acudir a casa de su abuelo ni a la de mis padres con un preaviso tan corto. Así que en un cierto silencio nos adecentamos y nos lanzamos a la calle a la búsqueda de la tienda, o más bien confitería, de la que tanto habíamos hablado en Salzburgo, la que vendía polvorones de Felipe II y que parecía que los hacía allí mismo aunque es difícil de entender que ese nombre hubiera sido impuesto por un habitante de esta Ciudad.

—Deberíamos comer algo antes, Jon.

—No tengo ni un duro Machalen.

—Pero yo sí, el abuelo me dio algo de tapadillo ayer antes de venir al piso.

—Espero que mañana pueda sacar algo a mis padres, pero hoy o te exploto o muero de apetito.

Pensé muy rápidamente en usar «apetito» y no «hambre» como una especie de anuncio de la educación recibida que yo tardaba en olvidar, a pesar de los esfuerzos que hacía para ser yo mismo, borrando todas las huellas de mi más que reciente pasado, como aquellos indios de las novelas del oeste que en su huida se ajustaban un cinturón del que salía una escoba que quizá borraría sus huellas pero que nunca entendí cómo no era una señal obvia de que por allí había pasado alguien que se sabía perseguido.

Sopesé comentar este recuerdo con Machalen, pero ni siquiera algo tan trivial me parecía suficiente para cortar con la tristeza de la noche pasada, que estaba seguro compartíamos. Era el comienzo de nuestra despedida y debía ser suave ya que no alegre. Quizá era el momento de separarse, quién sabe si para siempre, sin resentimientos de ningún tipo.

—Acerquémonos hacia Correos a ver si ha llegado mi cheque de la beca. Me lo prometieron para mañana pero quizá se haya adelantado y esté ya en el número de dirección postal que tengo apuntado en esa agendita que tanta gracia te hace. Me pregunto qué ocurre cuando algo como eso se pierde ¿qué hace Correos? ¿pide conformidad al remitente o exige un nuevo envío previo a la devolución?

—Nunca en casi año y medio hemos tenido esta clase de conversación distendida ¿te das cuenta? Debe ser que sentir la Ciudad alrededor nos da espontaneidad y no necesitamos hacernos pasar por personas enredadas sin remedio en sus manías, propias de su imagen ante sí mismas.

—Algo así estaba pensando yo.

Y sonreí mirándole a los ojos de refilón para continuar:

—Aunque me ha venido a la cabeza algo que quiero contarte antes de separarnos dentro de pocos días. No quiero irme a América sin decirte que lo pasé fatal aquella noche que fuimos a despedir a tu amigo fagotista a la estación y me pediste que te dejara sola en el camino hacia el andén. Era natural, pensé, pero me sentí desplazado y mi malestar se fue acrecentando a medida que pasaba el tiempo y tú no aparecías de nuevo delante de mis ojos. No sabía yo la hora de salida de su tren hacia Viena y por otro lado, ese americano de nombre sonoro, Tyler, me caía bien y le admiraba por su destreza en la natación. Siempre me dejabais atrás en la piscina a pesar de mis esfuerzos, era mucho más alto que yo y mucho más guapo.

—No fue para tanto, Jon. Y te recuerdo que luego pasamos el resto de la noche sentados en un banco de la estación, primero muy tiesos y luego con mi cabeza en tu regazo. Recuerdo que pensé que debería haber sido al revés y que yo hubiera debido consolarte aunque no sé de qué. Pero superé mis reflejos de madre y te usé como me dio la gana.

—Ya sabes que no me pareció suficiente, pero los días siguientes recuperamos, al menos aparentemente, nuestra complicidad y eso me bastó. Bueno, quería que lo supieras.

—¿Que supiera qué, Jon? Si es que te sentiste un poco postergado ya sabes que lo sé y para que no haya malos entendidos déjame ser yo también sincera y confesarte que lo hice un poco a posta para que nuestra separación posterior no fuera tan dura una vez que ya tuviéramos quejas mutuas.

—Supongo que te refieres a mi obvia atracción por tu amiga danesa, tan rubita y tan a mi medida con aquellos conjuntitos de lana tan confortable, aparentemente al menos.

—¡Ah! Así que no llegaste a saber si se estaba calentito dentro de ellos —dijo Machalen en un tono tan alegre y distendido que no cabía sino entregarnos a la contemplación de nuestra Ciudad de la que tanto habíamos hablado en nuestros paseos pasados en Salzburgo.

Llegamos a la pastelería de los polvorones, renunciamos a ellos en un gesto de ruptura con el planteamiento del día y continuamos por un calle alta, que transcurría paralela a la calle grande y que nos acercaría hacia el Conservatorio donde ella había pasado sus tardes de estudiante de música y el abuelo impartía sus clases después de algunos años apartado de su plaza.

Quería yo encontrar puntos de contacto posibles, pero no parecía que esta operación fuera a resultar fácil. Quizá, pensé, la aproximación al Instituto podría ser una buena táctica pues me permitiría recordar con ella alguna de mis aventuras infantiles y en cualquier caso estaba cerca del edificio de Correos, cuya sola presencia nos avisaba de que nos quedaban pocos días juntos pues yo mañana ya tendría mi billete de avión y lo tomaría, llegara o no el cheque mensual para los gastos de bolsillo que la beca incluía. Así que forcé un poco un cruce no necesario.

—Nunca venía por aquí, siempre seguía recta hasta la Diputación.

—Pues te perdiste algo bueno, Machalen. Aquí había buenos profesores de verdad y el edificio era espléndido. Yo he jugado al baloncesto en su patio y más tarde acudía a menudo a conferencias bien interesantes.

—¡Tú, al baloncesto! —dijo riendo con alegría, y no tuve más remedio que acompañarle, pues no soy precisamente un gigante.

—Era un niño de doce años y ni siquiera tenía todavía pantalón largo. Había pegado el estirón antes que los demás compañeros del colegio y durante un año fui el primero en la fila de entrada a clase ordenada por alturas. Así que formé parte del equipo de baloncesto de mi curso. Bueno, he de confesar que nunca me encontré a gusto en ese deporte, pero me permitió jugar parte del campeonato infantil en las canchas del Insti, como le llamábamos entonces, cuando nos enfrentábamos al equipo propio del Insti o cuando lo hacíamos frente a equipos que no contaban con campos de deportes propios y usaban estas instalaciones públicas.

—Pues a esa edad yo ya estaba muy metida en el aprendizaje del violín, además de seguir formalmente la carrera de piano que

era una de mis dos fuentes de cultura general no musical. El abuelo me obligaba a escuchar todas las noches la clase que me soltaba sobre lengua y matemáticas para complementar las del colegio alemán de las mañanas, y luego me interrogaba sobre las clases del conservatorio sobre historia de la música o sobre composición. Ya a los 9 años había compuesto una piececita para piano que duraba unos siete minutos y que pareció gustar al abuelo.

—No me lo tomes a mal, Machalen, pero cuando te oigo estas cosas me das pena y siento tristeza, pues ahora entiendo que todo lo que me contaste anoche te privó de una infancia alegre y de amigas con las que aprender todas las cosas que en ningún lado se enseñan.

—Preferiría que nunca volviéramos sobre lo de anoche...

—Desde luego, si así lo quieres. Pero es que durante años y años hemos estado a punto de cruzarnos y algo como el destino lo ha impedido de una forma cruel, pues si un día cualquiera tú o yo nos hubiéramos desviado del camino trazado es muy posible que nos hubiéramos topado de frente.

Sonrió y cambiando de tono cambió de conversación.

—A veces cuando las actividades secretas del abuelo no le permitían venir a recogerme me alejaba del camino establecido y haciendo una trampa me desviaba aquí mismo y en solo unos pasos me quedaba absorta ante el escaparate de Mariquita Pérez. Supongo que sigue ahí.

Y cogiéndome de un brazo me obligó a tomar a la izquierda. Su sonrisa ensimismada se reflejaba en el escaparate de la tienda de esa muñeca y como en éxtasis musitó:

—Era milagroso que cada día de mi cumpleaños y durante muchos años recibí la nueva Mariquita como si mi abuelo me hubiera leído el pensamiento. Están todas guardadas en un amplio desván encima del piso. No están empaquetadas sino que rodean el viejo piano vertical con el que practicaba todos los días, especialmente los de fiesta. Estaba entonces en el mirador que durante años ocuparon los timbales, con la diferencia de que yo tocaba con las persianas subidas.

Entramos sin consultarnos el uno al otro en una especie de cafetería rara al lado de la tienda de muñecas y después de descubrir que ya habíamos recuperado el apetito, nos forramos a salchichas con *choucrout* como homenaje a ese mundo que había sido el nuestro hasta hacía dos días.

—Vayamos ahora a echar la siesta, Jon, y así nos acostumbramos a vernos solo después de comer. Todos estos días que nos quedan aquí antes de que tomes ese avión yo tengo que ensayar con la orquesta. Me tiene que salir muy bien pues es el concierto que también te despedirá a ti, aunque sea el homenaje que la orquesta de la Ciudad y en realidad toda la Ciudad rinde a ese músico desconocido que sacrificó su carrera a la formación de su nieta y guardó los timbales de la orquesta de antes de la guerra en un sitio u otro, primero en casa de su hija y su yerno y más tarde, con el ambiente menos tenso, en su propia casa.

—¡*Jawohl*! —contesté con la boca llena del último trocito de salchicha—, pero un día me tienes que enseñar el Conservatorio por dentro.

7

Me levanté con ella y sentí una sensación extraña cuando comencé a abrir la persiana del mirador y atisbé enfrente el gobierno militar. Quedé paralizado hasta que me di cuenta de que ya no había que ocultar timbal alguno en aquella casa camino del monte. La abrí del todo y dejé entrar esa luz tibia que a veces ilumina las horas tempranas de la Ciudad. Es lo que Machalen podía esperar para estos pocos días de ensayo que le habían concedido para que pudiera participar de ese concierto con el que se conmemoraba un cierto aniversario del abuelo, y sobre todo la nueva época de la Sinfónica que finalmente podría salir

de pobre, explotar menos a sus socios y admitir a cualquiera que pagara una entrada razonable. Creo que casi nadie sabía que era el primer concierto de Machalen, y era mejor así, pues tampoco todo el mundo en la Ciudad estaba muy conforme con la decisión del Patronato de la Sociedad Sinfónica de hacerle un homenaje a alguien como el abuelo, que nunca se había avenido a reconocer con un gesto que todo había cambiado ya.

Me llamó la atención que a pesar de que el abuelo vivía en el mejor sitio de la Ciudad, la distancia desde su casa al teatro no era mucho más corta que la que había entre este piso en el que pasábamos nuestras últimas noches juntos y este teatro al que se tenía que dirigir Machalen para ensayar el programa que había seleccionado para el homenaje a su abuelo. Le acompañé a paso ligero y sin darle conversación, pues no me habría oído, ya que estaba totalmente concentrada en la música que, pensaba yo, le bullía en la cabeza. Después de dejarla en su camerino, decidí posponer para el día siguiente lo de ir a Correos, y me incliné por bajar hasta la vecina ría e irme poniendo en situación a lo largo de un paseo por el muelle, cruzándola ahí mismo, cerca del teatro, y volviéndola a cruzar por el puente de Deusto hasta llegar al parque de Doña Casilda. Un lugar exquisitamente diseñado en el que yo había crecido hasta que comencé el colegio a una edad ridículamente tardía que, mira por dónde, me había permitido aprender hasta quebrados con Doña Modesta, una profesora particular, escuchar a Salgari en la suave voz de mi señorita de compañía, Carmen Arteaga, y todavía antes de mudarnos a la margen izquierda, jugar en el parque como casi el único chico en medio de un grupo de chicas un poco mayores que yo que me jaleaban proporcionándome algo parecido a la felicidad.

Tenía tiempo de sobra antes de ir a comer a casa de mis padres, en donde habíamos quedado Machalen y yo, y en donde estaba seguro de que mi madre habría hecho preparar una comida exquisita, que le diera pie a enterarse de lo que había entre esa directora de orquesta y yo, habida cuenta de que yo me iba a «las américas», como ella decía, revelando su ascendencia indiana.

Así que me demoré escuchando el rumor de la subida de la marea y el ruido de los barcos plataneros que atracaban enfrente de esa universidad privada de la que había escapado para ir a Salzburgo. Ahora lo veía claro: ¿cómo no intentar largarme si durante años me había distraído en clase observando las maniobras de atraque y desatraque de buques con matrícula de ultramar, o eso pensaba yo de las islas Canarias, por muy españolas que fueran? Cruzar a estas horas del mediodía el puente de Deusto en sentido inverso al camino que seguí puntualmente cada mañana desde la casa de mis padres hasta el aula, también despertó en mí recuerdos de aquellas paradas obligatorias cuando el puente se levantaba para dejar pasar esos buques cargados ahora de hierro, que aprovechaban la bajada de marea para facilitar la maniobra de los remolcadores, uno en la proa y otro en la popa.

Pero esos eran recuerdos casi de ayer, cuando lo que yo perseguía esa mañana, que seguía la alegre conversación que el día anterior ella y yo habíamos tenido por la parte del Instituto y el Conservatorio, era rememorar la niñez y la sensación de libertad que tuve o que creí tener a pesar de todos los cuidados típicos de una familia del ensanche en esa época. Una libertad ficticia, naturalmente, pues jamás tuve permiso para bajar a la parte que llamábamos «los patos», o jugar al escondite en la Pérgola. Eran estos los lugares más meticulosamente cuidados, pero el desnivel del terreno me hubiera alejado de la visión de águila de mi cuidadora. Ya era hora de que echara un vistazo por mí mismo a esos lugares aparentemente prohibidos, pero que desde hace años yo creía percibir como inofensivos.

Y, sin embargo, las frescas corrientes de agua y el remanso del estanque no podían ocultar una extraña sensación de peligro, localizado en una especie de enorme nido de pavos reales inaccesible en medio del estanque. Allí estaba el peligro, sin duda, en esos bichos que además de pavonearse podían sacarte los ojos ante cualquier gesto que interpretaran como agresivo. Una especie de aviso sobre la inseguridad que producían aquellos hombres

desempleados o ya jubilados que paseaban por los arcos de la pérgola, disfrutando de esa joya tan cercana a los astilleros donde mi padre había trabajado toda su vida y con los que, sin duda, estos hombres aviesos podrían haber estado relacionados.

Tenía tiempo, así que tomé asiento en uno de estos bancos prohibidos y dejé volar el recuerdo y mi autorreflexión. Me iba de la Ciudad y lo hacía sin haber llegado a saber nunca el por qué de muchas de las reglas de conducta, por cuya razón de ser nunca me pregunté y cuyo cumplimiento riguroso está en el fondo de mi carácter alegre y abierto a todas las posibilidades que la vida me ha ido trayendo hasta ahora.

Y la vida ha sido pródiga conmigo en muchos sentidos, especialmente en el de las mujeres. Siempre he vivido entre ellas, y eso me hace ser un chico aparentemente muy poco lanzado a la búsqueda del sexo, pues puedo muy bien pasear y charlar con ellas sin que parezca que voy a lo mismo que, como dicen, vamos todos los hombres. Esto les debe dar mucha tranquilidad, porque finalmente todas caen en mis brazos, en mis redes pensé, pero no hubiera sido cierto porque no les tiendo trampas, sino que puedo bailarles el agua como hacen entre ellas.

Camino ya de casa de mis padres para estar allí antes de que llegara Machalen, recordé a una de estas amigas, con la que pasé muchas horas sentado en ese bar del parque, en el que además se alquilaban bicicletas y al que sí estaba permitido acercarse e incluso alquilar una bici con la paga. Me encontré con ella muchas veces por la calle y siempre me recordó por el corte de pelo y desde luego por el conjunto de lana o algodón, sin duda adquirido en Biarritz, a aquella danesa que entretenía mis momentos de ocio a ese lado de aquella frontera que durante mucho tiempo nos separó a Machalen y a mí en esa extraña ciudad de chocolate.

Un día me atreví a pararle y se lo dije de sopetón frente a una barra de bar donde habíamos coincidido las dos pandillitas, la suya y la mía. Resultó que este atrevimiento mío juntó ambas pandillas y se formó un grupo mixto de gentes del Ensanche que

nunca han perdido el contacto. Caminando ya hacia el cercano portal de la casa de mis padres pensé que igual estaría bien contactar a alguno de ellos a pesar de que, seguramente, cada uno y cada una estaban en sus lugares de veraneo. Pero podría probar para despedirme de alguien y dejar así un ancla en esta Ciudad a la que, en ese momento, no sabía si volvería nunca. Ya lo pensaría mejor. Ahora tenía que abrazar a mis padres que debían sentirse solos sin ningún hijo en casa.

Mi madre abrió la puerta contrariamente a su costumbre, y después de achucharme a gusto, pasamos a la salita en la que mi padre solía pasar el día sentado en su sillón de ruedas y rodeado de sus cada vez más escasos entretenimientos. Esta vez el achuchón partió de mí, y mientras él trataba de apretarme contra sí, me dijo haciendo un esfuerzo que solo llegó a susurro:

—Yo conocí al padre de Machalen.

Desde que mi padre dijo con su voz temblorosa que conocía o había conocido al padre de Machalen y yo conseguí procesar esa información, las cosas se sucedieron con rapidez. Yo llamé por teléfono a Machalen y por suerte la encontré todavía en el camerino. Se disculpó por la tardanza, pero mentí alegrándome de encontrarla, pues había sucedido un pequeño accidente con mi padre, se había atragantado con el hueso de una aceituna y tenía que llevarle al médico con cierta urgencia. Le sugerí que visitara a su abuelo, cuya casa le caía muy cerca del teatro, y añadí que trataría de posponer la comida para el día siguiente. Mi madre, por su parte, y una vez entendido que mi padre me quería hablar, llamó a una de sus amigas íntimas y se largó, posiblemente para dejar que padre e hijo pudieran hablar con más confianza de algo que ella ya sabía y que no quería recordar.

Así que me quedé a solas con mi padre, el hombre de las sentencias definitivas, que no solo parecía dispuesto a hacer un esfuerzo para lograr articular palabras, sino que parecía querer *hablar*, en el sentido menos corriente y más policial de desembuchar algo que había mantenido oculto. Comimos juntos y degustamos

el buen menú que mi madre había hecho preparar para la ocasión. No estoy seguro de haber captado todos los matices que él parecía querer introducir dadas las toses y los atragantamientos, inevitables a pesar de mi dosificación precisa de lo que le ponía en la boca y de mis consejos continuos para que comiera tan lentamente como quisiera, pero sí que me enteré de lo importante.

Mi padre y no pocos obreros del astillero habían constituido, a partir de la caída de la Ciudad, una especie de grupo clandestino para la circulación de noticias de la guerra mientras ésta duró, y más tarde para el seguimiento de lo que ocurría con el gobierno vasco en el exilio y su postura en la guerra mundial, ayudando a los aliados mediante la utilización del idioma autóctono, cuya presencia en la calle disminuía a pasos agigantados, pues, o bien era considerado como de pobres por los señoritos, o bien podía ser razón suficiente para caer bajo la lupa de los comisarios políticos del momento.

Pero resultaba que no solo trataban de mantener viva la conciencia de quiénes eran ellos y aquellos a los que habían perdido de vista por el exilio, sino que pretendían organizar pequeñas acciones generalmente dirigidas a librar a gente afín de trampas que los nuevos mandamases tendían continuamente, o de situaciones que les podían llevar a ser castigados, si bien no con el calabozo, muy posiblemente sí con el aislamiento social. El padre de Machalen era miembro de ese grupo no muy numeroso pero compacto y transversal socialmente, pues había desde arquitectos navales como mi padre hasta obreros sin educación formal alguna y gente como el padre de Machalen, cuya profesión técnica, no necesariamente sostenida por titulación alguna, les hacía imprescindibles para el taller de calderería en el que trabajaba también mi padre y que, a pesar de su nombre, que suena a oficio de gitano, era crucial para que el trasto del casco, fácil de construir, bogara sin peligro y complementara el timón para las viradas bruscas típicas de los amarres en días de galerna.

Su posición en el grupo clandestino era la misma que en los talleres de calderería, sin él nada se hubiera hecho. Pero en este grupo no había nadie que frenara sus iniciativas, y utilizaba utensilios o

productos semiterminados del astillero para incursiones nocturnas en aventuras arriesgadas, como meter gente exiliada en la Ciudad o sacar a gente oculta para reunirla con su familia ya huida desde antes de la entrada de las tropas nacionales en la Ciudad.

Esta historia, relativamente simple que, por la razón que sea, no me sorprendía tanto, nos llevó toda la comida, incluida la tarta de limón que en casa salía tan bien y de la que mi madre estaba realmente orgullosa. El traslado de mi padre del comedor a la salita era fácil, pero su instalación en su sillón preferido en esa salita en la que esa tarde temprana brillaba al sol, llevaba su tiempo y exigía un esfuerzo por parte de mi padre parkinsoniano, ya cercano a sus setenta años, que aceleraba su ritmo cardíaco, y que tardaba en volver a su cadencia normal. Yo me aprestaba a echarme una siestita hojeando el periódico, pero mi padre no había terminado el cuento que hoy quería hacerme heredar.

Ese hombre valiente, que además era muy guapo, había caído rendido ante la belleza gentil de una tal Magdalena con la que los clandestinos le tomaron el pelo durante meses y meses. Y entre bromas y veras y entre simples misiones sin peligro alguno y otras cada día más arriesgadas, resultó que Magdalena quedó preñada, y el padre de ese bebé que resultaría ser esa chica que yo les quería presentar y de la que les había hablado en mis cartas del último año, se volvió un poco loco e intensificó sus acciones audaces.

—Tú casi llegaste a conocerle aquella noche en la que a bordo de un remolcador propiedad del astillero conseguimos enderezar un pesquero.

Hice un esfuerzo de memoria y se me representó la escena aquella en la que había conocido a aparentes amigos de mi padre que, ahora pensaba, podrían ser parte de aquel grupo en el que me era difícil imaginar a este padre al que el relato parecía haber liberado un poco de su Parkinson. Con la luz del sol en la cara continuó balbuceando que el que acabó siendo el padre de Machalen estaba en las rocas esperando a que el pesquero en el que habían sacado a unos cuantos hasta un buque de carga con matrícula de

Panamá, volviera a poder ser utilizado para llevarlo de vuelta al astillero antes de que sonara la bocina que llamaba al trabajo a los obreros del primer turno.

Mi padre debía de ser como el viejo mago de esta bendita banda, pues a los pocos días aquel joven no solo inconsciente sino también valiente, pidió a mi padre que le escuchara y le ayudara, si le parecía bien, a hacerse perdonar por el padre de Magdalena. Se le alegraba la cara a mi padre a medida que continuaba con su relato a trancas y barrancas y me descubría, para mi sorpresa, que en esta misión también había sabido del abuelo de Machalen. Era alguien bien conocido en la Ciudad, pues era profesor del Conservatorio y un músico crucial en la Orquesta Sinfónica, que había estudiado percusión en Alemania. Quizá por eso fue siempre considerado como políticamente cercano al régimen de España, y al Eje en el conflicto europeo. De ahí la sorpresa que se llevó mi padre al ver facilitada su misión por la seña inconfundible de los perdedores que aquel músico le dedicó, cuando quedaron en un café elegante de nombre francés en la calle grande de la Ciudad, para hablar del futuro de aquellos jóvenes llamados a mantener la llama encendida.

Le conté lo que había aprendido la noche anterior y su semblante se oscureció un poco al enterarse del destino cruel de aquella pareja. Recuperó una cierta sonrisa cuando le propuse convencer a mi madre de que renovara la invitación para mañana y la extendiera al abuelo que podría venir desde el teatro acompañando a su nieta.

8

Me alegra volverle a ver en persona —dijo el abuelo en cuanto, precedido por mi madre, recorrió todo el pasillo e hizo su entrada en aquella habitación tan iluminada que amenazaba con cegar a cualquiera que entrara en ella a esa hora del mediodía. A distancia

seguíamos Machalen y yo, tratando de explicarle rápidamente cómo era nuestra casa y especialmente aquella habitación en la que tanto había jugado, mientras la costurera hacía vainica o arreglaba un traje a mi madre, o mientras la señorita Carmen me leía a Salgari con un tono de voz hipnotizador. Para cuando llegamos a la salita, todavía mi padre no había acabado de articular su bienvenida.

—...Es buena señal... —tomó aire y tragó saliva para continuar— ...que no nos hayamos visto en tanto tiempo.

Calló falto de resuello, pero nadie dijo nada hasta que él pareció acabar su frase

—...señal de que no nos necesitaban.

Mi madre organizó los sitios de forma que Machalen y yo estuviéramos bien separados, y comenzaron a desfilar las bandejas del aperitivo mientras ella, orgullosa, explicaba al abuelo la valentía de mi padre al luchar contra ese Parkinson que ella no sabía quién era, si el médico que describió un caso o el primer paciente conocido.

—¿Y cuándo empezó esto? —preguntó el abuelo dirigiendo la mirada a mi padre.

Desde su butaca levantó éste una mano temblorosa con los cinco dedos extendidos y continuó con su sonrisa beatífica que no hacía sino resaltar la intensidad de su mirada. Mi madre desvió la conversación hacia lo que debería ser en unos instantes la conversación en el comedor, al que nos desplazamos inmediatamente empujando yo la silla de ruedas de mi padre, que es la que utilizaba al presidir la mesa como cualquier otro día, pues nunca dejó de hacer los honores a cualquiera de los que, invitados por mi madre, estuvieran en el comedor un día de fiesta religiosa, de visita o de cumpleaños familiar.

—Bueno ¿qué planes tenéis vosotros dos? —dijo mi madre dirigiéndo su mirada a Machalen, responsable sin duda, pensaría ella, de este lío impresentable en el que como dos pipiolos nos habíamos metido ella y yo y que difícilmente podría tener futuro. Aprovechando que Machalen acababa de meterse en la boca un langostino, asumí mi responsabilidad y expliqué cómo nos

habíamos conocido en Salzburgo y cómo ella me había servido de guía y de hada protectora sin abandonar su severa educación musical y devolviéndome al buen camino cada vez que mi carácter poco firme no se decidía a poner coto a mi molicie.

—Le debo haber terminado a tiempo estos estudios que me han abierto el camino de América. Ahora me toca a mí apoyarle en su camino, durísimo camino que ha elegido para ser fiel a su carácter y dedicarse a ordenar y mandar desde el podio.

E hice un gesto de complicidad, que es nuestra manera de halagar a la mujer en esta Ciudad. Había preparado el discurso con cierto cuidado y sabía que el tono y la declaración implícita de inmediata separación al día siguiente del concierto, impedirían los comentarios críticos de mi madre a este vivir juntos y encima en un piso de un muy mal barrio.

La conversación esperada no había durado ni siquiera para distraer la atención del primer plato y después de un minuto largo de silencio que la sonrisa de mi padre parecía bendecir, el abuelo, pienso, se sintió obligado a desviar la atención del silencio de Machalen, que permanecía callada con la vista en el plato en el que ya no quedaban langostinos. Me había confesado que ella tenía también su discurso preparado pero justamente para la hora del café, que yo le había descrito como teniendo lugar en el salón principal solo separado del comedor por una puerta corredera, dos habitaciones amplias que conformaban la parte noble aunque poco luminosa, pues los ventanales de estas habitaciones de aquel piso del ensanche más reciente estaban orientadas al norte. Así que el abuelo se vio a sí mismo contando una historia que hasta entonces había permanecido secreta, totalmente secreta.

—No nos habíamos visto desde aquel trabajito que hicimos juntos. Así era la vida en aquellos años en los que ya se cocía la guerra. Pero usted me hizo saber que quería hablar conmigo y quedamos en aquel café francés ya desparecido pero que creo que en su día fue lugar de encuentro de intelectuales de todas las tendencias políticas. No pasaríamos desapercibidos, pero todo el mundo

creería que éramos dos viejos amigos, quizá compañeros de colegio, que se reencuentran después de años fuera de la Ciudad.

Se dio cuenta por el silencio alrededor de que había captado nuestra atención y que tenía que continuar con el relato ya comenzado y al que mi padre no parecía poner traba alguna.

—Así que, como recordará, deslizamos de vez en cuando alguna parrafada o brindis en alemán o en inglés para dárnoslas de viajados. Pero la finalidad de aquel encuentro era, desde luego, la de recomendar a uno de sus colaboradores en el astillero y en otras tareas menos públicas, como posible futuro yerno mío pues llevaba meses tonteando con mi hija Magdalena, sorteando el trabajo de carabina de mi mujer, la primera Magdalena, quien entre todas sus muchas habilidades y virtudes que por cierto, me hicieron muy feliz, no se encontraba precisamente la de espiar discretamente sin ser vista.

Hizo un silencio ciertamente teatral dirigido a transmitir su pena por el fallecimiento bastante reciente de la que fue su esposa y a la que nunca olvidaría, según dijo. Y continuó.

—Pero sin decirnos nada convinimos, con miradas y gestos, que aquel lugar parecía seguro para otros tipos de conversación una vez explicada por su parte —señaló a mi padre y éste le devolvió su sonrisa perenne ensanchada si cupiera— la actividad clandestina que llevabais a cabo después de que sonara la sirena de salida. No podía vetar a este valiente que seguía luchando por los que habían sido los ideales de los que perdimos la guerra y además tan pronto, aquí en esta nuestra Ciudad. Pero había encontrado un amigo y se me ocurrió una idea alocada que solo alguien como usted hubiera podido entender.

Se notaba que no era solo un músico sino también un artista de la escena pues hasta yo, ajeno por completo a la historia que estaba a punto de hacer su entrada, tensé un poco las manos. Pero como una trompeta sonó la voz de mi padre recién tragado el último trocito de solomillo que mi madre le había dado a la boca:

—¡El cinturón!

Y comenzó a reír a carcajadas, una expansión ésta que ni su enfermedad fue capaz de robarle nunca.

—Sí, el cinturón de hierro —corroboró el abuelo y continuó desgranando esa historia secreta —y o, como nacionalista, colaboraba en una especie de club informal de presuntos intelectuales a los que queríamos asociar al recién formado gobierno vasco. Allí nos encontrábamos gentes de todas las profesiones en *proporciones* que revelaban las tendencias de la Ciudad. Muchos ingenieros, un solo músico, dos o tres artistas y varios curas disfrazados de filósofos. Entre los ingenieros estaba aquel extraño Goicoechea que trabajaba para el tren de La Robla y que quería llevar a cabo obras de ingeniería para defender la Ciudad, invicta hasta entonces, del poder del ejército sublevado que, desde Navarra avanzaba hacia esta Ciudad nuestra que no podía creer que el peligro fuera inmediato.

Se me pasó por la cabeza que era una pena que mi padre no tuviera energía como para haber introducido el tema del Sitio de Bilbao casi cien años antes, aprovechando la mención a la naturaleza de invicta que tenía la ciudad por haber resistido el cerco de las hordas carlistas. Incluso tuve la tentación de sustituirle y contar yo las anécdotas que tantas veces le había escuchado relatar con emoción, pues él a su vez se las había oído contar a su padre. Pero ciertamente no era el momento, pues el abuelo estaba lanzado. Continuó:

—El nombre de su proyecto, ese que usted recuerda tan bien, era una concesión que este ingeniero militar hacía al carácter minero de la Ciudad a la que estaba dispuesto a traicionar desde el principio aunque nos engañó con facilidad. A mí totalmente pues el nombre era el mismo que el del círculo de metal con el que se mantiene tenso el parche de piel de vaca imprescindible del timbal y que se ajusta más o menos en diversos puntos que varían según el tono acústico que el director quiere lograr, bien porque cree que es el que el compositor tenía en su oído o bien porque es el que él quiere destacar aun en contra de la fidelidad, ¿no es cierto Machalen?

Era una pregunta que no necesitaba respuesta y nadie la pidió, esperando con la mirada fija en este músico ya mayor, a que la historia siguiera su curso.

—Goicoechea tenía en su cabeza sus conocimientos ingenieriles sobre las defensas francesas en la primera guerra mundial, pero mucho me temía yo que no tuviera en cuenta las peculiaridades de la ubicación de la Ciudad rodeada de montes desde luego, pero también con enormes diferencias entre unos puntos u otros en lo que concierne a la endeblez de sus posibles defensas. Les parecerá raro, pero yo pensé que ahí teníamos algo que decir los timbalistas pues nadie sabía mejor que nosotros que el tono general dependía de la graduación exacta de la presión que el cinturón de hierro ejerciera sobre un punto u otro. Yo no sabía leer los planos de Goicoechea y sus ayudantes, pero había en la Ciudad amigos nuestros que podían hacerlo y entender mi conjetura *militar* sacada de mi formación musical.

Y ¿ahora qué? parecían preguntar las caras boquiabiertas de los comensales que dejaban derretirse el helado en su pequeño bowl de porcelana.

—Yo conocía la pertenencia de usted a uno de nuestros círculos de confianza y no dudé ni un minuto en proponerle, a través justamente del que acabó siendo mi yerno, en parte gracias a usted, que colaborara desde el taller de calderería que usted dirigía en el astillero, a la calibración de los distintos puntos de los bordes de la urbe para hacer de ese timbal que era la Ciudad una fortaleza inexpugnable. El problema no era el armamento o el cemento para los bunkers o los nidos de ametralladoras, ni siquiera el diseño de la dirección de las trincheras.

El problema era conseguir que las tropas invasoras tuvieran que dispersarse alrededor de un círculo de gran radio que permitiera las operaciones de defensa puntuales y rápidas por parte de aquellas guerrillas con tan poca disciplina como homogeneidad ideológica. Teníamos que examinar cada uno de los puntos claves para afinar el timbal y aquella tarde usted y yo decidimos que

usted comenzaría examinando los planos de un emplazamiento determinado y aplicaría sus conocimientos de calderería para calcular, de acuerdo con el reverbero del sonido de un calderín fabricado ad hoc, la aportación de ese emplazamiento en la defensa general. No me acuerdo ahora mismo de cuáles fueron los planos que mi futuro yerno le llevó al astillero.

Y se quedó pensativo como si hubiera terminado su perorata, pero mi padre pronunció con un tono inusitadamente firme:

—¡Gaztelubide!

Fue la señal para que nos levantáramos de la mesa y pasáramos al salón a través de aquella puerta corredera, mi padre el último en su silla de ruedas empujada por mí. Mientras mi madre servía el café me fijé en que Machalen quería contar algo. Esperaba yo que no fuera el discurso que traía preparado cuyas líneas generales me había descrito. En efecto, no trató de quedar bien quitando intensidad a nuestra relación. Sacó su mejor sonrisa y nos sorprendió con el anuncio del programa del concierto, todo él con mucho ruido de timbales. Le parecía, nos confió, que el abuelo podría todavía hacer sitio a mis padres en el palco principal, pues al fin y al cabo era el homenajeado ese día por su aportación al mantenimiento de la afición musical y a la renovación de la orquesta local.

—Eso está hecho y tú, Jon, puedes quedarte entre bambalinas, así que nos vemos otra vez muy pronto. Pero antes he de terminar mi historia confesando que nunca confié en aquel ingeniero que seguramente fue el responsable de que los cálculos de usted se filtraran a las tropas de Mola.

Mi padre dejó de sonreír y cayó como en una especie de atontamiento que, por evidente, aceleró las despedidas y los agradecimientos. Yo acompañé a Machalen y su abuelo hasta la casa de éste y después nos dirigimos ambos hacia el pisito de *barrio mal* que acababa de encontrar su sitio en la historia de la Ciudad. Caminamos despacio, dando muchos rodeos y en silencio.

9

Desde que empecé a ir al colegio y hasta que mi familia se mudó a la desembocadura de la ría en la margen izquierda, coincidía prácticamente todas las mañanas con Aitor en el camino a ese colegio al que mi madre se empeñó en mandarme contra el criterio de mi padre, quien todavía en buena forma, recelaba de curas y creía en la buena enseñanza de las escuelas de la República. No era sino un paseo de poco más de un cuarto de hora, que realizábamos por las calles más transitadas, desviándonos raramente y siempre por cuestiones relacionadas con la nueva dependienta de una tienda que, como habíamos descubierto, caminaba desde la estación de tren de la margen izquierda, que tan bien conocí años más tarde, a su tienda a la misma hora que nosotros nos acercábamos al cole.

Como no estábamos en la misma clase aunque sí en el mismo curso, nuestras conversaciones no podían nutrirse de pequeños sucedidos graciosos y tenían que concentrase en asuntos que parecían serios, tales como el baloncesto y el fútbol o, con cierta extrañeza, sobre unas ideas raras que los curas todavía no ordenados trataban de inculcarnos y que tenían que ver con la pobreza de los emigrantes y la obligación evangélica que teníamos de ayudarles.

Tampoco los recuerdos de cada verano podían rellenar nuestros paseos más allá de finales de octubre, pues las experiencias nuevas dependían del lugar de veraneo y este era, además de una marca de la situación social de cada familia, un vivero de distintas formas de hacerse mayor en cuestiones menos triviales que el mero estudio o la elección entre ciencias y letras.

La cuestión de la pobreza de los emigrantes nos impactó mucho, pues nos reflejaba una imagen de nosotros mismos para la que nunca habíamos tenido ojos: la imagen de chiquillos privilegiados con una vida que quizá no merecíamos. Aitortxu, tal como sigo llamándole después de tantos años, se puso muy inquieto

y trataba de convencerme de las distintas maneras en las que podríamos redimirnos. Yo era un poco menos impresionable y defendía mi inocencia y mi libertad de acción basándome en que mi obligación era exclusivamente hacer buen uso de lo que se me había dado y estudiar seriamente para aprender lo que en un futuro podría servir a los que nos rodeaban. A mi vuelta al Ensanche desde el Abra habían pasado los años suficientes como para haber tenido ocasión de familiarizarme más con las diferencias sociales, con las distintas formas de vivir en común los dos géneros, con la emigración y con una cierta perspectiva de una vida futura en la que no todo era un dulce pasar. Así que nuestras conversaciones se hicieron más serias y curiosamente más explícitas en materia de aquello que finalmente llamábamos ya por su nombre: política.

Pero como esto último seguía siendo un tema tabú, no surgía a menudo, pues casi cada día coincidíamos con alguien diferente en el camino elegido ese último año de colegio. A pesar de esta discreción aprendida no tardamos mucho en identificarnos como perdedores de la guerra, aunque con diferencias, pues sus dos progenitores eran nacionalistas acérrimos, mientras que en mi caso mi madre tenía unas ambiciones sociales solo realizables entre los vencedores y de las que carecía. En cambio, los padres de Aitor formaban parte de un grupo de gente que no aspiraba a ningún reconocimiento social más allá del que se debe a alguien que mantiene sus convicciones identitarias. Mientras mis veraneos habían sido sobre la margen derecha, los de Aitor se separaban de esa localización y se centraban en otros lugares, en los que era mucho más fácil mostrarte tal como realmente eras en materia política.

Nunca nos distanciamos, pues los veranos dejaron de ser tan importantes y seguimos juntándonos para cotillear sobre los distintos centros universitarios en los que decidimos ingresar y continuar una formación autónoma sobre política. Aitor era cada día más intolerante en su nacionalismo y yo, como siempre, trataba de no comprometerme a base de elaborar los conflictos hasta darles forma de problemas intelectuales de los que solo se podía aprender

acudiendo al otro lado de la frontera o a las trastiendas de ciertas librerías cada día más llenas de un público que fue conformando un modo de estar en la vida que empezaba a ser desafiante.

Era tal la amistad construida y la confianza mutua alcanzada que pensé que no podía largarme a América sin despedirme de él y comentar un poco las revelaciones del día anterior. Así que una vez retirados los billetes de avión y recogido en Correos el talón con los primeros *dineros* de bolsillo de mi beca, decidí pegarle un telefonazo para saber de él y de sus andanzas en estos dos años que yo había pasado en Salzburgo y él en Barcelona.

Quedamos en vernos ese mismo mediodía pues tenía que venir a la Ciudad desde su trinchera de veraneo, en la que cada vez pasaba más tiempo. Parecía una buena ocasión para tomarnos unos pinchos y ponernos al día de nuestros planes ahora que ambos mirábamos ya más allá de los estudios universitarios, bien para completarlos como creía él que era mi caso o para utilizarlos en algo práctico como yo pensaba, conociéndole, que sería el suyo. Y ninguno de los dos nos confundíamos, así que corrió el vino y los pinchos fueron redescubiertos con exageradas alabanzas. Ambos nos reíamos el uno del otro.

Yo afirmaba haber sabido siempre que él acabaría trabajando en algo que, como la máquina herramienta por ejemplo, no necesitaba del pensamiento abstracto y que tan bien iba con un carácter como el suyo, que apreciaba su cuerpo como una máquina a la que había que tener siempre a punto. El decía de mí que, con tal de no trabajar, aprovecharía mi habilidad con ese pensamiento abstracto del que yo presumía y que lo único que hacía era retorcer las palabras para vivir del cuento dando gato por liebre a esos tontainas de americanos.

Yo quería volver pronto al piso de Machalen para pasar juntos las últimas horas antes de su primer concierto y de nuestra inmediata separación, pues el horario de mi avión solo me permitiría darle un abrazo después de su seguro éxito, antes de acarrear a mi padre en su silla de ruedas de vuelta a casa, si al final se decidía a

aceptar la invitación de su viejo compinche secreto para celebrar el homenaje que le dedicaba la Sinfónica. Pero en cuanto Aitortxu se enteró de los cuentos que le conté respecto a este homenaje creyó que debía ponerme al tanto de que el compadreo entre nacionalistas era ya algo más que pura resistencia y prueba de ello era ese homenaje, ya que en la junta de la Sinfónica acababa de volver a ingresar gente que se había mantenido apartada durante años. Una mera muestra de que las ideas nacionalistas comenzaban a salir a la luz, en buena parte apoyadas por la iglesia y sobre todo portadas a hombros por esa gente joven que había leído en silencio todo lo prohibido. Resultaba, me añadió malicioso, que esta nueva atmósfera intelectual tenía también toques izquierdistas que no hacían sino reflejar no pocas cosas de las que pasaban en ese mundo real al que no habíamos tenido acceso hasta hacía muy poco tiempo.

Nos retrasamos, así que la despedida fue breve, después de pagar nuestras consumiciones como siempre a medias. Un abrazo y nada más. Tomé el trolebús hasta cerca del piso al que llegué previa parada en la confitería de los polvorones. Tenía que hacerme perdonar la tardanza. Pero no hizo falta pues Machalen estaba sentada tranquilamente en el mirador con la vista fija en el cuartel de enfrente. Desenvolvió un *Felipe II* y lo mordisqueó mientras me decía en una voz suavísima que «¡Sería tan maravilloso si mañana pudieras volver a Salzburgo y estar conmigo a un lado u otro de nuestra frontera!».

Continuó diciendo que desde mañana estaríamos tan separados como ahora lo estábamos de esos soldaditos de enfrente, que odiaba las fronteras y que el mundo debería ser mucho más pequeño. Le tapé la boca con otro trocito de polvorón. La arrastré suavemente hacia la cama e hicimos el amor de una manera tan poco hábil que para arreglarlo anuncié solemnemente que nos volveríamos a encontrar y que cuando eso ocurriera ya nada nos volvería a separar. No sabía yo entonces los caminos tortuosos por los que esta declaración se iba a hacer realidad. Pero decidí firmemente y sin necesidad de expresarlo, que le escribiría al menos

una vez al mes y que siempre sabría en donde se encontraba en su gira del momento a través de Aitortxu, quien podía enterarse de todo ello con la ayuda de los nuevos dirigentes de la sinfónica de cuya cercanía tanto había presumido.

10

Habían sido muchas las emociones de esa comida en la que mi padre y su abuelo se habían reconocido con algo más que simpatía, casi con cierta complicidad. Algo difícil de entender ya que la complicidad suele desarrollarse entre amigos de juventud unidos por infinidad de trastadas, pero estas dos personas mayores no se trataron asiduamente durante la juventud, y lo que hicieron juntos no fue una trastada sino más bien un acto de resistencia ejecutado con toda calma y poca fe por dos hombres que sabían que tenían que llevarlo a cabo sin preguntarse por las posibles consecuencias, por dos hombres hasta cierto punto ya muertos hace años. Necesitábamos, Machalen y yo, asimilar todo aquello que habíamos aprendido hacía solo unas horas y de lo que nunca habíamos oído hablar. Quizá era justamente ese silencio el que más nos pesaba, pues bien sabíamos cada uno lo que pensaba el otro. Todo podía haber sido distinto desde el mismo momento en que nos encontramos allá en Salzburgo y reconocimos nuestra extrañeza de no conocernos de vista viniendo como veníamos de la misma Ciudad. Si hubiéramos sabido lo que ahora sabíamos, seguramente hubiéramos tratado de compensar los efectos de la guerra de los mayores y no hubiésemos establecido fronteras o, de haberlo hecho, las hubiéramos cruzado no solo con cariño sino también con algo de ira heroica.

—¿Es tarde ya?

Miré al reloj, pero inmediatamente caí en el sentido de su pregunta.

—No, querida, no es tarde. Tenemos toda la vida para reparar el dolor y esta noche no es la noche de la separación, sino la noche del principio de un pacto secreto más firme que cualquiera de esos en los que la tragedia griega nos ha educado. Espero que no acabe en tragedia, pero ciertamente será peligroso, pues nos toca nada menos que liberarnos con la verdad por delante.

—Pero, ¿cuál es la verdad Jon? ¿quizá la que transmite la mansedumbre al menos aparente de tu padre o quizá la belicosidad que todavía deja traslucir el abuelo?

—Son dos movimientos musicales complementarios —dije sonriendo— y de eso sabes tu mucho Machalen...

Continué:

—Siempre me has dicho que uno no puede vivir sin el otro… hasta cierto punto. La composición como un todo tiene que mostrar tanto uno como otro si lo que quiere mostrar es la belleza de la armonía. Sí, esa que estudiabas en el Conservatorio. Pero también me has dejado saber que para ti como directora es muy importante si la pieza de que se trata termina con la vibración hasta la extenuación de una cuerda de violín o con un golpe definitivo de un timbal, pues de eso depende el sentido de tu dirección.

—Bueno, tú siempre me entiendes como te da la gana. Pero sí, más o menos has aprendido la lección —dijo sonriente— pero ¿y qué?

—Pues está muy claro, y aquí tengo que apelar a tu sentido de la composición. Tú y yo estamos obligados a repetir la historia cambiando los papeles. A ti te toca la ira asociada a los timbales y a mí la mansedumbre de una lira irlandesa. Juntos compondremos algo grande que, además, redimirá a nuestros mayores.

Me miró con tristeza y en silencio. Se le notaba el esfuerzo por componer una frase que realmente dijera lo que ella sentía.

—Y para esta labor heroica que según tú nos espera es necesario que cada uno afine su instrumento y ambos ensayemos nuestro papel. Dime que esta labor no llevará toda nuestra vida y que un día podremos salir a escena a presentar nuestra obra conjunta.

Dime, por favor, que yo no tengo derecho a perderme en el circuito musical europeo y que tú no te vas a perder en ese mar solo aparentemente tranquilo de los campus americanos. Dímelo antes de entrar en esta casa que nunca volveré a pisar.

Le dejé pasar mientras le decía que así era, que nuestros destinos estaban para siempre entrelazados y que no teníamos que vigilarnos mutuamente ni cada uno a sí mismo. Que hiciéramos lo que hiciéramos un día nos encontraríamos y sabríamos que había llegado el momento de dejar saltar por los aires toda nuestra potencia acumulada. Continué divagando pues quería llegar con suavidad a decirle que esa noche, la víspera de su concierto, del homenaje a su abuelo del que disfrutaría mi padre y de nuestra partida en direcciones opuestas, debía ser una noche…

—No sé cómo decirlo…

—Me quieres decir que no haremos el amor ¿no es eso?

Nos desvestimos en un respetuoso silencio y nos acostamos cada uno al lado en esa cama que fue de los padres de Machalen. Antes de apagar su luz preguntó quedamente cómo se llamaba mi padre. Le dije que Rafael y ella apagó su lucecita. Antes de apagar la mía le pregunté cual era el verdadero nombre de su abuelo. Siguió un silencio que me hizo pensar que había caído en un sueño profundo que a mí me permitía distenderme. Apagué la lámpara de mi mesilla de noche y como desde muy lejos creí oír, o quizá solo soñé:

—Crisóstomo

* * *

La recuerdo como una noche plácida y sin sobresaltos, justo lo contrario de lo que debía haber sido. Nos despertamos al mismo tiempo y solo cinco minutos antes de que sonara el despertador. Salté de la cama y me acicalé a toda prisa para dejarle a ella todo el tiempo que le hiciera falta para ponerse en su papel de mujer directora de orquesta, guapa y seria. No le llevó mucho tiempo y

dos horas antes de que golpeara con la batuta el atril que sostiene la partitura reclamando silencio, su abuelo ya estaba en la casa, que en su día fue de su hija y ahora de Machalen, y yo salía hacia casa de mis padres para organizar mi equipaje para el día siguiente a primera hora y para recoger a ambos para llevarlos en un taxi especial hasta el teatro, que se había convertido en el propio de la Sinfónica al estar el Arriaga fuera de servicio digno.

Mi padre vestía un traje azul de rayas de esos que mi madre le obligaba a hacerse y que casi nunca se ponía y que, esta vez, no hubiera debido usar porque en esas fechas hace mucho calor en la Ciudad. No sé por qué yo había llegado pensando que en un día como ese quizá utilizara uno de aquellos sombreros de primer ministro inglés que reposaban hace años en el paragüero del *hall*. Pero lo cierto era que sentado en su silla de ruedas y ya con perlitas de sudor en la calva, daba vueltas en sus manos a una de sus boinas negras mientras esperaba a que mi madre decidiera... Si gris o negro... Si alto o bajo. Aviar mi equipaje no fue trabajoso y en poco tiempo estábamos los tres en el portal donde ya esperaba uno de esos taxis especialmente equipado para embarcar a gente en silla de ruedas, en el que llegamos al teatro casi al mismo tiempo que Machalen y el abuelo, quienes habían venido andando con el timbalista acarreando los trastos y el esmoquin de su nieta.

Teníamos orden de acercarnos al teatro por la puerta de atrás, por la que entraban los músicos, a fin de poder utilizar el montacargas para poder subir a mi padre en su silla de ruedas hasta el nivel de los palcos, en la primera fila de uno de los cuales el abuelo había ubicado a mi madre y a mi padre. Aunque quedaba tiempo, los dos músicos y yo bajamos unas escaleras hasta el nivel de la entrada principal por donde ya empezaba a llegar el público habitual de las temporadas de la Sinfónica, y otra mucha gente que no parecía muy familiarizada con este ritual generalmente dominical.

Nos desviamos por una puerta semisecreta hacia los camerinos. Ellos fueron cada uno al suyo y yo me quedé remoloneando entre las bambalinas. Uno de los encargados del telón, seguramente

para que no le diera la lata con mis paseítos de intruso, me pasó un programa de mano en el que se leía no solo el nombre del abuelo y el de Machalen sino también las piezas que componían el programa, sin olvidar a los solistas, completamente desconocidos para mí. El concierto extraordinario estaba compuesto por dos piezas gordas, de Hyden y de Britten, separadas por un descanso y seguramente seguidas, pensé yo, por algunas palabras de homenaje al abuelo y, seguí pensando, por una propina bien elegida.

Los músicos fueron entrando en el escenario que, con su enorme profundidad dejaba espacio para una inmensa orquesta, y comenzó ese ruido de afinación de instrumentos que tanto me ha gustado siempre, como si fuera el jaleo de una vida cotidiana llena de malentendidos que, sin embargo, acaba por alcanzar un tono en el que parece que todos han llegado a encontrar un punto de coordinación completamente inesperado.

Allí estaba el abuelo, delante de los cuatro timbales como un armador que vigila al capitán del buque mientras finge afinar su difícil instrumento, acercando una u otra oreja al parche correspondiente y comprobando el efecto de cada martillete, como les ha llamado siempre él, en cada parte del parche de cada timbal.

Sabe muy bien que las piezas elegidas en su honor son ricas en este sonido coordinador que emiten los timbales y sabe también que estos tambores están en su punto. Pero cree que debe seguir el ritual de cualquier concierto, sin traslucir su emoción por este homenaje que él considera como un desagravio de los vencedores que dejaron la Ciudad sin música sinfónica durante años, y como un agradecimiento secreto de los que ese día no están ahí tanto por la música como por la celebración silenciosa de una victoria que de ninguna forma venga la derrota pero la hace, después de tantos años, un poco menos amarga.

Yo espero con impaciencia la salida de Machalen, pero todavía he de esperar un ratito a que salga el primer violinista y trate de empastar a su manera, que yo supongo negociada con la directora de orquesta, el sonido de todos los instrumentos. Se sienta y entonces

entra ella con un paso casi marcial con el que nunca la había visto caminar y toma posesión de su podio como si fuera el piloto del barco que va a levar anclas. Ajusta el atril, ya perfectamente posicionado, como si fuera necesario ponerlo a su altura, examina la partitura como para asegurarse de que no le falta ninguna hoja y hace sonar la batuta contra el atril mientras levanta la mirada y la pasea majestuosamente por toda la orquesta, incluidos los timbales.

Yo sé que es su primer concierto y lo importante que es para ella que esta primera experiencia en su oficio ocurra en honor de ese abuelo semi-conspirador. Pero su profesionalidad le hace parecer una experimentada Venus caminando sobre las aguas. Hace descender la batuta y comienza a sonar la inconfundible música de Hyden. Desde mi posición discreta fuera de la vista de prácticamente todo el mundo, puedo sin embargo observar a mis padres en la primera fila de ese palco con el que el abuelo rinde su particular homenaje a otro conspirador anónimo para el mundo y que nunca pudo recibir ni el más somero gesto de agradecimiento hasta quizá hoy.

Mi madre está como siempre, absorta en la música con balanceos de cabeza que varían con los movimientos de la sinfonía. El abuelo parece haber recuperado años y, con el rostro enrojecido aparentemente por el esfuerzo, parece estar disfrutando de algo más allá de esta música barroca de un alemán en el Reino Unido, solo unos lustros después de una guerra entre los unos y los otros.

Termina esta primera pieza del concierto y se encienden las luces. Yo acudo al palco y ayudo a mi padre a deslizarse hasta el cuarto de baño mientras mi madre se pierde en el *foyer* como esperando ser reconocida como esa señora del palco que parece ser la dueña del local. Allí observa cómo el abuelo está rodeado de gente que ella no reconoce y se siente una vez más como una extraña en la Ciudad. Antes de que se escuche el timbre que anuncia la reanudación en cinco minutos, está ya de vuelta en el palco en el que ya está instalado su marido, que parece estar disfrutando de un concierto del que ha prescindido en los últimos años. Yo ya he vuelto a mi escondite cuando Machalen reaparece con una sonrisa

imperceptible que yo creo poder interpretar como el bienestar de alguien que sabe estar haciendo algo bien.

Un poco demasiado deprisa da pie al principio del primer movimiento de este *War Requiem* de Britten, que llora la muerte sin pretender arreglar cuentas. Es una pieza larga y profunda, y sospecho que poca gente, además de mi padre, podrá seguir las palabras no demasiado patrióticas de este hombre solo fiel a sí mismo. Pero lo que hoy importa es que el trabajo del timbalista acapara la atención de cualquier público. Es este trabajo el que es premiado con unos aplausos más bien tibios. Esta Ciudad no está para modernidades.

Se recupera el silencio y Machalen se vuelve hacia el público con cara de compromiso pues tiene que decir algo en honor de Don Juan Crisóstomo: algo sobre cómo la Ciudad le debe en buena parte la conservación de la afición musical y sobre cómo, y aquí yo diría que la lágrima que asomó a su rostro no estaba ensayada, ella le debe simplemente todo. Respira y anuncia que, para terminar, la orquesta va a interpretar la obertura de *Los Esclavos Felices* de nuestro Mozart local. Me pareció que la audiencia respiraba aliviada pues, al menos una parte de ella, sabe bien que esta propina es apropiada, pero sobre todo corta. Semi-barroca, semi-romántica, la obertura oscila entre la intimidad y lo profético, entre la épica y la lírica, como la Ciudad misma.

Un minuto antes de su final lírico, Arriaga dio su do de pecho en lo que concierne a lo épico y compuso lo que es de hecho un *tour de force* para el timbalista. El abuelo pareció rejuvenecer aún más y cuando daba su último redoble, en lugar de erguirse orgullosamente como diciendo «misión cumplida», se derrumbó sobre el segundo timbal de los cuatro que tenía delante. No podía estar afinando el instrumento pues su actuación había terminado.

¡Estaba muerto! Me adelanté y entré en el escenario. Machalen no pudo matizar los últimos acordes y nuestras miradas se cruzaron un segundo que bastó para que supiéramos que nuestro destino se acababa de escribir. Me encaramé hasta la posición de

los timbales y desde allí miré al palco. Milagrosamente, mi padre estaba de pie, y aplaudía como un joven entusiasta ante la mirada atónita de mi madre.

11

Al día siguiente de aquel concierto, a la postre fúnebre, durante el cual el que fue dueño de los timbales durante tantos años falleció sobre el tambor mayor de ese instrumento en el momento final de *Los Esclavos Felices*, yo partía en el primer avión de Bilbao a Madrid para conectar con el vuelo a Dallas y desde allí trasladarme a Los Angeles hasta aquella universidad a la que me habían llevado de manera natural mis estudios previos en Salzburgo y mi deseo de seguir estudiando no solo por formarme más, sino principalmente por el mero reto de doctorarme sin finalidad ulterior alguna.

A veces me hago notar en conversaciones distendidas como un individuo que nunca ha trabajado, pero tampoco es que mi idea fuera dedicarme a la Universidad, como acabé haciendo, para no tener jefes y, por lo tanto, no trabajar por muchas horas que metiera al día tratando de entender textos enrevesados de autores que oscilaban entre la Economía, la Filosofía o la Política. Esto lo hacía por puro placer y en aquella época yo no podía asociar el placer con el trabajo. Precisamente dejé el ámbito alemán en el que me formé desde que huí de la universidad por antonomasia de la Ciudad para ir a Salzburgo, porque me parecía que los estudios eran demasiado prácticos y, no se me malinterprete, demasiado fáciles justamente porque los planes de estudios estaban trazados con la minuciosidad propia del espíritu germano.

Lo que yo quería en aquel entonces, cuando el futuro era una palabra sin sentido, era aprender a relacionar todo con todo, en la esperanza, la única que haya tenido nunca, de jamás quedarme

sin respuesta cualquiera que fuera la pregunta. Aunque mi partida fue desde luego triste, pues Machalen y yo velamos el cadáver del abuelo toda la noche, cuando tomé el avión conseguí evadirme de todo y aprestarme a seguir mi destino. Una vida que yo creía llena de divertimentos.

A eso, a no trabajar y a entenderlo todo, es a lo que aspiraba desde hacía mucho tiempo y especialmente cuando solicité la admisión desde Salzburgo y finalmente la obtuve en esa universidad del oeste, gracias a las cartas de recomendación de mis profesores alemanes y austríacos, que supongo destacaban mi descaro, que ellos tomaban por valentía, para abordar cualquier tema. Así que a los pocos días de haber llegado a Los Angeles ya estaba viviendo en un apartamento de Westwood, a una distancia prudencial del campus, y me había fabricado una carrera a mi medida con el visto bueno de quien había de ser no solo mi tutor durante años, sino sobre todo mi maestro en la iniciación del conocimiento de un territorio opaco para mí, pues yo era como un federal tratando de adentrarme en territorio apache.

Pero acabó siendo un amigo, pues el territorio apache ya estaba controlado y el resultado del apaciguamiento era un ambiente intelectual enormemente rico y ambicioso. No había un camino a seguir, sino que uno se hacía su propio camino, que por extraño que fuera, era observado con respeto y curiosidad por el tutor. Desde mi soledad, todavía triste, y con casi total ignorancia del sistema me hice mi propio itinerario basado en el título de las asignaturas. Un itinerario que resultó estar conformado en gran parte por asignaturas que un recién llegado supuestamente debía tomar en su segundo año de estancia y una vez hubiera probado su diligencia y buena disposición durante el primer año. Pero ni mi tutor ni nadie me dijo nada, un hecho este que está en el origen de mi entusiasmo creciente por la manera de vivir en común que tienen estos aborígenes, que en pocos años se habían puesto a la cabeza de la vida intelectual en cualquier campo.

El esfuerzo en el estudio me parecía llevadero hasta el punto de que creía tener tiempo para zascandilear no poco, además de

mantener una correspondencia cariñosa con Machalen que nunca cesaría. Estaban allí compañeras de generación con las que apenas me cruzaba, pues ellas habían comenzado por el principio, pero con las que coincidía en algunos cursos y seminarios, y con las que de manera natural podía organizarme no pocos fines de semana disipados y repletos de coqueteo, sobre todo intelectual, el que siempre ha sido el más excitante para mí.

Pero no era solamente esa libertad a la que no estaba acostumbrado, pues no era el caso ni en mi Ciudad ni en los centros en los que comencé mi educación técnica alemana. Era también la multitud de latinos con los que podía hablar en un idioma común y de los que aprendí a criticar al país que tan bien me acogió desarrollando esa doblez, si así se la quiere llamar, que tanto me ha servido en la vida hasta que, en un momento dado, casi acaba conmigo.

No había llegado allí con un plan definido, más allá de divertirme y no trabajar. Pero aquí comenzaron a amontonarse acontecimientos que, junto a los estudios que siempre me divirtieron, fueron dando forma a un tipo de vida que en algún momento pensé pudiera durar eternamente. Entre las notas de todas clases que acumulé en cajas de cartón que un día facturé de vuelta a la Ciudad, he encontrado una especie de relato que, además de revelar ese gusto mío por la escritura que nunca me ha abandonado a pesar de no haberlo ejercido, muestra con cierto descaro que no solo estudiaba, sino que solo o acompañado, fui descubriendo lugares y personas de esa ciudad de la que quizá nunca me debiera haber marchado. Es una nota literaria bastante larga pero que, a pesar de haber sido escrita hace solo unos cuatro años, no me permite recordar cuánto contiene de pura ficción y cuánto de experiencia disfrazada:

«...mientras hacia el oeste la primera claridad lechosa diluye los colores, que recuerdo vivos, del mar, los barcos de recreo o los naranjos, en suaves gradaciones del blanco, trasluce el fondo del valle, temblorosa de sal y yodo la Pirate´s Cove, desertada a estas horas inimaginables de un amanecer de primavera, por todos los hombres que cada mediodía exhiben con parsimonia sus

cuerpos desnudos ante los ojos ávidos y febriles de Christopher Isherwood, acompañado a menudo, como ayer, por una Anais Nin disfrazada de apicultora y que ahora, desapercibida hembra, apoya un brazo muerto sobre las nalgas prietas de uno de los machos atléticos yacientes, desmadejados y ahítos tras una noche pegajosa de olores amargos que comienza a disipar su protección mafiosa en el instante justo que dirijo esta última mirada hacia las líneas de la costa, ese transparente fin de la tierra ante el que no hay más remedio que elegir entre el suicidio lento de la mosca que araña inútilmente la superficie pulida de un cristal, cegada por un más allá deslumbrante, y el sereno retorno, Sunset Boulevard arriba, hacia la domesticidad, a bordo de mi Mustang verde-lejía sobre cuya puerta entreabierta, apoyo con gesto de dueño que contempla los confines de su finca, mi codo derecho, apenas escurrido de la manga de una impecable camisa de seda blanca con puños flameantes sobre un antebrazo magro y moreno y con bolsillo plastón del que rebosa la suela de esparto con puntera reforzada de goma de una alpargata negra que hace meses compré, a precio de oro, en Rodeo Drive, junto con su pareja, ahora en este pie derecho mío que, a lo largo de esta jornada río arriba, ha de dominar, con suaves toques de acelerador y de freno, el deslizamiento de mi cabrío automático por el dulce y rosáceo pavimento del boulevard como viaja el gordo bailarín del Alvin Ailey por la tarima encerada del Dorothy Chandler Pavillion, con la parsimonia y la solemnidad de un onírico vuelo rasante de vuelta desde la esterilidad del placer hacia el arbolillo que, en el cérvix de esta ciudad, todavía da su fruto anual correoso e incomible en un parterre sombrío de la Union Station…».

La pieza literaria continúa, pero me paro aquí, de momento, no porque yo note que hay una carencia en el escrito, sino porque es esa referencia al cérvix y al paseo río arriba la que me hace pensar que, aun sin plan alguno de volver a casa, teniendo el mundo abierto a mis más exóticas expectativas y alumbrando ya la posibilidad de subsistir allí, quizá en Venice, con la apertura de

un chiringuito de tortillas de patata con y sin cebolla, la Ciudad se imponía con la fuerza de un inconsciente denso en pesadas conexiones imposibles de cortar, a pesar de que entre todas mis actividades extracurriculares estaba también la introducción teórica y práctica a las ideas de Fritz Pearls y su psicología de la Gestalt.

Este inconsciente resultó estar más enraizado de lo que imaginé pues, a pesar de mi falta de seriedad en mis estudios de doctorado, el sentido del deber propio de los habitantes de la Ciudad fue imponiéndose paulatinamente y mis ensoñaciones fueron encontrando su lugar en un plan de futuro que acabó de perfilarse en cuanto, casualidades de la vida, me encontré con una mujer que procedía de la que seguía siendo mi Ciudad y que, como yo, se había trasladado a Los Angeles, en su caso con toda seriedad, para estudiar la historia de las trazas de la conquista en los restos de conventos en California del Sur. Pero esto fue después de finalizar con éxito mi loco itinerario académico previo a iniciar la tesis y posterior a mi formación definitiva en sexo. Todo este período se deja traslucir en la continuación de la nota literaria que he comenzado a trascribir y que ahora continúo:

«...un parterre sombrío de la Union Station, olvidado por los torazos y las lobas del sur, que escupidos rítmicamente por espasmódicas escaleras mecánicas, acarrean sobre el lomo pertenencias y crías, y se extienden por el inmediato McArthur Park con su Vagabond Theater, decorado de película exótica de la Universal, pequeño Nazaret cada noche bañado por la luz fosforescente de estrellas de decorado con palmera y de luna permanente y siempre llena al pairo de las órbitas celestes de los crédulos, hasta el alejado verdor de este campus, continuación intelectual en la margen izquierda del Bel Air de dentistas enriquecidos, en donde las cien mil réplicas clónicas de una misma joven rubia, a rebosar sus *jeans* cortados a medio muslo, ensayan sin descanso sus elementales pasos de animadora...».

No es necesario volver a resaltar que la alusión a la margen izquierda sigue siendo herencia de mi Ciudad, una herencia de

la que no era consciente y que, por aquel entonces no me parecía una atadura. Y entre todas esa rubias encontré a mi rubia sin jeans rebosantes, pero con ojos pardos y unos pechos de los de ración. La conocí a través de unos amigos latinos que le habían acogido en su comunidad y con los que yo cenaba algunos sábados para hablar de política. Era tan seria que el frecuentarla no entró en mis planes de abordar distintas vías de conocimiento, pero esa cara de rubia de caserío se fue imponiendo aun a sabiendas de que ello podría frenar esas andadas mías que sigo relatando de manera ficcional:

«...y habiendo, pues, dejado atrás las hermosas villas toscanas de Beverly Hills y su elegante y variada vegetación que hizo enfurecer de rabia al pobre Henry Miller, tan ignorante en estas materias que solo llegó a distinguir el cerezo japonés del tilo parisino, y nunca supo ver, con la miopía del obseso, en la flora de la primavera de Boticelli, más que el vestido provenzal exhibido en el escaparate del local comercial de Laura Ashley, Sunset esquina con Vermont, encima del que, en un estudio de dos piezas, cuenta su biógrafo, Chandler escribía cada noche con manos enguantadas para disimularse sin éxito el escozor de una psoriasis eruptiva origen de una inquietud nunca apaciguada por la mudanza, cien veces repetida, de una a otra orilla de este río-*boulevard* y, en una ocasión excepcional, hasta la ribera de un afluente poco caudaloso, cerca de un teatro-bar, desde hace años hogar de excelentes divos espontáneos de la ópera italiana que entonan sus exaltadas arias entre sandwiches de pan de centeno, mayonesa ligera y *roast beef* por capas...»

Desde luego fue a este café-teatro y con el señuelo de Chandler, que logré arrastrar a esta chica de mi Ciudad, abandonando por una vez al grupo latino. El lugar no era nada peligroso y para mí tenía unos recuerdos inolvidables de la época en la que perseguía la sabiduría y todavía no el conocimiento concreto en el que empecé a reflexionar cuando después de esa salida vinieron otras. Pero esto llevó su tiempo y mientras, yo continuaba mi persecución de la vida sin objetivo:

«...*roast beef* por capas, solicitadas en número dependiente del apetito del cliente para admiración de sus acompañantes, entre los que una venturosa noche encontré a esa mujer, mi extraña esposa soltera, madre estéril, indomable mujer híbrido de escocesa y cuarterón cubano, mi mulata con vitíligo, cuerpo a topos, cara café con leche, a la postre vendedora en Schwab's Pharmacy de cremas protectoras ante contingencias varias, incluido el traidor sol de Los Angeles que en días como el de hoy, todavía alejado del verano abrasador, pero ya en su cenit, reconforta el cuero curtido de mi incipiente calva y rebotando sobre el carenado del parabrisas muere entre unas ingles agradecidas, hinchándolas de un suave sopor espeso, bajo mis pantalones de drill butano, en dos hernias como rodamientos acerados que engalanan un pubis plano entre dos piernas enjutas de un maratoniano aturdido que corre hacia un destino labrado con paciencia de orfebre a bordo de un Mustang verde-lejía, signo inequívoco de una individualidad irreductible...».

Esta identidad ya fraguada fue la que me permitió compatibilizar mi preparación de tesis con las salidas medidas con esa otra mujer seria de mi Ciudad que ya podía combinar la exploración vital con el planteamiento del futuro. Así pues, continúa mi pieza literaria:

«...una individualidad irreductible, espejo de la ciudad misma, mezcla de correosa vejez y de niñez vulnerable, que nunca conseguirá curar la nostalgia del cruce entre el negro desleído de las Watts Towers al atardecer y el blanco azulado del horizonte de Pacific Palisades al despertar el día y que entre una y otro entretiene su perpetua espera del milagro de la brisa entre los hombros, o del lento entrelazarse de unos dedos hábiles en las lanosas hebras del pecho, o de una entrega sudorosa al baile del pato entre un Chuck Berry, Dorian Gray de antracita, y un gin-tonic helado que reaviva al tacto una espalda desnuda y brillante, enmarcada por tirantes estrechos como hilos de cobre y adornada en sus bordes por los díscolos flecos de la magnífica pelambrera de las axilas de una habitante extraña de esta ciudad improbable en donde todo crimen queda impune y que, excepcionalmente esa noche y a mi requerimiento,

había acudido al strip desde su apartamento a la sombra del Teatro Chino y que acabó en mi Mustang verde-lejía contemplando el cielo boca abajo desde la explanada del observatorio del parque Griffith, aliviando así mi espera de siempre alentada, de acabar calzándome esta alpargata izquierda que ahora, después de todo un día, acaba manchando mi camisa impoluta, a la altura del pectoral, de un cerco de sudor, y de caminar por fin sereno hacia el pueblo de Nuestra Señora de la Porciúncula en un atardecer de fuego...».

12

Aunque no coincide con las fechas yo hubiera dicho que fue *El Gran Gatsby* la película en cuyo estreno nos encontramos como los dos únicos espectadores sin pareja. Pero no, cuando lo pienso mejor creo que era una película sobre el cine centrada en la figura de un *mogul* del séptimo arte relacionado con la Metro Goldwin Mayer y su título quizá fuere el de *El gran Tycoon* o, ahora lo recuerdo bien, *The Last Tycoon*, basada en una novela de Fitzgerald y con Robert de Niro. Supongo que en el descaro de aquellos años de formación, y en mi caso de doma, fui yo quien me dirigí a ella a la salida del cine de Westwood.

Era pelirroja, lo que volvía a meterme en el cine sobre el cine, pues ese color de pelo me remitía inmediatamente a John Ford y a Maureen O´Hara. Siempre me había preguntado si las pelirrojas exhiben ese mismo color en todas las partes de su cuerpo, y ahora tendría la ocasión de comprobarlo, si me esmeraba en mi acercamiento.

Pero llevó su tiempo pues esta mujer no era ya tan joven y afrontaba ya muy serena un porvenir que no contemplaba con ninguna ilusión. Bueno, sí que tenía alguna, justamente la relación entre cine y literatura, un asunto que sostenía su trabajo como guionista de cierto nivel para unos estudios localizados cerca

de su casa, en un barrio que en las divagaciones y paseos en mi Mustang verde-lejía había clasificado como mi segunda elección, después de Venice, si decidía quedarme en esta ciudad.

De hecho, al principio de mi relación con ella llegué a pensar en mis veranos infantiles, previos al desplazamiento familiar a la margen izquierda, cuando admiraba a Esperanza durante aquellos tres meses de vacaciones que pasábamos en una casita de la margen derecha a la que nos trasladábamos desde el Ensanche con toda la impedimenta de una casa transportada en un camión alquilado al efecto. Apenas 12 kilómetros de recorrido, mucho menos de la distancia entre Venice y Hollywood. Todavía ejerce, tal como puedo constatar en los créditos finales de algunas películas de la Universal, por lo que no delataré su nombre y le llamaré simplemente Virginia en homenaje tanto a una escritora como a una a actriz mítica para mí desde la adolescencia.

Virginia transmitía serenidad y hasta quizá un poco de resignación, de modo que me acerqué a ella no solo ofreciéndole un simple zumo en un bar inocente, sino un tipo de conversación que entronizaba la resignación, inventándome mi personaje como alguien que huía de un accidente reciente, no necesariamente de circulación, sino más bien relacionado con el abandono de una mujer que me fui inventando a partir de esa primera conversación, que a lo largo de los siguientes meses fue continuada por confesiones mutuas y por charlas sobre escritores, especialmente si habían escrito para el cine o sus obras habían servido de base para buenos films o, como el extraño caso, que ella trajo a colación, de Pío Baroja, que habría influido literariamente en John Dos Passos y, a través de este, en el cine aunque fuera de manera marginal. Era Virginia de origen sureño y eso le acercaba a una cierta clase de escritores más próximos a la gran novela americana que a las transgresiones asociadas literariamente a los ambientes del este.

Yo diría que me tomó bajo su protección y muy dulcemente trató de enseñarme lo que Los Angeles podía tener de mítico o de interesante, más allá de la industria del cine. Claro que no se

trataba de pasearme por los estudios, pues ya había tours guiados para turistas, ni de mostrarme las manos de los actores y actrices enyesadas en las estrellas de la acera de Hollywood Boulevard, delante del Teatro Chino. Lo que a ella le gustaba era abrirme los ojos a museos de la ciudad llenos de obras de enorme calidad, donadas por figuras míticas del mecenazgo, como Getty o Huntington, o financiadas por el condado de Los Angeles, y que no siempre estaban en lo que se llamaría de manera pueblerina *el centro de la ciudad*.

Le encantaba mi exagerada admiración por la cultura de una ciudad que era generosa con sus convecinos compartiendo la belleza. Lo mismo me servía de copiloto para dirigirme a Pasadena, en donde aprovechaba la ocasión para hacerme ver que yo no estaba en la mejor universidad de la ciudad y que debía de aspirar a transferir mi matrícula a Caltech, que me conducía ella misma hacia el sur para conocer antiguas misiones que, desde luego, habían aparecido en el cine, o me mostraba, aprovechando una de esas excursiones, cualquier edificio utilizado por la industria del cine o las editoras musicales.

Fue justamente mientras volvíamos de una tarde en Pasadena cuando me hizo parar en el borde de una carretera ya casi convertida en calle de la ciudad y mirándome fijamente a los ojos me preguntó dulcemente cómo o por qué era yo tan poco dado a los contactos físicos. No me pareció oportuno confesar mi perversión oculta y sin decir ni palabra le invité a salir de mi Mustang verde-lejía, rodearlo hasta que llegara a mi lado del vehículo y encontrarnos sobre la redondeada puerta del conductor, yo sobre ella y mis labios estropeando los suyos, exquisitamente perfilados, a la salida del Hotel California, donde habíamos tomado el té.

Fue un beso de antología, pero me separó de ella con un empujón, volvió a su sitio dentro del coche y reanudamos el viaje hacia el centro de Los Angeles hablando de naderías intelectuales sobre el día de Acción de Gracias en el que ella esperaba que yo, un marginado culto, acompañara a su madre y a ella

en la comida correspondiente, «siempre que llevara vino español», añadió como con tono de disculpa por pasar del éxtasis a la prosa en un giro visto y no visto.

A pesar de que Virginia no era ya tan joven, no entendía yo bien que un cuerpo como el suyo y una boca tan roja pudieran moderarse a su antojo y me prometí a mí mismo aclarar el asunto. Aunque no sabía cómo hacerlo, y continuamos viéndonos de manera tan casta como la comida del *Thanksgiving*. Seguíamos con nuestras conversaciones cultas e incluso pedantes por mi parte, pero a Virginia parecían gustarle mis esfuerzos por deslumbrarle durante aquellas largas meriendas en lugares que no eran nada californianos del sur y que podrían ser salones de té londinenses.

Yo acabé disfrutando del personaje que me fui creando, un treintañero ya descreído, quemado por un rechazo amoroso que no conseguía superar y que no estaba satisfecho con su aparente éxito académico. Un día me lanzó un sermón lúcido y me dijo que debería tomar la vida en mis manos, olvidarme del desengaño, terminar mi doctorado y volver a mi país que es donde yo podía ser más útil. Sorbió su té y se levantó de una forma que a mí me pareció que escondía una despedida. Sin embargo al depositarla en su casa después de un silencio casi fúnebre, me dijo que me llamaría para que escucháramos juntos una grabación de Tennessee Williams, un sureño que mantenía el espíritu confederado que desde jovencito yo había preferido al federal, a pesar de las películas que pretendían comerme el coco con el asunto del esclavismo, que finalmente desentrañe en un seminario de Fogel, aquel gran historiador de los hechos económicos que nos convenció de que la esclavitud acabó porque ya no era un sistema productivo rentable.

Había descubierto hacía meses que el gusto de Virginia por el sur tenía curiosamente los mismos componentes que mi presunto nacionalismo paterno. La única forma de vivir juntos era la independencia a partir de la cual, como en una pareja, se podían establecer apaños adecuados a la edad y a la tecnología. Así que dije que estaría encantado de escuchar al tiempo esa grabación tan prometedora, no

solo por las convicciones sureñas expresadas, sino sobre todo por el tono grave de una voz privilegiada como la de este autor dramático.

Ese día quedamos en mi apartamento al atardecer y resultó ser una velada mucho más sugerente de lo que yo pensaba. Antes de colocar la cinta en mi reproductor, me propuso un juego curioso. Aquel que acertara de qué obra de teatro estaba hablando el autor en la cinta, podría pedir al otro que se desprendiera de una prenda de las pocas que en LA hacen falta incluso en un otoño ya bien entrado. Debo reconocer que me cogió un poco desprevenido semejante propuesta después de su último sermón, pero nunca me achico ante estas proposiciones.

Y así empezó la velada, con esa grabación que no era difícil descubrir que seguía un orden cronológico, hecho este que no me ayudaba mucho en el *strip-poker* en cuanto no soy un experto en la obra de este hombre. Así que en poco tiempo me quedé en calzoncillos, pero a partir de los años cuarenta y entre lo que yo reconocía y lo que ella fingía no reconocer, quedamos empatados, en lo que a vestimenta se refiere, mientras la voz hablaba sobre piezas como *El zoo de cristal*, *Un tranvía llamado Deseo*, *La rosa tatuada*, *La gata sobre el tejado de zinc*, *De repente el último verano* o *Dulce pájaro de juventud*.

Con los comentarios del genio sobre *La noche de la iguana*- cuya representación habíamos visto ambos unas semanas antes, se acabó el juego. Virginia se desvistió del todo asombrándome con la tersura de sus pechos y el extraño arco que describían sus muslos y se mostró ante mí en todo el esplendor de un pubis totalmente negro. Me levanté para abrazarle, pero me cortó en seco:

—Ahora ya puedes intuir que el color del pelo no tiene por qué coincidir con el del vello que embellece los labios de la vulva, pequeño niño ignorante. Esa colección de la que me hablaste se enriquecería notablemente con esta pieza que tienes a tu alcance, pero que nuca vas a hacer tuya.

Mis aficiones de coleccionista acabaron, sin embargo, poco después, cuando aquella mujer de mi Ciudad quedó preñada, un

embarazo que pareció que cambiaría nuestras vidas. No cabía discusión. Yo tenía como mucho un año para centrarme y terminar mi tesis y ella dejaría la suya para terminarla en nuestra Ciudad cuando volviéramos y comenzáramos una vida productiva, de capataces directos o indirectos de nuestros señores de la margen derecha. Se acabaron las visiones de vivir del rendimiento de un chiringuito en Venice o de contemplar las caídas del Sol con la serenidad que daba un porro. La tesis incluso me interesó, y mi futuro imaginado como padre trajo consigo mi cuasi definitiva caída del cabello. Pero no todo fue tan serio, pues mi colección de vulvas aumentó en un ejemplar de categoría medalla de oro tanto por la simetría de los labios como por el colorido marrón casi beige que servía de invernadero de unos pelillos rubios extrañamente sedosos.

PARTE II

REMOLCADORES DE ALTURA

1

Llamarle niño, que es lo que era, hubiera sido poco fiel a su imagen. Seguía vistiendo pantalón corto, pero los pelos de las piernas delataban una adolescencia adelantada y aparentemente inaceptable para su madre, que le acompañaba a menudo hasta cerca de la estación de tren, y que ya tenía que mirar hacia arriba para darle los últimos consejos, siempre los mismos. No hacía mucho que la familia había llegado al pueblo. En realidad esta embocadura de la ría en la margen izquierda era mucho más que un pueblo, era como una Venecia sin pretensiones y con muchos desniveles, lo que servía, entre otras cosas, como forma de catalogación de la clase social de cada familia: los ricos cerca del mar y de la estación del ferrocarril, una preciosa construcción de la República que parece ser la única época en la que el buen gusto se paseó por los Ministerios de Fomento, y los pobres escalando ordenadamente los repechos del monte, compensando con vistas el alejamiento del centro.

Desde lo feo se vislumbra lo bello mientras que lo bello rara vez nos conduce la vista hacia algo todavía más bello. Vanas elucubraciones que poco podían descubrir de esa familia que se había instalado cerca del transbordador, en un piso de un edificio de viviendas que ocupaba el solar de una villa unifamiliar ya desaparecida para el tiempo en que este joven ya desarrollado y siempre malhumorado simulaba entrar en la estación del ferrocarril hasta que su madre, o esa otra mujer que le acompañaba en otras ocasiones, doblaba la calle que, aunque desembocaba en la

plaza del baile, pronto se convertía en una estrecha calle que ya insinuaba una cuesta empinada.

Si cualquier día una u otra de las mujeres, una más lozana, la otra más vencida por la vida, hubieran vuelto a la estación del ferrocarril, se habrían encontrado con la sorpresa de que el tren estaba ya en su cabecera, pero el joven había desparecido. Eran varias las posibles vías de escape, sobre todo por vía marítima. Un gasolino que cruzaba el Abra para depositar a viejos paseantes cerca de la grúa Titán, con toda su fuerza herrumbrosa; otro gasolino que navegaba aguas arriba hacia los Altos Hornos, que a esa hora cambiaban de turno, bamboleándose peligrosamente de tan sobrecargado que iba de tristes trabajadores aferrados a su cesta de la comida, y un tercer gasolino que simplemente depositaba a una enorme variedad de pasajeros al otro lado de la ría en menos de tres minutos, y además por un menor precio que el peaje que cargaba el rumboso puente colgante, como se llamaba al transbordador, por el mismo recorrido aunque, eso sí, a cubierto de la lluvia.

La mujer que parecía vencida sabía muy bien que él nunca tomaba el tren, pero la rumbosa lo ignoraba por completo confiada como estaba en que aquel, su único hijo, era dócil y disciplinado. Lo que ninguna de las dos sabía era qué hacía realmente el joven-niño, peludo y avergonzado en sus pantalones cortos, cuando se escabullía de la estación sin comprar el billete.

Después de contar pausadamente hasta cien, salía por una puerta apenas usada, abierta en su día para proporcionar salida independiente a los pasajeros que desde la Ciudad, allá al fondo de la ría, venían a trabajar a alguna de las fábricas que necesitaban todavía mayor proximidad al agua y usaban un taxi para alcanzarla. Miraba a un lado y otro y, de manera aleatoria, se decantaba cada día por un medio distinto para pasar a la margen derecha. Sería difícil adivinar el porqué de ese comportamiento tan inocentemente taimado. Quizá quería llegar a la Ciudad desde la margen derecha, disfrazándose así de un tipo de chico de los que su madre

llamaría «bien». O quizá le gustaba una chica y quería acercarse a ella en la parada de autobús o en la del ferrocarril de esa margen, aunque también cabía la posibilidad de que en una timidez propia del que acaba de dar el estirón, lo que quería realmente fuera evitar el contacto con alguna otra muchacha que con mayor aplomo tomaba el ferrocarril de la margen izquierda cada mañana. ¿Cómo meterse en la cabeza de una criatura tan tímida y enrevesada?

En cualquier caso, sea por una razón o por otra, se notaba que estaba molesto con este cambio de residencia. Todavía no conocía a nadie en este pueblo húmedo, portuario y orgulloso de sí mismo que no se lo ponía fácil a los recién llegados, aunque no fueran emigrantes, y ya se veía que la familia del joven funambulista no lo era. Bastaba con ver la manera de andar por la plaza del baile de esas mujeres, sin pedir permiso, sin querer congraciarse con nadie y, en el caso de la madre, incluso con un poco de altivez, como si quisiera dejar meridianamente claro que si estaba allí era por capricho.

Y en cierta forma así era, pues había sido su marido el que había ordenado, eso es, ordenado, no sugerido o rogado, el desplazamiento desde el Ensanche de la Ciudad hasta este lugar que, según él, estaba más cerca de donde se le podía necesitar y que, por otro lado, pensaba él mismo que tonto no era y había tenido tiempo de conocerse bien en los avatares de la vida, estaba muy lejos del palacio del gobernador civil desde donde se seguía ordenando lo que nadie osaba comentar y alrededor del cual era imposible evitar a los guardias civiles armados con un amenazante mosquetón.

No se separa a un niño, así se llamaba él a sí mismo a pesar de ciertos fenómenos nocturnos placenteros que habían comenzado a ocurrirle de vez en cuando, de su sitio y de sus amigos, de una manera tan desconsiderada. Lo decía con la misma convicción con la que declaraba solemnemente que a los niños no se les daba verduras para comer, o para cenar en caso de que la boca hubiera permanecido cerrada al mediodía en un ejercicio de autoafirmación que enfurecía a su madre, pero parecía hacer sonreír al padre.

Esto último era ciertamente el caso, pues le recordaba su propia infancia sin madre, siempre rodeado de mujeres que no conseguían unidad alguna en cuanto a su educación, permitiéndole así el desarrollo de un carácter enrevesado que enfrentando a unas con otras siempre conseguía llevarse el gato al agua.

2

Acababa apenas de conciliar el sueño después del escándalo de una tormenta aparatosa, cuando una sacudida le despertó de improviso. A esa edad no se despierta uno inmediatamente, y el joven-niño de la margen izquierda tardó unos segundos en saber que era la mano de su padre la que le golpeaba amorosamente el hombro derecho y le susurraba con dulces palabras que se vistiera rápido, que tenían que hacer algo.

—Pero ¿qué hora es?

—Son las cuatro. Tienes que vestirte rápido, si quieres acompañarme.

—Pero ¿a dónde, papá? ¿Pasa algo?

—Déjate de «peros». Claro, hijo, claro que pasa algo, pero nada que ataña a la familia, no te asustes, es solo que me gustaría que me acompañaras.

—Pero tengo cole, ya sabes. ¿A dónde vamos? ¿volveremos a tiempo?

—Espero que sí, pero si nos retrasamos ya te llevaré yo al colegio con una nota de justificación.

El joven se levantó con los ojos legañosos y se puso la ropa que había arrojado la noche anterior por el suelo sin orden ni concierto, y lo hizo sin amago alguno de lavarse, aunque solo fuera la cara. Estuvo listo en pocos minutos y se aproximó a la cocina, donde su padre calentaba un par de vasos de leche, desmintiendo su famosa ausencia

de ese lugar solo adecuado para señoras y servicio. Los bebieron en silencio y se dirigieron a la puerta del piso sin hacer ruido para no despertar a las señoras, acarreando una especie de saco con alguna cosa sólida para comer, algo que nunca se aclaró de donde salía.

El joven estaba confundido pues era la primera vez que su padre salía con él a hacer lo que fuera. Nunca le había sacado de paseo, y al cine solo los días de Nochebuena, para que las mujeres de la casa pudieran organizar la cena sin interferencias. Parecía que esta vez no le iba a sacar de casa sino que le pedía que le acompañara y esto acabó por despertar al joven y por darle un cierto sentido de importancia.

—¿A dónde vamos?

—Vamos a abordar ahí abajo, a unos pasos, en la dársena, un remolcador de esos de altura para acudir al socorro de un barco que ha naufragado por cerca de Castro.

No hubo respuesta aunque el chiquillo, que ahora sí que realmente parecía un niño asustado, no dejaba de pensar que su padre se había vuelto loco. Qué podía saber ese padre suyo tan metódico y que pasaba el día entre libros con extraños dibujos, acerca de cómo salvar un barco naufragado. Dijo:

—¿Está a la deriva o ha encallado?

—Peor, estaba en pruebas pues fue botado hace dos días. Volvía ya para los últimos retoques, ninguno de calderería, pero no se sabe cómo se ha dado la vuelta y así está a la deriva con la chimenea boca abajo en peligro de que encalle en esta noche de perros y con este viento que sopla del nordeste.

El chiquillo que ya no lo era tanto, comprendió. No había fallado la caldera, pero algo serio en la construcción debía de estar mal ya que de lo contrario parecería imposible que se diera vuelta la nave, aunque se tratara de un pesquero de no mucho calado y de pocas toneladas. Pero a esto se debía referir su padre cuando como única explicación de su mudanza había comentado que debía estar cerca del lugar donde podría surgir el peligro.

Si el pesquero hubiera entrado en bocana y enfilado la ría más allá de la dársena donde ahora se encontraban, nada hubiera

podido acontecer sobre las plácidas aguas de la ría. Pero mientras no estuviera ahí el peligro tenía que venir de fuera del puerto.

Un pequeño bote les acercó al remolcador con su motor ya en marcha, lo abordaron y el capitán saludó al padre con un gesto cómplice, y sacudió los cabellos al joven a pesar de que casi ya tenía su altura. Se acomodaron en una pequeña bañera a popa y el padre abrió el saco, de dónde sacó dos bocadillos de chorizo de Pamplona que él solo mordisqueó y que el hijo devoró, no tanto por apetito, ya que había cenado opíparamente no hace tanto, sino por nerviosismo.

No estaba claro para él si su padre sería castigado por este accidente, lo que iría a pensar la madre que confiaba en que su marido cediera y volvieran a la casa del centro de la Ciudad, o qué iba a ser de él mañana que era día de autobús desde la margen derecha, o el resto de una vida que dependía tan extrañamente de aquella chica que jugaba al perro y el gato con él. Pensó que igual no volvía de aquella aventura, y la angustia le hizo tragarse también los trozos de pan que su padre había despreciado y que, notó con extrañeza, seguían rellenos de ese chorizo que su madre procuraba evitar pero que no tenía sustituto barato.

Cuando atravesaron la bocana la marea debía de estar subiendo, pues de lo contrario hubiera sido imposible todo aquel meneo que casi le hace perder el sentido pero que cesó milagrosamente a la salida del puerto exterior cuando el capitán puso rumbo al este. Les puso al día: tardarían media hora en llegar al lugar en donde los marineros que probaban el nuevo pesquero estaban a salvo desde hacía dos horas sobre unas rocas que cerraban el puerto de Castro, después de abandonarlo a nado, y después de un buen susto, hace ya casi dos horas, en ese momento inconcebible para un marinero en el que un buque, grande o pequeño, *capsizes*, como decía mi padre en inglés en conversaciones con mi madre o con compañeros de trabajo que se encerraban con él en ese salón que la madre reservaba para visitas de postín que nunca venían.

—Pero ¿qué podemos hacer nosotros? —preguntó el joven, ya integrado en la aventura que, quizás intuyó más que pensó, podría

cambiar su vida sacándole de aquel juego del escondite de todas las mañanas en las que decidía cómo llegar al colegio, a ese colegio que seguía siendo el mismo al que acudía antes de mudarse.

—Tú poco, pero quiero que veas que esos libros que me ves estudiar como si fueran un devocionario de monje son algo más que un capricho. Son ellos, o mejor dicho sus autores, los que nos van a sacar de este atolladero que puede representar un buen agujero para los astilleros y la quiebra del patrón, pues no anda muy bien la pesca esta costera, he oído decir.

Un par de libros con tapas duras de color rojo estaban sobre la mesita de la bañera que apenas acogía a padre e hijo. El padre sacó, no se sabía de dónde, unas hojas en blanco. Se las había proporcionado el capitán, seguro, y también aquel lápiz con el que el padre comenzó a copiar o adaptar algunos gráficos de los libros rojos sobre el papel en blanco. Cada hoja contenía un esbozo de pesquero, chimenea abajo, posicionado de una u otra manera con relación a las rocas de la costa que aguantaban el rompeolas de aquel pequeño puerto. Y en cada hoja, el padre, totalmente concentrado, dibujaba la posición de una especie de balsa con una enorme grúa y la de una figura estilizada que podría ser el remolcador que ya se acercaba al lugar de este hecho desgraciado cuya importancia comenzaba a entender el hijo.

Continuaba negra la noche y nada hacía presagiar un pronto amanecer. El lugar donde aquella cáscara de nuez yacía borracha estaba sin embargo iluminada por unos potentes focos que marineros del puerto habían acercado a las rocas amenazantes ante las que se balanceaba el casco loco con una quilla como una cuchilla de patín de hielo totalmente al aire. La iluminación de la escena sirvió al padre para elegir una y solo una de aquellas hojas en las que había dibujado sus esbozos y con ella en la mano se dirigió al puente de mando, donde el capitán le miraba inquisitivo.

No hablaron, el silencio parecía su lengua franca, bastaban las miradas. El remolcador viró hacia el estrecho sendero de agua que quedaba entre el casco y las rocas, y el capitán impartió a través

de la radio una orden tajante, incomprensible para el hijo y dirigida, era fácil suponer, a una especie de gabarra ancha como un campo de fútbol de los del colegio y que mantenía enhiesta una grúa enorme, gruesa desde luego, pero sobre todo alta.

La maniobra no debía ser fácil, pensó este joven que no sabía por qué estaba allí y que miraba a su padre como si fuera la primera vez que veía aquella figura fuerte con una cabeza grande y una cara larga casi siempre con el ceño fruncido menos cuando explotaba en una carcajada por algo que él solo parecía entender. Pero no había risas en las bocas cerradas con las mandíbulas apretadas, ni sonrisas en los ojos de aquellos dos hombres que observaban el rumbo de la gabarra. El movimiento fue rápido. El remolcador ocupó la franja de agua a sotavento del casco, que ya lamía las rocas, y puso la reversa para mantenerse ahí. Al tiempo la grúa, dirigida con toda seguridad por el que estaba al otro lado de la radio, hizo descender un brazo articulado, que colocó su mano debajo del casco y lo elevó con toda su fuerza. El viento aunque no muy fuerte ayudó y apareció el puente del pesquero casi instantáneamente.

Ese mismo viento empujaba al pesquero rescatado, y que parecía poder respirar todavía, hacia el remolcador que manejaba el motor siguiendo órdenes rápidas, no del capitán sino del padre que gritaba expresiones incomprensibles y casi ahogadas por los extraños ruidos de la caldera. Gracias a la presencia del remolcador la fuerza del brazo articulado de la grúa podía seguir izando al pesquero sin que su fuerza se perdiera en la deriva del casco hacia las rocas pues el remolcador no se lo permitía.

En un momento determinado el casco del pesquero se enderezó y apareció reluciente su cabina recién pintada. La gabarra dio bordadas, en lo que cabe rápidas, fuera de la escena nocturna y fantasmagórica, no sin antes proceder al abordaje del pesquero por parte de unos hombres de negro que el hijo creyó identificar como ladrones y que tomaron el timón y se colocaron en las amuras del recién salvado barco. El capitán del remolcador casi

arranca la cabeza al hijo al levantar un cabo bien grueso y lanzarlo al ladrón que se mantenía firme en la amura de babor, quien lo recogió y lo amarró en un pequeño poyete de la proa. La caldera dio un rugido y el remolcador salió desde su agujero justo a tiempo para evitar encallar en las rocas, arrastrando tras de sí el pesquero con su improvisada tripulación al tiempo que la original rompía a aplaudir y a gritar con entusiasmo. El remolcador arrastraba al pesquero y después de dibujar un rumbo casi circular puso proa al este, hacia la acogedora bocana de la ría.

El capitán del remolcador y el padre ocupaban ahora la pequeña bañera mientras el hijo les miraba desde el puente de mando, el timón en manos de un segundo de abordo y él, el hijo, vuelto hacia la popa, observando como su padre había sacado su petaca del bolsillo trasero del pantalón y comenzaba a liar dos cigarrillos, uno para el capitán que no lo encendió hasta que el del padre estuvo listo y en cuyo momento aquel capitán, que quizá debería estar ya retirado, encendió un mechero a prueba de vientos y ofreció lumbre a mi padre. Permanecían en silencio y en un momento dado ambos alzaron su mirada hacia el hijo y sonrieron de una manera que este solo iba a comprender muchos años más tarde.

Apenas les dio tiempo para apurar sus pitillos de picadura. Apagaron las colillas en el fondo de la bañera, se saludaron en silencio y padre e hijo descendieron al pequeño bote que les acercó a las escaleras de aquel lugar olvidado del puerto. El padre llevaba al hijo agarrado del hombro, y cuando empezaba a despuntar una extraña luz por la parte de la Ciudad, allí en el fondo de la ría, le dijo brevemente que esperaba que ahora supiera por qué se habían mudado a aquella Venecia obrera. Los barcos le necesitaban y no solo cuando se botaban, pues nadie parecía ocuparse de que se mantuvieran a flote después de estrellada la botella de champán, cuando, como esta noche, una mala mar, la impericia de los marineros poco bregados con la navegación o quizá fallos de construcción hacían que la vida de hombres, la fortuna de armadores y la reputación del astillero estuvieran en juego.

—Ya —dijo el hijo—, pero ¿qué tienen que ver esos libros rojos que acarreas contigo y en los que te enfrascas tan a menudo?

—No lo sé muy bien contestó el padre. Son los que estudié allí en Newcastle, en los que me embebí pues estaba muy solo y me salvaron la vida. Es justo que ahora comparta con ellos este pequeño éxito ¿no crees?

—No lo sé, no lo entiendo, pero ha sido una noche que no olvidaré.

El padre soltó una carcajada ante la seriedad del hijo quien, de repente, parecía haberse hecho tan mayor de carácter como ya lo era en tamaño. Estas carcajadas siempre alegraban al hijo. Se sintió bien, sin sueño y dispuesto a acudir al colegio. Quizá algún libro le haría compañía en aquellos días en que se sintiera solo. Sería cuestión de dejarse aconsejar por aquella señora mayor que ahora en Portugalete vivía con ellos.

—Si quieres te duermes un rato y luego te llevo en taxi al colegio y explico por qué llegas tarde, pero quizá prefieras cruzar la bocana o coger el transbordador, pasar a la otra margen y tomar el autobús que tomas todos los jueves de tapadillo.

Le habían cogido, pensó el hijo, pero no se sintió mal o en falta. Más bien se sintió acompañado por un cómplice y volvió su rostro sonriente hacia su padre.

—Creo que hoy pasaré por el puente, gracias, papá.

No hablaron más y así semiabrazados llegaron a casa cuando todavía las señoras no se habían levantado.

* * *

Este joven de la margen izquierda se sentía desconcertado. En apenas tres horas de navegación nocturna y algo misteriosa se habían debilitado al menos dos de sus creencias acerca de sus padres. Todavía tenía tiempo y se metió en la bañera disfrutando del agua, quizá demasiado caliente, como para frenar sus divagaciones. La fama de niño mimado del padre, huérfano de madre

desde el nacimiento y siempre rodeado de mujeres solícitas con ese niño un poco taciturno, no parecía tan cierta a la vista de su capacidad de calentar leche y preparar dos bocadillos de chorizo de Pamplona. Y este hecho, parecía desfondar la insistencia de la madre en usar su presunto poder doméstico para conseguir que aquel hombre, que devino su marido a una edad ya madura, no tuviera que entrar en la cocina ni para tomar un vaso de agua ni en lo más caluroso del verano. Creía el hijo que ciertamente la madre conquistaba su propósito a pesar de la sonrisa del padre, a veces irónica, que había cazado al vuelo en algunas ocasiones en que ella parecía enardecerse en la defensa de su posición.

Y desde esta noche tan rara era ya evidente que no todo estaba claro en aquel hogar. No parecía ser él el único que guardaba secretos, en su caso sobre sus andanzas mañaneras al otro lado de la ría. También su padre ocultaba algo y hasta era posible que la madre también estuviera al tanto de esos secretos paternos fingiendo desconocerlos. Quizá, pensaba este hijo madurado en una noche, fuera uno de esos secretos la verdadera causa del cambio de domicilio que les llevó desde la presencia de los grises en el edificio del gobierno civil hasta este pueblo costero que el padre llamaba a veces una Venecia vasca y en donde residiría seguramente aquel capitán sospechoso y raro que acompañó al padre aquella terrible noche al mando del remolcador.

3

Cuando finalmente salió de la bañera era ya la hora habitual para acicalarse y comenzar su paseíto hacia la estación de tren, para atrapar ese que nunca había tomado y que le dejaría relativamente lejos del colegio, o para tomar el gasolino y pasar a la margen derecha a fin de coincidir con ella en el autobús que les

dejaba a ambos prácticamente a las puertas de sus respectivos colegios. No era un día cualquiera y pensó, cuando delante del espejo se peinaba su cabello con raya a la izquierda, que ya era hora de hacer valer la indocilidad, oculta muy dentro pero que esa mañana empezaba a saltar por los aires. Incapaz de prestar atención a la rectitud de la raya desvanecida después de aquella noche movida, su imaginación se desbordaba anegando los campos de la rebelión.

No solo era hora de reivindicar su capacidad para desplazarse solo hasta la estación y embarcarse en cualquiera de los gasolinos que le permitían viajar a la Ciudad, cerca de esa muchacha que hacía años no le dejaba dormir por las noches perplejo ante su imagen de verano al borde del mar, paseando por la playa en dirección hacia las rocas de las quisquillas. Ya era hora también de decirle a ella que le tiene sorbido el seso y de que le exija una respuesta.

Pero eso ahora era lo menos importante. Ya era hora sobre todo de aclarar los secretos familiares y saber por qué se acabó aquella vida idílica, pasando los meses de colegio en aquel piso céntrico y los veranos en aquella casa con jardín en la margen derecha, rodeado de amigos que comentaban las debilidades románticas por esta o aquella chica de este o aquel colegio.

Se vistió de nuevo, sin cambiarse siquiera de ropa interior y antes de que cualquiera de aquellas dos señoras que, a veces por separado y otras veces juntas, siempre le acompañaban a la estación de ferrocarril con el misal en la mano, se dieran cuenta, ya había salido de casa para, esta vez, gastarse el dinero en un billete de tren que le dejaba lejos del colegio pero que le permitiría aclararse las ideas sobre aquel misterioso silencio sobre la vida joven de sus padres que ahora se le antojaba un enigma. Un enigma raro pues algo pasaba que hacía que padre y madre actuaran como en un guión de cine, fingiendo no estar al tanto de lo que estaba al cabo de la calle. Era hora de que él fuera admitido en ese juego. Era de hecho necesario si él aspiraba a esa historia propia a la que creía tener derecho y, desde luego, a la que tenía ganas de acceder cuanto antes.

Llegó a tiempo de pillar un tren temprano y se le pasó por la cabeza que su madre o aquella otra señora iban a aterrorizarse cuando no le encontraran en ningún sitio. Le dio justo el tiempo para gastarse el dinero del viaje de vuelta en llamar a su casa desde el teléfono público de la estación. Contestó aquella señora a la que él adoraba sin las reticencias que inevitablemente plantea una madre, y en dos segundos le dijo que ya estaba en la estación y que no se preocuparan por él. Colgó el aparato sin que doña Carmen pudiera emitir sonido y se deslizó al último vagón justo antes de que el tren se pusiera en marcha.

No conocía el interior de los vagones de esta línea que recorría la margen izquierda, pues hasta este día siempre se las había arreglado para pasar a la margen derecha y deslizarse sin que se notara su maniobra aunque, a decir verdad, ya no estaba seguro de nada que tuviera que ver con el conocimiento y los secretos de la gente que le rodaba. Dejó su cartera de libros al lado de su asiento pues no parecía que fuera a haber mucha aglomeración y comenzó una divagación naturalmente paralela a la ría que iba recorriendo a contracorriente. Pensó que llegaría como dentro de media hora a la estación final de esta línea, muy cerca de los astilleros de Euskalduna en los que trabajaba su padre desde que terminó su carrera en Newcastle, unos astilleros propiedad de un nacionalista vasco y de un nacional monárquico, dos figuras bien conocidas en la pequeña sociedad de la Ciudad.

Si de algo había oído hablar en su piso del centro, sobre todo por parte de su madre, era de un acto que se llamaba botadura y al que siempre quería asistir a pesar de la mala cara que ponía mi padre ante tal perspectiva. Pero hoy entendía este joven de la margen izquierda, de golpe ya nada niño, que ese acto era todo un acontecimiento, que a juzgar por los comentarios de súplica de su madre debía concentrar a gentes ricas y poderosas, bien porque eran los dueños de los astilleros, bien porque eran los armadores del buque que ese día, y en cuanto una madrina muy escogida rompiera sobre el casco la botella de champán *de la Viuda*, se deslizaría suavemente

hacia la ría siguiendo la corriente y desde luego en horas de marea alta que evitaría cualquier accidente prematuro que dañara la quilla de este nuevo buque, como tal vez había pasado con el pesquero botado ayer sin ningún boato y en un dique de los pequeños.

Sí, esto de las botaduras debía ser algo grandioso, pues ahora recordaba que la gorra de marinero que acompañaba a su traje de primera comunión llevaba la inscripción «Magallanes», un carguero botado hacía años y que debía de haber sido, ahora lo comprendía, una heroicidad tecnológica para aquellos tiempos, seis años atrás. Todavía, recordó el joven, se comentaba en ciertos círculos muy ligados al negocio de construcción de buques, que a veces visitaban a mi padre en aquel salón que mi madre seguramente hubiera querido reservar para meriendas un poco más elegantes que las que ocurrían cuando se reunían allí algunos que, ahora cree el chiquillo, no debían de ser de la buena sociedad del momento, pues no tomaban té ni eran acogidos o reconfortados con sándwiches de pepinillo.

Quizá fue la parada en la estación más grande del recorrido y la entrada en tropel en el vagón de una gran cantidad de hombres vestidos con monos azules, lo que obligó a este joven, que por primera vez era lejanamente consciente de qué estaba pensando, a retirar su cartera llena de los libros del colegio del asiento contiguo y de paso a cambiar de registro y recordar o imaginar que seguramente era alguno de aquellos contertulios casi clandestinos de su padre el que le traía cada año una zamarra de las que, decían, usan los bacaladeros allá por Terranova.

El tejido era muy abrigado y exhibía unos colores y unos cuadros que le habían hecho famoso en su paseo al colegio cuando cada día acudía caminando hasta él desde su piso del centro. Pensó en el capitán de la noche anterior y este pensamiento le llevó de nuevo hacia las botaduras a las que su madre hubiera querido acudir del brazo de mi padre, vestido éste con su mejor traje y su sombrero tipo Mr. Eden, para no desentonar después cuando la verdadera fiesta comenzara en un hotel de la Ciudad no demasiado alejado de los astilleros. No se sabe si lo logró alguna vez

antes de que el niño tuviera uso de razón, pero ciertamente sí que lo consiguió en aquella ocasión en la que su madre y él acudieron de tiros largos a una botadura al menos tan importante como lo había sido la del «Magallanes» y que ahora, sentado en ese tren de la margen izquierda, trataba de rememorar.

El camino desde el domicilio hasta los astilleros no era muy largo y se podía recortar cruzando un bonito parque, pero aun así al chiquillo le hubiera gustado haber cogido un taxi pues se avergonzaba de la presunta elegancia de su madre. Un vestido amplio y vaporoso quería disminuir un poco el volumen de una señora de carnes generosas y poseedora de unos pechos que el joven entendía ya por qué un día le fueron prohibidos y tuvo que dejar de acariciarlos y de usarlos como almohada todas las noches, ya vestido con su pijama de pantalones zambos y justo antes de retirarse a su habitación. El escote esa tarde era un poco más atrevido de lo habitual y servía de escaparate para un collar de perlas cultivadas que le rodeaba el cuello en varias vueltas, cada vez más amplias. La madre tomó de la mano al chiquillo que se iba haciendo cada día más hombre y que ya nunca olvidaría el roce continuo del diamante, que girado sobre el dedo anular a fin de evitar tentaciones de robo, le dañaba la palma de su mano, ya grande y velluda. Así llegaron a la plaza, en la que se abría una gran verja para permitir la entrada de vehículos de gente principal, y por la que su madre y él hicieron su entrada en el astillero aquella tarde especial.

La memoria se le aceleró y recordó cómo trepó con su madre, quien hacía el gesto de apoyarse en él como si quisiera expresar que no estaba sola, hasta la tribuna preparada al efecto, cerca de la popa del nuevo carguero en donde lucía un nombre del que él no se acuerda pues ya le bastaba con la preocupación de estar jugando un papel que no le correspondía y que no sabía interpretar pues a pesar de su altura seguía llevando pantalones cortos. Van llegando los primeros invitados, todos más tarde que madre e hijo, y poco a poco esta pequeña tribuna se va llenando de personalidades de la vida local, acompañados de sus esposas que, con

una cierta displicencia se van presentando a mi madre, que se identifica como la señora de su marido, alguien al que las esposas engalanadas para la ocasión fingen conocer al menos de oídas.

Sigue llegando gente y como sin esfuerzo se va configurando la primera fila que rodea a la señorita madrina, quizá hija del armador, y que por escalafón se conforma con los propietarios, armadores y altos cargos de la empresa, con la excepción de su padre al que el chico cree detectar en el dique vigilando los carriles y las vigas que, de momento, frenan el deslizamiento. No va de postín y se cubre con una boina, muy distinta del sombrero inglés con el que a la madre le hubiera gustado verle a su lado y no lejos del gobernador civil y su señora un pelín apartada y a la que la madre hace lo que en el cole del chico se llama *la pelota*, discreta pero evidente.

Llega el momento y la madrina deja caer la botella de champán que estalla contra la popa. Algunos cables deben de ceder al mismo tiempo y el buque se desliza suavemente como una enorme mole que, junto con la distancia deja empequeñecida la figura del padre, que sigue vigilante la buena marcha de la botadura. Pero ocurre algo y hay un silencio repentino y total cuando el buque silencioso, a media distancia del camino de su bautismo y ya con la proa en el agua de la ría, chirría casi imperceptiblemente y una de las vigas que deberían ir cediendo dóciles sale disparada y pasa rozando la boina y la cabeza del padre. Sigue un chillido de horror y algunas señoras se dirigen a la madre con gritos de alivio. El resto es confusión para algunos y éxito para los propietarios de los astilleros, que se felicitan mutuamente con los armadores. Los confundidos siguen rodeando a su madre y se prestan a esperar al marido y a acompañar a ambos hasta el hotel, donde se celebrará la botadura, siempre un hito en una ciudad portuaria.

Recuerda el joven que en un momento determinado, cuando apenas podían haber pasado cinco minutos desde el vuelo de la viga, llegó un obrero con la boina en una mano y en la otra un sobre que entrega a la madre, que se hace un lío con el pañuelo que ha sacado del bolso nuevo recién comprado y la apertura del sobre.

No revela su contenido, pero su rostro se torna lívido y acaban sus mohines. Toma el brazo del hijo que, en medio del jaleo, se siente ya mayor y desciende poco a poco las escaleras de la tribuna para enfilar la puerta de autoridades y volver a paso ligero por el mismo camino por el que ambos habían llegado, en lugar de caminar majestuosamente por la calle grande hasta el hotel. Las lágrimas se deslizaban por aquellas mejillas tan suaves como sus pechos y el silencio solo se rompía por unos hipidos que este hijo ya para siempre identificaría con el ahogo del disgusto y el desengaño.

Pero la rememoración llegó a su término cuando los hombres con mono azul descendieron de aquel vagón y el chico les siguió a paso lento, pues tenía mucho tiempo para llegar al colegio y porque así podía continuar pensando en aquel acontecimiento curiosamente no olvidado y que podría ser clave para ese cambio de domicilio que hacía tan difícil sus encuentros con esa chica que le miraba todas las mañanas y que hoy no tendría más remedio que contestar algo, cuando él le abordara a la entrada del colegio de chicas, al que acudía todos los días recorriendo el camino inverso al de la mayoría de las niñas en aquellos años de posguerra.

4

No se quitaba de la cabeza el disgusto de su madre por la imposibilidad repentina de no poder lucir sus joyas en el mejor hotel de la Ciudad durante el festejo que seguiría a la botadura. Pero su meditación en el tren le había suavizado un poco la sensación de ignorante de lo que pasaba a su alrededor, y la perspectiva de encontrar a esa chica a la que perseguía cada mañana y con la

que ya había comenzado a intercambiar alguna sonrisa y dos palabras, le calmaba un poco los ánimos. El madrugón le había proporcionado tiempo para soñar despierto durante su paseo cansino desde la estación hasta aquel punto en el que el camino de chicos y chicas se bifurcaba, en aquella parte alta de la Cuidad, un tanto alejada del centro pero bastante cerca de esa parada de tren en la que había descendido.

La ensoñación de la que era capaz y la única que se podía permitir, era la de su figura paseando por la orilla de la playa, a medio camino entre los bloques de cemento que sostenían el malecón de poniente y las rocas llenas de quisquillas que cerraban la playa por levante. Era tan alta como él y nada delgadurria, sino que estaba rellenita, lo que daba a su paso un cierto porte real que ella debía conocer, pues su paseo era bastante frecuente desde el centro de la fila de esos toldos, en otros lares llamados casetas, hasta su principio.

El toldo de ella y su familia estaba en una zona menos noble que la del joven, pero en segunda fila. Yo pedía por favor un vaso de agua en un establecimiento más elegante que el que a ella le hubiera correspondido. Y sin embargo, habían coincido varias veces en el de postín, lo que a él siempre le dio esperanzas de serle atractivo o que, por lo menos, lo fuera el conjunto de establecimiento y ese jovencito con traje de baño recién estrenado como cada temporada.

Tenía todavía mucho tiempo antes de encontrarse con ella y escudriñar si le alegraba su encuentro inesperado, y así su paseo fue tomando un caminar muy cansino y nada marcial, con los ojos mirando al suelo en una postura que sería característica suya y que le duraría toda la vida. Una vida en la que, él en aquellos años no sabía, le iba a llevar por caminos un tanto extraños aunque no muy diferentes de los que seguirían sus compañeros de colegio.

Poco podía imaginarse en aquella fresca mañana, que después de años de haber perdido contacto la volvería a encontrar casi veinte años después, ya casada y con hijos, viviendo en un chalet

de la margen derecha con una delgadez insospechada y unas inquietudes intelectuales que, de primeras, enturbiaron el extraño placer de encontrarla de nuevo, a pesar de que él se había convertido en un profesional de una actividad que se podría llamar intelectual. Sería justamente este cruce de intereses, que a él le iba a recordar sus cruces del pasado en la orilla de la playa, lo que le iba a picar la curiosidad sobre si ella también los recordaría y que finalmente les unió, al principio muy distantemente, pero poco a poco cada vez más cercanas sus miradas.

Era imposible que en aquel momento de titubeante acceso a la madurez, pudiera soñar que en ese futuro inimaginable sus deseos inconcretos de niñez se fueran a satisfacer de una manera excitante y lenta. Claro que a esas alturas no le iba a asustar el inicio de una aventura sexual, pues los tiempos nuevos ya no eran aquellos tiempos de botaduras, y la vida le había llevado ya por lugares bastante más permisivos que esa Ciudad a la que después de todos esos años había vuelto viudo y sin hijos.

Pero la ignorancia de la memoria de ella y un detalle novedoso hizo de esa aventura algo memorable en sus comienzos para pasar luego, después de un año de relación, a algo difícilmente predecible. Fue ese detalle especial lo que no le permitió mantener las distancias que ya estaba acostumbrado a preservar con sus amantes pasajeras, que le habían convertido en un coleccionista de vulvas. Le gustaba clasificarlas según el colorido de los labios vaginales y del pelo poco denso que en ellos nacía, para luego relacionar esas partes íntimas con los colores del cabello y de la tez, así como con la aparente calidad de los orgasmos. No era un coleccionista sistemático ni ordenado, sino más bien un ansioso buscador de novedades. Quizá un especialista en el *Origen del Mundo* de Courbet.

Y fue esta ansiedad la que le llevó a lanzarse desde el primer día de la futura relación a exhibir su sabia destreza en el sexo oral como microscopio imprescindible para aumentar su colección secreta. Su arma novedosa y fundamental había sido siempre la

de demorarse en los besos faciales y bucales sin intentar siquiera la penetración para continuar salivando el cuello y el esternón a un ritmo insoportablemente lento, según le habían dicho sus anteriores ejemplares de colección, que adornaban su armario-vitrina mental. Pero en un momento dado, saltaba del final del esternón al botón crucial del clítoris, un salto a cámara lenta que le permitía valorar la calidad de su presa, los matices del color y la calidad de ese pelo ralo que surge de la dulzura de los labios como pestañas tratadas con *rimmel*. El resto era simple rutina.

Pero en nada de esto pensaba él mientras se dejaba llevar por las ensoñaciones que le llegaban a la cabeza y que nunca podría recordar luego. Ya casi a la puerta del colegio de ella, le sacó de su ensimismamiento una voz que le decía:

—No te he visto en el autobús ¿has cogido el tren?

Era la primera vez que esa voz se dirigía a él, aunque conocía su timbre. La sorpresa fue tan grande que se quedó pasmado durante unos segundos mientras ella se iba acercando. Ella conocía sus movimientos, y eso le hinchaba el pecho de una sensación desconocida. Solo contestó:

—Sí

Y pensó que no mentía, aunque ella se refería al de la margen derecha que él cogía un poco al azar, apostando a lo que ella haría. Y ya recuperado continuó:

—Tenía que hacer un recado para mi madre y he venido muy pronto. Estaba haciendo tiempo para no llegar demasiado pronto al cole.

Una trola que, pensó, era fácil de aceptar. Así fue realmente. Como primera conversación, pensó él, pues ya estaban cerca del colegio de ella, no estaba mal. Pero para su sorpresa ella continuó:

—¿Qué clases tienes hoy?

Tenía mates y lengua, las dos que realmente le gustaban, pero ya no había tiempo, y justo en el momento en el que ella se despegaba para dirigirse hacia la puerta de su cole, fue capaz de articular.

—Pero, dime, ¿cómo te llamas?

No hubo contestación, pero justo antes de cruzar el umbral de la puerta vigilada por una hermana de uniforme negro, ella se volvió, desafió la mirada de la hermana y casi gritó:

—Te lo digo mañana, Jon.

Aceleró el paso para no tener que llamar al timbre de su colegio, aunque esa mañana no le iba a cundir mucho en términos de matemáticas y lengua. Toda clase de turbulencias se mezclaron en su mente, imprecisas como el lenguaje del que no conoces la prosodia, esa de la que el profe parecía estar hablando, y al mismo tiempo incapaces de fijar con precisión geométrica lo que años más tarde descubrió para su colección: labios rosas adornados por pelos negros.

5

Ella sabía su nombre, pero el joven ignoraba el de ella. Le había dicho que se lo diría la próxima vez que se vieran y así fue. Al día siguiente retomó su costumbre de cruzar la ría a hurtadillas. Ya lo hacía sin ocultarse y sin necesidad de hablar de ello. A su padre seguramente le parecía bien que hiciera lo que quisiera, y su madre muy posiblemente veía apoyada su pretensión de volver al centro de la Ciudad en donde la división en dos márgenes no era una preocupación diaria ni una señal de la forma del mundo.

La señorita Carmen permanecía callada, pero sin duda ella también prefería el centro pues estaba más cerca de aquella institución donde se podían alquilar libros y en la que se podía consultar el *Libro de Buenas y Malas Lecturas* que, escrito por un jesuita, le eximía de toda responsabilidad en su tarea de comprar libros para el entretenimiento del joven y seguramente para el suyo también, aunque ella no se privaba de leer libros de aquella biblioteca heredada desde la

época de la República y que estaba llena de títulos que el famoso libro clasificaba dentro del índice de libros prohibidos por la Iglesia.

Pero no fueron los deseos de unos u otros, sino la salud de su padre que, de repente, mostró síntomas de una enfermedad degenerativa, la que determinó el regreso a esa calle de toda la vida que nunca volvería a dejar hasta que muchos años más tarde, a la vuelta de Estados Unidos, creyó conveniente independizarse. El colegio estaba a tiro de piedra y siempre podría coordinarse con Esperanza, que así se llamaba aquella chica de su edad que se paseaba por la playa por delante de su toldo y que nunca rehusó su compañía en el autobús o el tren desde la margen derecha hasta el centro. Desde aquel momento en el que supo que ella sabía su nombre no dejó ni un solo día de hacer el camino hasta su colegio con ella, ya fuera porque seguía cruzando de margen, ya fuera porque le esperaba en aquel punto en el que sus caminos colegiales se encontraban.

Y la cosa continuó igual una vez que la familia abandonó la Venecia del Abra y volvió a ese piso que siempre consideró su casa y desde el cual podía seguir viendo a Esperanza y hablando con ella cada mañana, así luciera el Sol o cayeran chuzos de punta. Se las prometía muy felices para el próximo verano y el próximo curso, pero todo se torció y su vida cambió de rumbo cuando la madre anunció que ya tenía reservada una plaza en una especie de campamento francés para que pasara prácticamente todo el verano mejorando el mediocre francés que enseñaban en aquel colegio en el que ella se empeñó en que ingresara y en el que era importante saber cómo se decía en francés el sustantivo «rodrigón» que, si bien nadie sabía lo que denotaba, desde entonces él supo que en francés se dice *échalas*, algo que siempre le hizo pensar si uno podría ser bilingüe sin saber nunca a qué se refería lo que decía o si se podría ser monolingüe siendo capaz de expresar todo lo que uno quiere o desea expresar.

Pero estas disquisiciones no comenzaron a ser importantes hasta años más tarde, allá por el final del bachillerato, cuando el

inglés sustituyó al francés en esa educación que su madre quería para su hijo varón al que, para su irritación difícil de reprimir, ella llamaba, incluso en presencia de un marido que tenía Parkinson pero no estaba sordo, el «báculo de mi vejez».

Sí, aprendió idiomas durante los veranos, incluso alemán ya en carrera, pero a un precio muy alto, porque fue perdiendo las amistades de verano tan importantes para las confidencias de playa, con amigos cuyo carácter se iba conformando paralelamente al suyo, y las fue sustituyendo por una cultura solitaria de lecturas y fantasías, que hacían de él un individuo cada vez más introvertido y más solitario, alguien que nunca consiguió salir con una chica del grupo, sino solo con otras que encontraba en los paseos vespertinos y de las que no sabía nada, además claro está, de aquellas extranjeras que le parecían mucho más educadas intelectualmente que aquellas que, como Esperanza, fueron apartándose de él o él de ellas en un inconsciente movimiento de apertura al mundo más allá del Abra.

Esa apertura parecía obligada para nuestro joven y para otros chiquillos que ya no lo eran y que ya llevaban años de pantalón largo y de visitas a la trastienda de ciertas librerías en las que uno se aprovisionaba de libros de esos prohibidos, que él hacía desaparecer, con la connivencia de Carmen Arteaga, entre los de esa biblioteca republicana disimulada en unas estanterías del despacho en el que el padre hacía sus dibujos cada día más temblorosos y la madre llevaba las cuentas de la compra diaria sin nunca echar un vistazo a su espalda, en donde la librería de la sabiduría crecía discretamente.

Su castidad no estuvo nunca en peligro de perderse, pero la neutralidad ideológica de su casa, impuesta por la madre y aceptada por el padre, se derrumbó definitivamente en aquellos años de soledad y nuevos contactos personales, entre los que se topó con gente que desde un susurro casi mudo comenzó a hablarle de la derrota de los nacionalistas vascos en esa guerra de la que apenas sabía nada, y en la que estos patriotas de una patria propia

se unieron a los que realmente habían sido despojados de sus derechos y a los que la madre temía como al diablo.

Lo que Jon entendió en su momento como una heroicidad de su padre, recuperando en una noche de perros a un pesquero prácticamente hundido, se convirtió poco a poco en una actividad casi clandestina, llevada a cabo por los amigos ocultos de su padre que procuraban pasar desapercibidos habiendo perdido la guerra y sabiendo que cualquier manifestación podría atraer represalias contra ellos o sus familias.

Sus lecturas y esos descubrimientos incompletos fueron fusionándose en una actitud que comenzó a llamar a la dictadura por su nombre y que le llevó a realizar, junto a un buen amigo de esos nuevos, el primer acto revolucionario, o al menos de protesta, que muy bien podría haber sido el único de su vida, pero que no resultó tal. Después de una tarde de estudio, renunciando al paseíto de la noche, debatieron ambos amigos seriamente si no era ya hora de quitarse la corbata para ir a las clases de la universidad todos los días. Y, aterrorizados, así lo hicieron al día siguiente y ya todos los demás.

No solo no hubo represalias sino que a los pocos días no quedaba en el aula ni un solo estudiante que la llevara. Este éxito animó a muchos otros amigos a enredarse en aventuras que creían osadas y les acercó a otros grupos de gente que conocían solo de aquellas visitas a las trastiendas prohibidas de ciertas librerías.

Y así surgieron pequeñas y distintas reuniones de café en las que, por lo que Jon llegó a saber, al principio solo debatían sobre libros, generalmente franceses, que nos hablaban de la revolución y de la relación de esta con la propia formación de la individualidad. Ya no era cuestión de terminar los estudios y ponerse a trabajar en alguna empresa que comenzara a coger la estela del despertar económico que la tecnocracia había sabido encontrar, sino que se trataba más bien de saber cómo hacer de uno mismo una figura ejemplar que se jugara, si no su vida, sí su identidad. Y esta ya no podía ser la de un revolucionario comunista como

algunos de los personajes de *Los caminos de la libertad* de Sartre, sino que había que introducir ciertos elementos de cultura anglosajona que ayudaran a soltar ataduras morales y pequeño-burguesas para convertirse en un individuo realmente libre de verdad que solo transitara por caminos nuevos y descubiertos por uno mismo lejos de cualquier ortodoxia.

Los grupos se rehicieron otra vez y algunos de los amigos de Jon quedaron desconcertados y con el único deseo de soltar amarras. En el caso del mismo Jon, este fue capaz de convencer a sus padres de que le dejaran hacer los dos últimos años de la carrera en uno y luego trasladarse con una beca americana a Salzburgo para estudiar en un centro de cierta calidad nada menos que comercio exterior, justo en el momento en que los efectos nocivos de la autarquía ya habían convencido a la gente burguesa como sus padres de que había que abrir la economía.

Y así es como Jon perdió del todo el contacto con sus amigos y amigas de la adolescencia y, en cierto modo, con su Ciudad. A cambio su cabeza se abrió a lecturas totalmente nuevas y a relatos de otra guerra ya pasada, pero cuyas huellas no acababan de desaparecer de la tierra todavía embarrada de esa zona de Europa a la que se desplazó a pesar del deseo de su padre, antiguo alumno de Durham, de que fuera al Reino Unido. Una vez más prevaleció el criterio de la madre, lo mismo que cuando se trató de elegir colegio para su educación secundaria.

Posiblemente en esta ocasión también volvió a acertar indirectamente, pues Jon acabó tan harto del ambiente sombrío germánico que, a pesar de estar en Austria y de conocer allí a Machalen, decidió largarse a los Estados Unidos, esa tierra en la que es cierto que no dirigía von Karajan, pero en la que sonaban otros ritmos musicales más acordes con las lecturas que, sin abandonar la escuela de Frankfort, comenzaban a descubrir en la poesía americana extasiándose ante un poema como «Howl», el grito de Allen Ginsberg.

6

La Ciudad tiene muchos nombres en ambos idiomas, pero todos hacen referencia a que es como un agujero en la tierra, un bocho rodeado de montañas que le aislaron mientras las comunicaciones fueron rudimentarias, y le salvaron de algunos ataques bélicos. Este hecho hace que esta Ciudad componga una suerte de sistema complejo que se sostiene hasta que algo externo ocurre y el sistema explota y cambia de configuración.

Y ese algo externo no puede llegar sino a través del mar, entrando en la Ciudad por la ría a partir del Abra, esa especie de laguna en la que se entra o se sale a través del canal que dejan abierto los dos contrafuertes, el que sale desde la margen izquierda, largo y estilizado, y el que se insinúa, corto y gordo, desde la margen derecha. Cada uno se remata con un faro que proyecta su luz con diferente frecuencia, lo que facilita el acceso normal al canal por parte del buque, casi siempre de carga, aunque a veces entra uno de pasajeros para ser reparado en alguno de los astilleros de la ría, la mayoría de ellos en la margen izquierda.

Pero no bastan estas señales luminosas tan codiciadas por los niños que las observan ensimismados, pues el canal tiene sus misterios y ningún buque, del tipo que fuere, se arriesgaría a embocarlo por su cuenta y riesgo sin la ayuda de un práctico que conoce las últimas modificaciones de la trayectoria. Sacar el buque a alta mar más allá del paso entre los faros no es muy difícil ni peligroso para el práctico, pero llevarlo desde cualquier punto de la caprichosa mar sujeta a vientos muy variados puede ser un problema que exige salir lejos y tener una pericia nada fácil de encontrar.

Es esta asimetría la que hace que los remolcadores de la Ciudad se denominen «remolcadores de altura» y que los prácticos que los pilotan formen una clase de gentes inconfundibles. Todos chapurrean lenguas extranjeras y tienen amigos en todas partes.

No hay nada de extraño en que en momentos cruciales del devenir histórico de la Ciudad hayan jugado un papel importante. Sin remontarse mucho, basta con rememorar todas las historias que corren en voz baja acerca de las ayudas que estos personajes proporcionaron a uno y otro bando de la guerra civil, y los servicios que prestaron a gentes de una u otra manera de pensar en la guerra mundial que siguió casi inmediatamente. Buques de uno u otro tipo surcaban las aguas cercanas y los patrones de los remolcadores de altura jugaron su papel en las labores de espionaje.

Estos patrones tan especiales constituyen una clase cerrada en sí misma que cumple con su deber, por nadie impuesto, de refrescar el aire mental de este bocho que sin ellos correría el peligro de perecer intelectualmente. Esta evidencia se iba formando en la mente de Jon desde aquella noche de perros en la que tuvo una visión que, aunque no muy clara, le proporcionó un dibujo de la personalidad del padre, y poco a poco de toda la Ciudad, como si ésta en su esencia no fuera sino una extensión de aquella personalidad.

La Ciudad, en efecto, habría de ser siempre un *locus* en el que la penetración debe estar presente y ser de lo más frecuente, para lo cual también tiene que tener lugar la salida del bocho por mar para oxigenar las ideas. Este ir y venir, este mete y saca, si así nos quisiéramos expresar, hace que los verdaderos moradores de la Cuidad, los que le dan su tono más allá de detalles triviales, por mucho que puedan mover muchos intereses, sean inclasificables. Siempre se puede encontrar en ellos algún rasgo de los que definen el momento espiritual del mundo, pero si se pretende entenderlos a partir de ese rasgo se encontrará en seguida la contradicción con otro que también define su personalidad. Por eso el único y verdadero rasgo definitorio es el enfrentamiento contra cualquier intento de normalización encaminado a etiquetar a la Ciudad en un grupo de ciudades o a sus habitantes en un espacio mental determinado.

Por eso los verdaderos ciudadanos de esta Ciudad semi-aislada, como el padre de Jon, se identifican no tanto por un «sí»

entusiasta a la vida, sino por un «no» continuo a los estereotipos que se quieren dibujar de su personalidad inasible. Son, sin pretensión alguna, patrones de esos remolcadores de altura que tanto se necesitan, y no solo en esta Ciudad, tanto para salvar los contactos de lo que llamaríamos contrabando político, como el que ocurrió aquella noche de perros, como para dejar que se pueda siempre salvar de cualquier intento de autarquía a las ideas que llegan en grandes buques no lo suficientemente grandes para albergar todas las necesarias.

La herencia de las luces solo llega en pequeños pesqueros procedentes de un poco más allá de la frontera, y por lo tanto se conoce mal, aunque ha sido imprescindible para no abandonar nunca el ansia de libertad y acompañarle de la fraternidad y de la igualdad. En ciertas épocas se olvidaron estas últimas y la exigencia de libertad pudo enquistarse en el Terror, pero ha sido casi siempre cierto que el igualitarismo y la comprensión fraternal ha permitido disolver los odios en una sopa que si bien no es muy sabrosa, es al menos sopa caliente.

Lo que desde luego traían los grandes buques era la mezcla inconfundible de pragmatismo y de inteligencia que ha permitido a los británicos no perder ninguna guerra. Bien recordaba Jon la admiración de ese patrón de remolcador de altura, en sentido genérico, que era su padre, por la figura de Churchill, y cómo se encargó silenciosamente de que en su casa se supiera que no solo era un político conservador que realmente luchaba por sus conciudadanos, sino también un escritor insigne, que supo como nadie convencer de la validez de ciertos valores en contra de las pretensiones de no pocas ideas inteligentes pero que no habían probado la dureza del metal del que estaban hechas.

Mucho menos conocidas en la Ciudad eran las actitudes de esa Centroeuropa que siempre comenzaba las guerras y nunca las ganaba. Pero aun así la observación interesada de ambas guerras llamadas mundiales y las ganancias que a la Ciudad acarrearon a través de la exportación de aquello que los ejércitos en pie

necesitaban, contribuyeron a que en ciertos sectores se afianzaran ideas relativas al honor y a la raza como signo identitario imposible de negar, ideas estas con muchas ramificaciones a muchos niveles, incluyendo el sentido del trabajo bien hecho.

Pónganse ahora juntas todas estas ideas que, por difíciles de conocer eran tanto más fanáticamente defendidas por unos o por otros en la Cuidad, y se entenderá que la aparente jocosidad que se atribuye a sus verdaderos hijos no es sino el triunfo de la fraternidad, un bálsamo que solo se usa para continuar viviendo juntos sin excesivos roces y para cuidar el crecimiento y educación de los nacidos, como era el caso de Jon, en medio de este maremágnum *ideético*.

Un lío que tan bien reflejaba aquella foto que nunca desapareció de su memoria visual, en la que su madre y su padre salían de casarse, justamente el día del bombardeo de Guernica, en esa basílica en donde todo habitante de la Cuidad con cierta tradición lo hacía. La madre, muy seria, lucía un buen brillante en su mano derecha, que parecía utilizar para expresar lo que fuera con una dignidad exagerada. El padre, en la combinación que Jon asociaría para siempre a su figura: traje impecable de sastre inglés y boina de diseño local que, sin embargo, servía no tanto como etiqueta de raza sino, sobre todo, como recuerdo de un asedio en el que su padre, el abuelo de Jon, de sombrero riguroso, tuvo que enfrentarse a otros habitantes más bien rurales a los que el padre ahora ofrecía la paz desde su pragmatismo anglófilo.

Margen izquierda y margen derecha no eran sino una simplificación de toda esta mezcla de influencias foráneas sobre un pequeño bocho que no tenía más remedio que mirar hacia fuera si no quería desvanecerse en la nada. Ahí, en la foto de boda de sus padres, empezó el calvario y el camino de perfección de Jon. Entre una margen y otra, entre el casco viejo y los ensanches, entre la religión de la sociedad y las ideas que aquélla silenciaba, entre la violencia y la supervivencia. En medio de todas estas tensiones castrantes, con las montañas siempre ahí separando el valle de

todo lo que quedaba al sur, todavía le quedarían a Jon los caminos del mar por donde navegaban las novedades y de donde venían los buques que las portaban y que penetraban lenta e inexorablemente en el largo útero de la Ciudad.

7

El chiquillo de la margen izquierda continuó pasando los largos veranos en la margen derecha, en una casita de aquellas de arquitectura local, justo detrás de una iglesia muy frecuentada, y desde la que se divisaba una preciosa vista del Abra. Era una casita de dos plantas, la segunda de las cuales era ocupada por la familia de este chiquillo durante más de tres meses, desde San Pedro y San Pablo, a finales de junio, hasta el *día de la Hispanidad*, el último de las vacaciones escolares. Aunque seguía paseándose por la playa y acercándose hacia el área que ocupaba el toldo de la familia de Esperanza, comenzó a desarrollar sus propias amistades, que acabaron conformando un grupo de verano no necesariamente relacionado con su grupo de invierno, entendiendo por tal el que se fue formando entre compañeros de curso.

Quizá podría haberse esperado una cierta quiebra psíquica, a raíz de esta brecha en su formación del sentido colectivo, pero nada parecía afectar a la psique de este chiquillo que, desde muy pequeño, consiguió hacer siempre lo que le dio la gana bajo la mirada ciega de la señorita Carmen que, en complicidad con la madre de Jon, trabajaba por las relaciones de éste a través de su contacto con otras *misses*, *fräulein* o *mademoiselles* que cuidaban de los hijos de familias acomodadas que no solo deseaban que sus hijos supieran desde pequeños el correspondiente idioma, sino que además pretendían alardear de señorío y capacidad económica.

Ni siquiera pareció notar un cambio, bastante brusco, en las rutinas veraniegas cuando por primera vez el padre de Jon confesó que el Parkinson le impedía viajar todos los días entre el centro de la Ciudad y esta zona de la margen derecha, y la madre organizó a las hijas e hijo en una pensión no lejana a la casita bajo la supervisión general de la señorita Carmen. Los planes de entretenimiento seguían siendo los mismos, playa, tenis de tarde y bicicleta, pero ya no tenía forma Jon de corresponder a las invitaciones a las casas de verano de los amigos de este estío tan largo.

Seguramente eso destapaba las diferencias sociales y económicas y tuvo que hacer mella, no tanto en Jon, sino en su madre que si bien supo poner por delante de todo la obligación prioritaria de cuidar al marido, debió sentirse frustrada en su estrategia de colocación de sus hijos, a pesar de la resistencia pasiva de ese marido desde ahora ya definitivamente alejado del mundo. Pero Jon parecía no enterarse de esas cosas, siempre concentrado en coger olas, ganar al tenis justo después de comer y antes de que los chicos y chicas mayores reclamaran la pista ya reservada a su nombre o batallar con la bicicleta en las carreras organizadas a media tarde.

No fue la rebaja de status que representaba la pensión, sino la negativa de sus padres de comprarle una bici con motor, lo que por primera vez le hizo pensar a Jon que igual no todos eran iguales y que había por esa margen derecha chicos y chicas muy distintos unos de otros en sus costumbres familiares, en sus valores o en sus posibilidades económicas.

Fueron unos cuantos años que conformaron un rasgo peculiar en Jon, un rasgo que quizá es muy común pero que no siempre tiene el mismo origen: ese despegue de todo lo que no tuviera que ver con el cuerpo a cuerpo, con la competición en lo que fuera, ya se tratara de los resultados escolares, de los éxitos o fracasos deportivos o, en su momento, de los éxitos con las chicas. Pero lo importante, lo verdaderamente importante, no era tener éxito, sino vencer a un contrincante y hacerlo de una manera natural, distanciada, como sin esfuerzo.

Esto no era tan difícil en los meses escolares pues en el colegio los retos estaban organizados y cualquier fallo podía compensarse mañana. Pero en los entretenimientos de verano, la competición comenzaba a localizarse en otro punto menos claro. Tener o no bici con motor, tener o no casa individual propia durante esos tres meses ya no eran cuestiones que pudieran ser dadas la vuelta al siguiente día o al siguiente mes y Jon comenzó a reconocer, siquiera en el inconsciente, que uno tenía que construirse el mundo en el que jugar, luchar o competir, tanto da una cosa como otra.

Uno era responsable de su espacio y de su tiempo. Esa idea de Jean Paul Sartre que leería y entendería años más tarde, era el sentimiento que le fue apartando de sus amigos de verano, y le empujó a seleccionar sus amigos de invierno. Y desde luego fue la razón por la que, para alivio de su madre, no opuso ninguna resistencia a comenzar su formación extracurricular en idiomas pasando la mayor parte de los veranos siguientes en países europeos para aprender desde luego el francés, que la madre sabía y se enseñaba en el colegio, o el inglés en el que el padre había estudiado aquellos librotes de estructuras navales y, a poder ser, también el alemán que por nada del mundo debiera considerarse el idioma de un pueblo derrotado.

Como por algún lado había que comenzar, los padres de Jon decidieron, junto con los padres de uno de los amigos de invierno, llamado Juan, ponerse de acuerdo con los curas del colegio para colocarles los próximos veranos en uno u otro lugar francófono en el que, además de internacionalizarlos un poco, les iniciaran en la formación de lo que se podría llamar patrón de remolcador de altura, pues alguien en la Ciudad tendría que hacerse cargo de atraer a los grandes cargueros llenos de mercancía más o menos pesada que habría que almacenar y luego distribuir. Y así fue cómo Juan y Jon iniciaron, como pioneros de su curso del colegio, el camino de la ruptura de unas cadenas que no sabían les atenazaban.

El primer verano no les alejaron mucho de casa y lo pasaron en el País Vasco francés, donde ni uno ni otro de estos dos amigos

podía hablar con nadie en otro idioma que no fuera el francés o el euskera, que ambos desconocían. Vivieron en casa de un matrimonio aldeano que tenía un hijo de su edad que esperaba poder entrar en el seminario local el siguiente curso y que les mostró los locales donde tenía lugar la universidad de verano y de dónde sacaron libros poco adecuados a su edad que no pudieron más que hojear y de los que solo les quedaron algunas ideas guía que, en cualquier caso, no les abandonarían nunca.

Voltaire, Montesquieu o los enciclopedistas fueron desde entonces señas de identidad de sus personalidades, por otro lado bien distintas. Pero no fue solo eso lo que trajeron de vuelta a casa. Para sorpresa tanto de Jon como de Juan, las fiestas del pueblo en el que vivían se celebraron bajo la enseña vasca, la ikurriña, esa bandera que Jon solo había visto en forma de insignia que, una vez al menos, llevó prendida en el interior de la cintura del pantalón, a sugerencia de la señorita Carmen, una heroicidad que ésta celebró mucho más que cualquiera de los éxitos deportivos, pero en silencio para que no se enteraran los padres o, más exactamente, la madre.

Cargados ya de secretos, el segundo verano de la educación afrancesada fueron enviados a otra casa semi-rural en un pueblo más al norte, en el que ni se podía ir a playa alguna a ver mujeres en bikini, ni lucía la ikurriña, pero en el cual parecían veranear familias de París, algunas de las cuales tenía hijas de la edad de estos dos futuros patrones de remolcador de altura. Nada intelectual ocurrió ese verano, pero tanto Juan como Jon vivieron contacto diario con chicas francesas lo que, en cierto sentido, fue mucho más instructivo que la Enciclopedia.

La libertad con la que se expresaban o la picardía de muchos de sus comentarios eran para estos dos jovenzuelos el contenido real de esa idea de libertad que, aunque relacionada con la ikurriña de una manera que no lograban expresar, se mostraba radiante en pequeñas bromas con intención que, de rebote, les enseñó para siempre que también las ideas de fraternidad y de igualdad tienen

un contenido muy real y nada etéreo, que se materializaban a veces en esa costumbre de aquella época de continuar el contacto por carta, una práctica que mantuvieron los dos amigos con las que resultaron ser sus dos chicas más cercanas.

Esto es justamente lo que les faltó a los dos amigos el tercer verano en el que, ya sin la supervisión de los curas del colegio, fueron transferidos a un liceo privado suizo del Cantón de Vaude solo para varones, en el que la internacionalización necesaria para patronear un remolcador de altura parecía ser el producto estrella. Allí estaban aparcados desde iraníes a italianos, además de griegos o alemanes. Se notaba la precisión suiza en los horarios y en la organización de las actividades tanto escolares como extraescolares.

Con un par de italianos de su edad y el acompañamiento de algún cuarto, practicó Jon el tenis con cierto rigor impuesto por un entrenador italiano, algo que le sirvió para toda la vida, aunque no necesariamente en términos deportivos. Lo que el tenis le enseñó a Jon fue el miedo al éxito. En un campeonato de tenis perdió una final que iba ganando por cinco juegos a uno en el último set. Nunca le abandonó el miedo al pensar en aquella derrota que, desde luego, fue más que humillante. Por primera vez se enfrentó a algo que no llegó a comprender.

Pero lo que realmente hizo de ambos amigos gente de mundo no fue el tenis sino el esquí acuático y el remo: el peligro de caer y el espíritu de equipo. También había salidas diarias ampliadas los fines de semana, y eso les permitió a ambos amigos seguir cultivándose un poco en la cultura francesa, ahora concentrada en películas de autor que les pusieron en contacto con las artes, y continuar su educación sentimental cada día más carnal dentro de un orden de chicos de colegio de curas de un país todavía retardado en casi todo.

Después de estos veranos que evitaron a Jon aquella primera vergüenza de la pensión, la enfermedad del padre se había agravado lo suficiente como para dejar el trabajo en el astillero y pensar

en volver a pasar el verano en una casita alquilada de la margen derecha no lejos de la Iglesia, cuya mole cegaba un tanto la buena vista que había desde el balcón de aquella primera casa que resume la infancia de Jon. Pero el tiempo no había pasado en balde y ya no era momento de hacer esfuerzo alguno para recuperar aquellas amistades de verano, gente que había seguido viéndose y apretando los lazos en un grupo que buscaba su identidad colectiva, algo a lo que Jon ya había renunciado hacía tiempo. Su futuro estaba marcado y sin saberlo, no iba a hacer otra cosa que reforzar las líneas de ese futuro que le encaminaba hacia el distanciamiento respecto a todo.

No solo habría de afrontar la soledad en bastantes ocasiones, sino algo más raro y profundo que no le permitía sentirse cercano a nada, pues sabía de antemano que no hay nada de lo que uno pueda estar cercano de manera permanente. No era que la fidelidad le fuera ajena, es que sabía a priori que en su caso, su fidelidad no era una virtud, porque no era sino el resultado del conocimiento de que la traición hubiera sido algo inútil, pues nunca le hubiera llevado a ningún lado ni hacia nadie al que podría haber sido fiel.

Sabía Jon que su maldición sería la soledad, pero no una de esas que se pretende enarbolar como un estandarte de singularidad, sino como un simple y continuo pequeño mareo que no inutiliza para nada, pero que no permite terminar cosas relativamente importantes pues antes de ello una fuerza extraña le llevaría por cualquier otro derrotero. Y sabiéndose así pensó que se aprovecharía de las circunstancias familiares y continuaría una vida en la que los meses fríos estarían dedicados a cumplir con lo que se esperaba de él, y los meses de verano seguiría a la búsqueda de una quimera que ni siquiera sabía nombrar.

La competitividad necesaria para la vida en común no le era difícil de conjurar, sobre todo porque no le importaba nada perder. Si en general era un ganador era precisamente porque, a partir de la experiencia de aquella final de tenis, podía competir sin angustia alguna. Es más, a menudo se dejaba ganar por experimentar

además de su propio sentido del honor, que cada vez se mostraba más inexistente, el extraño orgullo del ganador, una reacción que cada vez le parecía más curiosa por su incapacidad de comprenderla. Jamás se le pasó por la cabeza tratar de redireccionar su vida por el camino diáfano que su madre le indicaba. Sabía que si no hacía nada más que dejarse llevar, acabaría siguiendo paso a paso el camino que su padre procuraba ocultarle, pero que un día le marcó con una simple actividad fuera de lo corriente, la actividad de esa extraña asociación no regular de patrones de los remolcadores de altura.

8

Para hacer de aquel hijo prometedor alguien realmente capaz de llegar a la cima, como quería la madre, o de ser una especie de héroe como presumiblemente deseaba el padre, las luces asociadas al francés no bastaban. Era de todo punto imprescindible domeñar el inglés, un idioma que por aquel entonces ya aparecía como el único capaz de hacerse franco, y que se asociaba a autores e ideas muy distintas de las acariciadas durante los veranos dedicados al aprendizaje del francés.

Sustituir a Sartre por Brendan Behan no es solo un pequeño ejemplo cualquiera del contraste entre la cultura francesa y la del ámbito anglosajón con toques celtas, es un verdadero cambio de paradigma, y para Jon representó una sorpresa tan grande que nunca volvió a soñar con llegar a tener una visión definitiva del mundo.

Durante el curso escolar sus padres le impusieron una clase particular de inglés, impartida por un joven caribeño de difícil ubicación en aquella Ciudad que todavía vivía en un ambiente de miedo y silencio. Era alguien inteligente y cultivado que

consiguió que Jon se acercara al idioma, a la literatura y al pensamiento expresados en inglés, aunque a menudo se hizo con piezas traducidas al castellano de novelistas del momento como Somerset Maugham o Graham Green, o de pensadores nada transgresores, como por ejemplo Chesterton, que era especialmente querido por aquella sociedad de *buenas lecturas* a causa de su catolicismo.

Como siempre, Jon leyó cosas que no entendió pero que le daban una especie de seguridad en sí mismo y una cierta conciencia de ser diferente y de estar un poco aislado en la Ciudad, a pesar de algunos compañeros que como él iban rompiendo el cascarón. Nada de esto era ni soñado por los padres de Jon que, especialmente a través del padre, pretendían que el chiquillo adquiriera un toque de ese pragmatismo que se asociaba a la ciudadanía y al gobierno de su Majestad, la única autoridad admitida por ese hombre que parecía vivir fuera del mundo conocido.

Pero como era de esperar, entre las dos islas, la recientemente independizada casi en su totalidad, y la localizada en la metrópoli de ese Imperio que el padre de Jon había vivido como un hecho conocido e irreversible, la única gran diferencia para alguien de la Ciudad era la religión. El idioma era el mismo y el inglés que se hablaba en Dublín era, según se contaba, el que se exigía a los locutores de la BBC, pero lo importante era que Irlanda era católica, casi tanto como lo eran las familias del entorno de la familia de Jon.

Una vez más ganó la opinión de la madre y a través de los jesuitas del colegio, este chiquillo que estaba dejando de serlo fue asignado a una casa en Dublín meses antes de terminar el curso y de partir hacia lo que sería su primer largo viaje en solitario, pues la familia de Juan, o él mismo, no sentía la urgencia del inglés para un hijo que, por otro lado, y a diferencia de Jon, seguía teniendo su grupo de verano bien definido.

Y así la educación en el pragmatismo de Churchill se iba a convertir en la educación en un pragmatismo de otro cariz difícil de definir, una mezcla del sentido común consciente de los límites siempre existentes y de la locura poética un tanto alcohólica que

nada sabía de límites. Y fue esta mezcla imposible de conciliar la que se quedó grabada en el alma de Jon, desde luego entrelazada con la épica de la liberación que tan bien le había presentado la señorita Carmen, violando las instrucciones maternas, en aquellos cuentos sobre heroicidad que hermanaban a la Ciudad con esa otra ciudad que, paradójicamente, seguía mostrando como un héroe a Nelson, un inglés que además supo humillar a los españoles.

A este respecto Jon no supo entender bien lo que significaba que el hijo mayor de la casa a la que le enviaron se hubiera fugado para pasar a la clandestinidad e integrarse en el Sinn Féin y quién sabe, murmuraba la señora Mulligan con lágrimas en los ojos, si también en el ejército republicano de liberación que operaba en el Ulster.

Jon se sintió una persona ya hecha y dueña de sí misma en el largo viaje que, como se repetía a sí mismo, emprendía en solitario por primera vez. Llegar a París y cambiar de estación de ferrocarril con tiempo suficiente entre ambos trenes como para visitar los lugares más emblemáticos de esta capital, con río pero de agua dulce. Tomar el barco para cruzar el estrecho hasta Dover y de nuevo el ferrocarril para llegar a Londres y pasar la noche en una pensión del barrio de Fulham, para finalmente volar de Londres a Eire y aterrizar en *Baile Átha Cliath* al día siguiente para encontrarse con la que decía ser su familia de acogida, pero que resultó ser la familia destinada a otro. Un malentendido que acabó siendo para Jon realmente providencial, cosa esta que, sin embargo, solo surgió como evidente al final de esa primera estancia en la bendita isla que Jon iba a recordar, al final de los dos veranos que vivió en ella, como un lugar literario y fantasioso de enorme influencia en su educación intelectual y afectiva.

Quizá fue ese error en la ubicación de Jon en esta otra ciudad con río dulce y con clima parecido al de la Ciudad de donde había partido, el que le libró de contactos indeseados con otros estudiantes de colegios jesuitas de habla castellana, y le permitió concentrarse en los contactos que le proporcionó Mrs. Mulligan entre los

miembros de su aparentemente inmensa familia y entre otros chicos y chicas de su edad que vivían en Glasnevin, un barrio con un cementerio para siempre famoso desde que se convirtió en lugar literario a partir de la visita de Bloom en esa novela renovadora de Joyce que Jon intentó leer por primera vez precisamente en ese verano dublinés durante los muchos ratos que pasó solo.

Leyó como pudo ese *Ulises*, así como otras obras de su autor que fue comprando en sus escapadas en autobús hasta el centro, y a otros autores como Oscar Wilde o el ya mencionado Brendan Behan. Como por casualidad se introdujo en el mundo de los escritores anglo-irlandeses, ya por aquel entonces reputados como los mejores del ámbito anglo, y algo de su fértil locura se le debió contagiar a Jon ya en esa primera visita a Eire.

Una primera visita llena de novedades para un chiquillo de la margen izquierda, tal como él había comenzado a autodefinirse. En los cines se podía fumar y al final de cada sesión sonaba el himno nacional irlandés mientras la bandera ondeaba en la pantalla. Las cafeterías del centro eran muy distintas a las de la Ciudad en su configuración física y sobre todo en la oferta de sándwiches de jamón y queso entre pan de molde tostado y untado de mantequilla, una mantequilla que parecía una cosa distinta a lo que así se denominaba en la Ciudad.

Los autobuses de dos pisos que le llevaban y traían con extrema facilidad de O´Conell Street a Glasnevin, pasando por el barrio obrero de Drumcondra, nada tenían que ver con los trolebuses de la Ciudad. Y no digamos las carreras de caballos, donde un tío alcoholizado de Mrs. Mulligan le llevaba a menudo y le presentaba a los propietarios, que no parecían tener nada que ver con las figuras empingorotadas cuya imagen algunas revistas de la Ciudad habían grabado en la retina de Jon.

Apostó, y a menudo ganó, siguiendo el consejo del tío borracho, quien de paso le inició en el gusto por las pintas de cerveza negra. Y posiblemente con esas ganancias se regaló unas clases de montar a caballo por Phoenix Park, y por primera vez, se

enamoró, justamente de la hija de uno de esos propietarios con la que quiso salir a solas, para lo que le llamó por teléfono aterrorizado de no ser capaz de entender el inglés de la chica, que sin embargó le endilgó una negativa que entendió con total claridad.

La vuelta, otra vez por Londres y París, cruzando el canal, fue tan pesada como la ida, pero esta vez le dio tiempo a recorrer muchos barrios de buena y mala nota de esta última capital, cuya influencia en su formación iba a dejar de ser única pues tendría, pensaba de forma desordenada, que complementarse con todo lo aprendido este verano de amor y revolución, y con los matices que en esas materias iba a añadir el segundo verano en el que ya, una vez solucionado el malentendido de la familia a cuya casa debió haber ido pero no fue, consiguió juntarse con numerosos españoles de su edad y concretar más específicamente sus inclinaciones un tanto revoltosas, poniendo juntos para su futuro ideológico a los barrios obreros donde él siguió viviendo en casa de Mrs. Mulligan y los barrios elegantes, bellos y apacibles, localizados al sur del río, así como los intereses e ideales de los habitantes de unos y otros.

Este segundo verano, podría quizá considerarse por un observador imparcial como perdido para la formación seria de Jon, pero para él fue como el resumen, solo en cierta manera embriagador, de las enseñanzas recibidas desde que el paso del tiempo se le impuso como relacionado con la importancia del espacio en la conformación de las diferencias y afinidades sociales de la Ciudad. El idioma ya no era una dificultad, sino una especie de señal de que se podía salir del ámbito lingüístico propio con ganancias de todo tipo, incluyendo la de la toma de conciencia del lenguaje como objeto de atención en sí mismo y de contrastes entre sensibilidades de la vida cotidiana.

Esta facilidad con el habla permitió que sus nuevos amigos, llevados a Eire por la misma organización que a él le confundió el destino y que, en general, estaban localizados en el elegante sur del Liffey, consiguieran lo que ningún otro amigo había conseguido

nunca, integrarle en una pandilla que a su vez tenía contactos habituales con un grupo de muchachas celtas de ojos verdes y pelo negro que no parecían tener demasiados reparos en el juego, todavía relativamente ingenuo, del amor carnal. Ante estas novedades, los contrastes de clase que Jon arrastraba desde su Ciudad se disiparon un tanto, aunque no del todo, y su vida juvenil llegó a ser hasta cercana a lo normal, estrenando gestos en los que solo había logrado soñar y por poco tiempo, pues se sentía obligado a reprimirlos. No era poco frecuente ese juego pícaro de hacer girar un botella vacía en el medio de un corro mixto como en una especie de lotería en la que la persona señalada por el cuello de la botella pedía una prenda a cualquier otra del corro sentado en el suelo del salón de una de las casas que nos acogían para el verano.

Esa prenda consistía invariablemente en un beso, y a medida que el juego progresaba esos besos eran cada vez más y más intensos y apasionados. El que Jon intercambió con la chica mayor del grupo, ya realmente en sazón, le dejó desconcertado y atontado para el resto de la velada, tanto por su intensidad y duración como por la indiferencia posterior de esta muchacha, a la que no parecía haber afectado mucho a pesar de haber sido ella la que eligió a Jon para pagar la prenda. Jon se preguntó siempre el porqué de este gusto que las mujeres mayores parecían sentir por él, y nunca consiguió hilvanar una buena explicación más allá de conjeturar que eran esas mujeres de mayor edad de un grupo cualquiera las que se sentían llamadas a acabar con la aparente indiferencia de ese hombre un tanto distante que parecía sumido en sus meditaciones.

Nada hay realmente nuevo en esta salida a la vida a no ser que consideremos novedoso que esta excitación ni por un momento le hizo olvidar sus preocupaciones por las relaciones entre clases sociales de su Ciudad. Relaciones estas que ya no se limitaban en la cabeza de Jon a las márgenes de la ría, sino que se extendían a la calidad del barrio donde residía una familia, al lugar donde veraneaba, cuya localización era también un signo de identidad que unía o separaba, a la calidad y variedad de la ropa que vestía, a la escasez

o abundancia del dinero de bolsillo con el que salías a pasear al atardecer de un día cualquiera, o a explorar la trastienda de ciertas librerías que se atrevían ya a exponer sin secretismo obras literarias y de pensamiento que el libro de*Buenas y Malas Lecturas* no hubiera recomendado, pero que ahora eran manoseadas y adquiridas por una clase social nueva para Jon, que nada tenía que ver con sus antiguos grupos de amigos, y que no parecía estar representada por nadie en ese grupo de jóvenes de aquel verano irlandés.

Pero los que sí estaban representados eran los jóvenes pertenecientes a «la aristocracia» de la Ciudad, una clase ésta que, aunque desde luego vivía en la margen derecha, hacía ya muchos años que se distinguía por sus fincas en las Castillas o, lo que a Jon le desconcertó, por una curiosidad intelectual que le costó desenmascarar. No podían ocultar su ignorancia de la tensión irlandesa o de la extraña preponderancia de los escritores anglo-irlandeses, pero parecían interesarse por cuestiones sociales en general, por la internacionalización que exigía el conocimiento de idiomas o por las simples novedades literarias.

Uno de estos amigos de verano que venían de la Ciudad pero con los que Jon no se había topado nunca en ella le planteó un día cualquiera un dilema moral que, le confesó, se había discutido mucho en un grupo de pensamiento que se reunía periódicamente: si era más grave la masturbación o la compra de sexo. Ante la ignorancia de Jon, evidenciada por el silencio, el joven «aristócrata» explicó con la lentitud de un avezado maestro que, sin duda la masturbación era más grave pues, al fin y al cabo, la compra de placer iba dirigida al uso del sexo para su objetivo natural que no era otro que la reproducción. Nada contestó Jon a esta explicación tan poco meditada, pero se dijo a sí mismo que nunca aceptaría la invitación que siguió al exordio para acudir a esas reuniones periódicas del club de pensamiento que parecía responder a una cierta nueva forma de educación religiosa que mejor habría hecho, siguió pensando Jon, no metiéndose en esos berenjenales morales.

Esta conversación tan iluminadora de lo que sería más adelante la clase dirigente, más otra anécdota que se produjo en unas carreras de caballos, acabaron por convencer a Jon de que su pertenencia a esa clase a la que su madre le hubiera gustado acceder, no le merecía. Otro miembro de esas reuniones, en efecto, le recriminó otro día de ese segundo verano irlandés que llamara la atención de una señora que atendía el bar del hipódromo llamándole «madam» en un tono más alto de lo normal.

«*Madam* es francés», explicó este alevín de prócer, destapando así que nada sabía del inglés y que se había saltado la etapa de las luces. Tampoco esta vez recibió este joven de la Ciudad una respuesta por parte de Jon, pero ambas anécdotas fueron suficientes para detonar la furia serena de este joven que fue chiquillo de la margen izquierda y su determinación de que nadie sino él mismo podría trazar su camino y que éste habría de pasar muchas veces por la bocana del puerto de la Ciudad importando ideas hasta que un día ese puerto también sirviera para exportarlas. Ese camino sin embargo no estaba demasiado claro en la mente de Jon, siempre confuso entre el solitario de la madre y la boina del padre.

9

Jon creía que después de los dos veranos de *Baile Átha Cliath* su formación preuniversitaria estaba decidida, y que nada faltaba y nada sobraba para llegar a ser un patrón de remolcador de altura en el sentido general y nada sencillo en el que había acabado pensando cuando elucubraba sobre cómo estar a la altura del padre, añadiéndole unos toques de mundanidad para contentar a la madre. Pero no sabía todavía que había cosas, palabras y gestos

que correspondían a otra cultura oscura con la que debía familiarizarse para fortalecerse y no limitarse a contestar con un simple silencio las solicitudes de la clase dominante, tal como había ocurrido al final del último verano en esa ciudad a la que también llaman Dublín.

Ante la tontería no basta con el silencio y menos si éste es despreciativo. Lo que se exige de alguien como el que Jon quería llegar a ser es el Honor, esa virtud rara vez catalogada como tal, que hace que quien la posee ante nadie se arrodille y ante la verdad incline la cabeza. Sobre la verdad había ya leído mucho a través de la filosofía del lenguaje, estudiada en la soledad de la embriaguez celta, pero esperaba que la universidad le confrontara justamente con ese problema al tiempo que le formaba en lo que sus amigos, más conscientes de la deriva del régimen y la potencial liberación nacional, llamaban el contraste o la contradicción entre la estructura económica y la superestructura jurídica.

Tendría pues que estudiar la doble carrera en la universidad privada de la Ciudad, se decía a sí mismo, disfrazando de reflexión intelectual lo que no era, una vez más, sino la mera imposibilidad de frustrar las esperanzas de la madre, justificándose como para sus adentros con la idea de que al final no se dejaría deslumbrar por el solitario y acabaría calándose la boina para que, añadía con humor, no se le escapara ninguna idea de las que iba a estar hecho el intercambio comercial de la Ciudad en el futuro que le iba a tocar vivir.

De este primer año en la universidad lo único que le interesó fue lo que se llamaba la Filosofía del Derecho que, con su capacidad para la síntesis, Jon resumió pronto como la fuente de la legitimidad. ¿De dónde viene la obligatoriedad de las normas jurídicas? O bien de la violencia, como finalmente concluye Schmitt, o del formalismo según Kelsen, quien entiende que uno solo se siente obligado a lo que procedimentalmente cumpla los requisitos de cuyo origen no le cabía otro remedio que conceder la ignorancia suprema.

Este es un problema, el de la explicación última, que nunca supo Jon tratar, así como tampoco el de las contradicciones hegelianas que subyacen al análisis económico de Marx y a su sentido de la historia. De momento solo se dio cuenta de que Marx, Hegel, Schmitt y Kelsen deberían ser leídos en alemán, para lo cual *Frau* Klein apareció en su vida, localizada por la señorita Carmen y financiadas sus clases particulares por los padres.

Como cuando en la infancia Doña Modesta reforzaba sus conocimientos al mediodía de cada jornada para estar siempre entre los primeros de clase, en este comienzo de vida universitaria *Frau* Klein intentaba todos los días hacer su oído a este idioma tan divertido de aprender y tan agradecido, que realmente te alegra cada vez que eres capaz de decir algo como «No sé alemán bien, pero me hago entender». O como cuando comienzas a experimentar con la utilización de esos verbos de los que tienes que desgajar la preposición y dejarla para el final de la frase, por no hablar de las declinaciones que te retrotraen a las épocas del latín o de las concordancias.

Pero nunca había aprendido Jon un idioma sin al mismo tiempo tratar de leer literatura o filosofía escritas en ese idioma, de forma que le permitiera asociarlo a una cierta idea central, como las luces con el francés o el pragmatismo, embriagador o recio, en el caso del inglés. Pero aquí *Frau* Klein no era muy útil y en la biblioteca de su casa no había grandes obras relacionadas con la filosofía alemana o con su vasta literatura, y lo que había no le era suficiente como para convocar un sustantivo definitorio de un cierto rasgo de carácter nacional, o quizá no había esa nacionalidad, sino una infinidad de ellas, cada una relacionada con un cierto acento diferencial en la manera de pronunciar el mismo idioma.

Y ahí llegó de manera quizá forzada la idea del Honor como eso que te permite mantener la cabeza erguida frente a los que creen tener derecho de prioridad en todo y que desde luego hay

que ejercitar, pero que poco valdría si uno no tuviera a su vez algo que decir. Así que la idea de Honor se fue configurando al ritmo de las conjugaciones y las concordancias como un cierto tono que te distingue no solo en el hablar, sino en la forma de expresar tus ideas para hacerte visible. Algo así como la colocación adecuada de las comas que da a tu lenguaje una, digámosle altura, que te permite recabar la atención de quien escucha.

Desde ahí habría que construir el nuevo idioma como un arma más del patrón de remolcador de altura. Pero no sabía el joven Jon que hay ciertos lenguajes que se hablan a sí mismos y que hacen de ti, pobre hablante, un mero instrumento. Este era el peligro del alemán para Jon, y aunque sin sabérselo contar, intuyó en seguida el peligro que semejante poder tenía, así como la oportunidad que se le brindaba de romper sus cadenas y aprender a hablarlo a su manera, esa que divertía tanto a *Frau* Klein y que un día habría que limar, pero que de momento servía para enraizar esa fortaleza indefinida que le hacía poco flexible y tremendamente frágil.

Era el momento de dejarse de filosofía del lenguaje y de abandonar las pesquisas sobre la verdad o sobre las condiciones de su existencia y de parapetarse tras la fuerza de la voluntad como arco de bóveda de cualquier construcción de uno mismo. Y la ocasión llegó en el verano de segundo de carrera, cuando Jon volvió a viajar, solo esta vez, hacia el Este, camino de la universidad de verano en München, pasando previamente unos días por Frankfurt, invitado por un antiguo profesor progresista de su colegio de jesuitas que colaboraba con la emigración española en esa ciudad. Una comunidad que le proporcionaba una especie de hostal barato en el que cobijarse mientras Jon se enteraba de sus condiciones de vida, mucho peores que las de los inmigrantes de la margen izquierda de la Ciudad, a la vez que le daba tenía tiempo de pasearse por un lugar que parecía no haber sufrido la contienda bélica y ofrecía diversiones varias.

Y no solo diversiones. También experiencias extrañas que más adelante en su vida se repitieron y a las que nunca ha encontrado explicación, iniciando así su convencimiento creciente de la imposibilidad de explicarlo todo. Asistió a una sesión cinematográfica en la que se proyectaba una película de Orson Wells sobre una obra de Kafka, seguramente *El Proceso,* hablada en alemán, el mismo idioma en el que se expresaban las cuatro personas que ocupaban las butacas posteriores a la que Jon había elegido en un cine semivacío y, desde aquel entonces ya, muy cercana a la pantalla.

No solamente podría haber jurado que entendió todo lo que se decía desde la pantalla sino que también fue consciente y entendió lo que esas cuatro personas comentaron al finalizar la proyección. No podía ser cierto y, efectivamente, no podría haber reproducido nada de lo escuchado pero no le cabía ninguna duda de que había estado casi dos horas en su ámbito lingüístico propio. Lo contó mil veces y luego dejó de contarlo ante la cara de incredulidad que mostraban sus interlocutores. Hasta que pasados los años y habiendo adquirido, según él, la virtud del Honor, volvió a contarlo, a menudo en un tono especialmente alto, y sin admitir nunca ninguna prueba en contra ni inclinar la cabeza ante quien solo sabía esgrimir la risa o la incredulidad.

Y llegó el día en que partió hacia München a vivir experiencias más terrenales. No fue clasificado como totalmente analfabeto en alemán y se pertrechó para un día poder llegar a leer a sus autores secretos en ese idioma. En esa juventud todopoderosa todo va muy rápido y a su Marx, su Hegel, su Schmitt y su Kelsen ya había añadido a Nietzsche, Mann, Rilke, Kafka y Freud. Pero esa misma velocidad acabó con todos sus buenos propósitos en pocos días y se dejó deslizar por el placer de la conversación internacional con unos grupos de alumnos europeos que hablaban idiomas en los que Jon podía expresarse sin dificultad.

Eso le granjeó la admiración de sus amigos recientes pero cerró casi totalmente la posibilidad de progresar en el

aprendizaje del alemán. Sin embargo aprendió muchas otras cosas. Con *l´Ambassadeur* supo que una carrera diplomática no era una mala idea, aunque pensar en depender de un gobierno como el español le producía sarpullido. Con un no tan joven profesor de filosofía al que llamaban *Sócrates* dio no pocos paseos por la ciudad, fácil de recorrer, hablando de esto y aquello y consideró que todavía estaba a tiempo de cambiar de carrera, una idea que pronto se difuminó ante el atractivo de Jacqueline, una suiza de Ginebra muy preparada para el amor.

Los paseos con ella se hicieron diarios y ambos comenzaron a visitar un piano bar después de una cenita nada frugal. Era alta, casi demasiado para él y tan fuerte que le recordaba a Esperanza, aquella chiquilla de la playa de su infancia a la que, a pesar de todas los juramentos, había acabado casi por olvidar. Besaba con lentitud apasionada y se dejaba tocar con cierto recato pero sin ningún tabú. Jon era feliz con esa cadencia de clases de alemán por las mañanas y amor el resto del día, parloteando en francés e incluso en inglés, y olvidando todo lo aprendido por la mañana.

Esta especie de idilio tan poco discreto les hacía a ambos populares entre sus compañeros de clase y Jon aprendió, o creyó que aprendía, que nada hay tan atractivo en un varón para una mujer como el hecho, no firme del todo, de que esté ligado a otra mujer. Se vio pues en una especie de gloria tontuna pero muy satisfactoria para su ego y sus hormonas. Hablaban sobre todo de las diferencias culturales entre sus países de origen y se confiaban sus deseos ocultos. No faltaban a ninguna de las excursiones programadas durante los fines de semana, hasta que un día, Jacquie y él decidieron hacer una escapada en tren hasta la vecina Salzburgo, desapareciendo de la universidad por un par de días lectivos.

El paisaje era muy bello y los dos enamorados se recrearon en él y en el hecho de mirarlo juntos. La suerte de pensión que habían reservado se encontraba lejos de la estación de ferrocarril

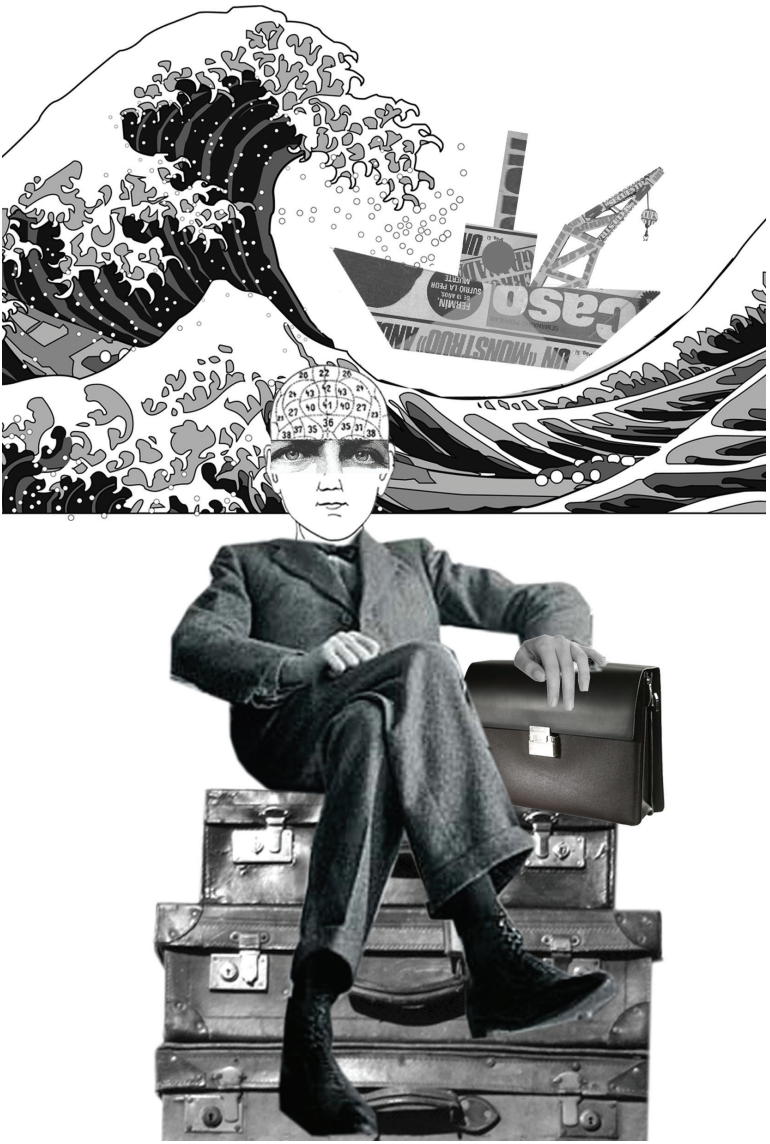
y fueron caminando hasta el centro de esa ciudad de juguete, también con río dulce y llena de referencias a Mozart, más allá de su casa y de los dulces típicos. Tomaron posesión de su habitación, pequeña y menos que sencilla, y salieron otra vez a escalar la montaña, no hasta el castillo, su plan para el día siguiente, sino hasta la parte alta del escenario de la vieja sala de conciertos excavada en la roca y desde donde se podía escuchar la ópera sin guardar ninguna compostura.

Su abrazo y sus besos seguían el ritmo de la orquesta quizá dirigida por el mismísimo von Karajan y el fervor de Jon fue aumentando hasta el punto de liberar su brazo derecho del abrazo y dejar a la mano que lo remataba adentrarse por caminos prohibidos que Jacquie no parecía reconocer como tales. Ambos disfrutaron del todo y abrazados bajaron de la montaña y volvieron a la pequeña pensión que a sus ojos se había convertido en un palacete, cuya mejor y más distinguida habitación abrigó la noche en la que, guiado por aquella mujer joven, cazó la primera pieza de su perversa colección de vulvas, una pieza que nunca supo describir con detalle y que no consta como tal en los cuadernos que en los años siguientes fueron describiendo las siguientes piezas con detalles mucho más precisos.

El viaje de vuelta y el resto del curso de verano nada tuvo que ver con el aprendizaje del alemán, sino que estuvo dedicado en exclusiva al amor, con sus correspondientes promesas de eterna fidelidad. Se volverían a ver el verano siguiente, esta vez en esa pequeña ciudad, Salzburgo, que sería para siempre el emblema de su amor. Y sin embargo las cosas no sucedieron como ellos hubieran deseado, pues Jon tuvo que ajustar sus planes al cambio en las normas que regían las milicias universitarias y que habían adelantado un año la incorporación al primer campamento de instrucción.

Las cartas entre Jon y Jacqueline reflejan frustración inicial y un paulatino enfriamiento. Como no podía ser de otra manera a su edad, Jon supo ejercer su recién adquirida virtud del Honor

y silenciar su frustración al tiempo que reforzaba su íntima independencia de criterio y decidía dejar su carrera al final de ese tercer año y, después de cumplir con el segundo campamento, trasladarse precisamente a Salzburgo, en donde la Universidad regular ofrecía un par de años en Comercio internacional financiados por una fundación americana a la que pediría una beca para no tener que someterse al chantaje de su madre para que acabara primero su carrera ya iniciada y en la que le iba muy bien. Mientras tanto seguiría con frau Klein, esta vez tomándoselo en serio.



PARTE III

EL SÍNDROME DEL CAPATAZ

1

Cuando te reencontré acompañaba al entonces decano de la Facultad de Económicas y Empresariales sin saber para qué me quería allí, en una casa de ricos en donde la presencia de gente del claustro de la tradicional universidad privada de la Ciudad hubiera resultado más adecuada, tanto por los temas de las charlas, mucho más cercanos a lo que se llamaba «valores», como por la vestimenta de los presentadores de esos temas que sin duda nunca habría llegado a ser de tan mal gusto como la de mi decano.

Pronto en la tarde caí en la cuenta de cual era mi papel en aquellas reuniones pretendidamente cultas. No se trataba de mi mayor elegancia, pues creo recordar que estaba usando trajes viejos de mi padre adaptados a mis medidas por un sastre de confianza y que yo aprovechaba sin atención alguna a lo que exigía la época del año. De lo que se trataba era de hacer propaganda de la Universidad Pública para conseguir estudiantes que no necesitaran beca y de hacerlo mediante la miel de una cierta apertura a valores menos pacatos, algo que las señoras demandaban sin saber muy bien lo que querían.

Mi papel, Esperanza, era mostrar en público el ejemplo de una persona relativamente joven que no solo está bien formada académicamente, sino que además puede hacer preguntas ingenuas que dirijan la conversación no tanto hacia el porvenir de unos hijos que no hace mucho han abandonado el jardín de infancia, sino hacia las formas de alcanzar lo que se empieza a llamar «autenticidad» como una forma de individualidad con mayor trastienda.

Es fácil imaginar lo difícil que es captar este cambio de época en un hogar que, a pesar del paso del tiempo, sigue siendo tradicional, en el sentido de que los maridos, una vez aprovechada su formación de gestores empresariales o de inteligentes ingenieros, están a lo suyo para continuar con la empresa familiar y transformarla para que siga siendo el estandarte de un dueño, y en donde las esposas tienen tiempo libre gracias a la ayuda de un servicio doméstico no solo eficaz sino también bien parecido, como no pude menos de constatar.

Claro que en principio, estaba allí para acompañar al decano en su explicación de los posibles efectos de una crisis del petróleo que amenazaba con empobrecernos a todos, y a la que esta gente le tiene mucho miedo a pesar de que son estas familias ricas las que han trabajado con visión en el inicio de la puesta en marcha de las centrales hidráulicas. Pero también era claro para mí que aquellas jóvenes madres que eran de mi edad y podrían ser hijas del decano buscaban algo más que pusiera sal y pimienta en el guiso de lo que temían podía ser el resto de su vida.

No sé cómo ni por qué he salido de esta primera asistencia mía a las meriendas intelectuales como el embajador de la universidad en la que trabajo ante esa alta sociedad, que por primera vez en la Ciudad parece preguntarse si un poco de pensamiento abstracto no sería garantía de seguir siendo alta sociedad al barato precio de sándwiches de pepino y té importado con leche o limón una vez al mes. Mi misión es ahora elaborar un listado de temas interesantes, con sus correspondientes ponentes extraídos de entre mis colegas y que cubran los nueve meses de lo en este país sigue siendo todavía el curso académico.

Trataré de cumplir y convocaré la reunión del próximo mes alrededor del asunto de la división del trabajo, un asunto que supongo yo, podría llegar a poner en juego las ocultas ambiciones de mis nuevas amigas y del que me parece que yo podría hablar un poco en direcciones poco habituales, más allá de la manida ventaja comparativa y más cerca de la idea de reparto del trabajo en el hogar como ejemplo transgresor de una cierta ventaja social derivada de no llevar la división del trabajo hasta límites absurdos,

límites estos que son los que explican que los hombres de aquellas mansiones, vuestros maridos, no acudieran a la cita mensual.

En esta primera reunión, para mí sorprendente, no me he atrevido a pedir un Martini aunque odio el té, y el pepino con lo que va bien es justamente con la ginebra, pero sí que me he hecho el firme propósito de romper el rito del té para abrir las mentes y las sensibilidades hacia otras latitudes. Tengo que encontrar una manera de hacerlo que no desentone con mi compromiso de explicar con cuidado lo que estaba y está por debajo de la manera de organizar la economía, y todo ello con una terminología más actual que la que, en esa materia, queda todavía de la herencia falangista. Y tengo incentivos para hacerlo, Esperanza, porque aunque tú y yo no nos dimos por conocidos oficialmente después de veinte años de no saber nada el uno del otro, algunas miradas cazadas al vuelo me han hecho pensar que tú, como yo, sabías con quien estabas hablando, lo que me dio valor para dirigirme a ti, que resultaste ser la dueña de la casa, en el momento de la despedida haciendo referencia a una lejana infancia que ahora parecía ya de otro tiempo. Tu respondiste:

—Te llamas Juan ¿no?

Como emitiendo una señal de reconocimiento. Me quedé pensando unos quince segundos y contesté:

—No, Esperanza, me llamo Jon.

La suerte estaba echada y las cuatro próximas semanas iban a estar dedicadas no a Adam Smith y Ricardo, sino al diseño de una estrategia casi cinegética. Se trataba, sin duda alguna, de conquistarte, pero también sin ninguna intención particular, pues yo era todavía tan joven que pensaba que el haber estado casado y haber enterrado mujer e hijo me convertía ya en un viejo que no soñaba en serlo verde. Aunque, en fin, tampoco cierro la puerta a nada si ese algo que pueda surgir llega como consecuencia de una seducción intelectual que pueda llegar a poner en tela de juicio algunas de tus supuestas convicciones tanto más calurosamente defendidas cuanto menos creíbles son.

Y es aquí naturalmente donde entra mi crítica de la división del trabajo, como una forma de alienación en la producción con

márgenes crecientes que hacen imposible plantearse la puesta en funcionamiento del paraíso comunista tal como lo describió Marx y no, desde luego, tal como lo impuso el «padrecito» Stalin. Pero para explicar esto yo deberé ser muy delicado, pues estaré tratando de diferenciarme de vuestros maridos a los que desconocía pero a los que podía imaginar sin miedo a equivocarme mucho.

Tendré que presentarme a mí mismo como un idealista que vive del erario público y que nunca ha sabido lo que es trabajar duro o lo que realmente cuestan las cosas. He dudado mucho cómo hacerlo, pero la estrategia se ha ido perfilando sola. Tendría que comenzar con algún gesto teatral que dirigiera vuestra mente a donde yo la quiero tener, ese lugar recóndito de lo auténtico que nunca se ha asociado con las mujeres y que, sin embargo, tiene que estar allí, dentro de vuestra alma casi olvidada por la evidencia del cuerpo. Y a partir de ahí, contar que no tiene sentido el saber para trabajar sino que nuestro verdadero destino, el que nos tatuó el ángel que nos expulsó del paraíso, era justo lo contrario: trabajar para poder llegar a saber algo que nos resulte estimulante como, por ejemplo, lo que comunica la poesía de Emily Dickinson. No tengo duda, Esperanza, de que tengo que terminar recitando una de sus poesías y creo saber que la adecuada es esta, quizá la más conocida:

I'm nobody! Who are you?
Are you nobody, too?
Then there's a pair of us — don't tell!
They'd banish — you know!
How dreary to be somebody!
How public like a frog
To tell one's name the livelong day
To an admiring bog!

Este poema también me podría servir como acto teatral inicial, pero prefería algo más físico para alterarles el pulso a tus amigas desde el principio. Recuerdo muy bien mi estancia en el Esalen

Institute de Big Sur y he decidido jugármela pidiendo a cada una de la asistentes, que no creo lleguen a pasar de seis o siete, que se pongan frente a mí a una distancia suficiente para que mi gesto de empujarles suavemente con mi dedo índice en el comienzo del escote no se malentienda y pueda evidenciar quien se tambalea y quién no. Les explicaré el experimento y, muy serio, les anunciaré mi intención.

La que lo consiga será mi ayudante en cada sesión de estos maravillosos tés que cambiarán la Ciudad sea quien sea el presentador del día. Junto conmigo y sin que él lo sepa, le interrogaremos suavemente y sabremos cómo de verdadero ha sido lo que nos ha contado, si era una simple repetición de algo de libro de texto o si, quizás ahí, en sus palabras, nos entregaba su ser.

Puesto que creo estar seguro de que me reconocías más nítidamente de lo que has dejado traslucir, espero que seas tú, Esperanza, la que mantengas tu posición sin tambalearte. Pero quizá debería yo asegurarme de esto quedando contigo unos días antes de la siguiente sesión en la que yo llevaré a cabo ese plan que cada minuto me parece más genial. Además del poema, que leeré con mi mejor acento dublinés, os citaré para la próxima sesión y chillaré un *auf Wiedersehen* añadiendo que, como no confío en vuestro conocimiento del alemán, lo diré de otra manera dirigida específicamente a ti como señora de la casa:

—*Au revoire, Espoire*.

2

«*Au revoir, Espoire*» fue una manera muy poco afortunada de despedirme de ti, Esperanza, el día que acompañé al decano a aquella primera merienda intelectual en la parte más occidental de la margen derecha. Ciertamente revelaba que ambos recordábamos una infancia ya lejana, pero al mismo tiempo

avisaba de mi falta de respeto al poder cuando yo no era allí sino un pobre funcionario del Estado tratando de colaborar con la Universidad Pública en la tarea de levantar un poco de dinero que permitiera ir introduciendo el pensamiento abstracto en aquella sociedad tan rica desde el descubrimiento del mineral de hierro y sobre todo desde la primera guerra mundial.

Ambos acontecimientos habían llevado concatenadamente a la formación de instituciones financieras que sabían como arreglárselas en aquel ambiente propio de la Ciudad y más tarde en todo el territorio que se llamaba nacional. Era en esas instituciones en las que trabajaban los maridos de estas mujeres que, como tú Esperanza, con niños todavía pequeños, y a pesar de toda la ayuda externa que necesitan, piensan que su único papel imaginable está en casa, permitiéndose solo alguna pequeña expansión como esta mensual que les hace sentirse un poco libres.

Pero no era solamente libertad en lo que pensaban tus amigas las tardes de las meriendas intelectuales. Probablemente tienen sus sueños de independencia como los tiene todo el mundo sin distinción de género. Pero era algo más lo que buscaban, algo relacionado con el pensamiento abstracto, aunque no lo expresen en ese lenguaje. Seguramente, pasar algunas horas en otro mundo que no tuviera nada que ver con los chismorreos sobre las cenas de las «familias bien» que competían entre sí en lo que respecta no solo a la calidad de las viandas, sino además, y quizá sobre todo, con la forma en que estas eran servidas por el servicio, especialmente domesticado para esta tarea, con su chaleco el mayordomo o con sus cofias y guantes blancos las doncellas, por la calidad de la vajilla, de Sèvres a poder ser pero jamás de imitación, por el resplandor de la cubertería de plata o por la calidad de los licores exóticos con los que siempre se remataba una cena cuando la señora de la casa sugería pasar al salón.

Ya sabes, Esperanza, cómo era esto. Era en ese momento y nunca antes cuando era ya permitido, con un buen coñac los hombres y un suave anisete las mujeres, comentar libremente los

acontecimientos de la semana en la buena sociedad. Comenzaban con pequeñas y discretas risas femeninas respecto a algún desliz amatorio del que se hablaba en el club de moda y del que nadie confesaba su ignorancia y todos fingían estar al tanto sin poder dejar de cumplir con el sano deber de la discreción. Esto era frustrante, pero era solo el prólogo de cuestiones menos triviales relacionadas con las fricciones de poder dentro de las organizaciones empresariales en las que trabajaban los maridos, muy posiblemente envueltos en los asuntos del prólogo. Dentro de cada una había estirpes y no todas eran de la misma distinción o no todas habían amasado el mismo patrimonio. Ambas cosas, distinción y patrimonio, estaban estrechamente relacionados a la hora de opinar sobre noviazgos o conceder la mano de las herederas de estas familias tan poco numerosas como ricas.

Este asunto, como bien sabes, se tornaba especialmente enojoso e incluso áspero cuando envolvía no a dos familias de amos sino a una familia de capataces enriquecidos y otra de dueños que quizá estaban en el origen de la nueva riqueza adquirida justamente mediante el servicio fiel del capataz, con una ambición de nuevo cuño que resultaba extraña al amo pero en la que veía un buen porvenir. Este capataz debería ser integrado en el grupo de los elegidos, para lo cual era de todo punto imprescindible que él y su mujer supieran comportarse en público, desde luego reconociendo la pala de pescado o distinguiendo una langosta de un bogavante, pero sobre todo no desentonando en sus opiniones de todo tipo, desde lo que «*se cuece en Madrid*», hasta el descubrimiento de la modista más al día en la Ciudad, pasando desde luego por cuestiones de política o religión sobre las cuales o se tenía una opinión ortodoxa, es decir, suficientemente despreciativa de lo nuevo, o se habían perdido todas las oportunidades de ser invitado de nuevo por esa familia que ofrecía la cena de esta semana.

De esta sociedad se hacían lenguas todas las otras familias que, por decirlo de alguna manera, seguían sintiéndose partícipes del Ensanche que se fue formando a partir de la derrota de los

carlistas en el Sitio de la Ciudad, cuyos liberales habían vencido y reforzado así su vínculo con los mandamases de la capital del Estado de los que recibían las concesiones exclusivas que les habían enriquecido a principios de siglo y durante la primera conflagración que se llamó provincianamente mundial.

No te extrañará pues, Esperanza, que pensara en un primer momento que muy bien hubiera podido yo centrar mi próxima charla en esta historia de la Ciudad que tan bien refleja la aparente y superficial tranquilidad social y la tensa corriente de fondo que está ahí, aunque protegida de los oídos de los jóvenes con el pretexto de no hablar de la guerra civil. Pero yo también soy hijo de las convenciones de nuestra Ciudad y pienso que estarás de acuerdo conmigo en haber eliminado de los posibles temas de conversación intelectual todo este guirigay que solo entendemos los mestizos de nacional y nacionalista o de capataz y proletario.

Para conversar del tema de mi próxima charla y para convencerte de que ganaras el concurso que ya había anunciado en mi primera asistencia a una de estas meriendas y que pretendía elegir a la señora que fuera a convertirse en mi ayudante, quedé contigo en el café en el que se reunían esos catedráticos de la Universidad Pública que sabían que las cosas estaban cambiando a la misma velocidad que se deterioraba la salud del dictador y trataban de colocarse en buena posición en una nueva sociedad en la que ellos, representantes del pensamiento abstracto, quizá tuvieran una oportunidad a la altura de sus expectativas.

El lugar apropiado para estas reuniones hubiera sido sin duda aquella cafetería francesa que reunió a tantos intelectuales de la Ciudad cuando todavía se podía hablar sin esconderse. Pero este centro que todavía se recuerda con orgullo había desaparecido y en el que había quedado contigo me pareció el más apropiado para retomar un contacto ya perdido hace años y del que yo esperaba que guardaras algún recuerdo que, ojalá, pudiera cimentar o quizá solo mantener a flote una nueva relación que ni yo mismo sabía a dónde quería que llegara.

En el fondo es como si no hubieran pasado tantos años desde aquella niñez ignorante de todo y este inicio de la madurez plena en la que tanto tú como yo nos encontramos y que ambos reconocemos como inestable tanto en lo que se refiere a la sociedad en la que inevitablemente tenemos que vivir, como en lo que atañe a nuestras más íntimas convicciones, esperanzas alcanzables y anhelos inconfesables.

Creo haber visto en tus ojos este reflejo de la ansiedad en la que nos sumerge lo posible que se nos relata como imposible y desearía que tú lo hubieras detectado en mi mirada y mi sonrisa. Estoy muy nervioso, pues no estoy seguro de lo que quiero. Es posible que quede en mí cierto gusto por la infancia perdida. Sí, es posible, pero no creo que este sea el principal objetivo que me ha llevado a manipular la situación como para iniciar un contacto diferencial. Es también posible que realmente quiera yo ser un instrumento adecuado para contribuir al enraizamiento de la Universidad Pública como centro de pensamiento y no solo de entrenamiento. Sí, quizá haya algo de esto, pues para un habitante de la Ciudad como yo, y por mucho tiempo que haya estado por esos mundos de Dios, sigue estando vigente la principal y secreta fractura social que me traspasa, así como el deseo de comenzar a pertenecer a un nuevo mundo en el que profesores de otros lugares tengan algo que decir.

E incluso es posible que, la falta total de frivolidad de la que presumo desde mi vuelta a casa no sea tan total y no persiga sino el más simple deseo: el añadir en algún momento una nueva pieza a esa colección secreta mía que como la de mariposas de Nabokov reúne intenciones científicas y un mero fetichismo, en mi caso sexual, que no es difícil de diagnosticar.

No lo sé Esperanza, y todavía ignoro mucho más tus intenciones conscientes o inconscientes al aceptar esta reunión previa para perfilar la charla que me he comprometido a ofrecer durante una merienda que tendrá lugar en el salón, amplio y elegante, de vuestra casa, tuya y de tu marido, ese hombre seguramente honesto que ignora, al igual que tú, por qué trivialidad le odio.

Te lo contaré algún día pero dudo que me atreva a hacerlo cara a cara en esta nuestra primera reunión. Tu marido representa la constatación de mi posición subordinada en la Ciudad. A pesar de que después de mi vuelta al Ensanche, seguimos viéndonos tú y yo casi todos los días camino de nuestros respectivos centros privados de estudios, finalmente tu familia te cambió de colegio a otro regentado por la misma orden de monjas pero localizado en una ubicación más cercana a este pequeño reino cerrado al que no teníamos alcance los que ni siquiera éramos capataces del Poder sino simples habitantes de una Ciudad que, a pesar de no ser ya invicta, seguía manteniendo el orgullo de ser capaz de admitir a todo el mundo.

Ya no nos hablábamos todos los días, y los veranos, que podían haber sido utilizados para no perder el contacto, un deseo común que siempre he sospechado que ocultaba algo nada trivial, fueron desgraciadamente el comienzo de mi despegue. Desde los trece años hasta los veinte fui enviado con mi total aceptación al extranjero a aprender diferentes idiomas nada exóticos pero que me han resultado muy útiles no tanto para la vida profesional como para leer cosas prohibidas, una actividad que siempre he adorado por ser la prohibición menos peligrosa de romper, una confidencia ésta que lo que pretende es hacerte saber que no soy un valiente sino simplemente un tipo frívolo poco fiable.

Creo que es esto lo que te voy a contar esta tarde cuando nos encontremos solos por primera vez después de unos quince años. Que soy un frívolo incluso en mi especialidad académica, pero que hay algo en lo que he sido y sigo siendo totalmente fiable: el fútbol. En mi colegio este deporte era sagrado y mucho más importante que las matemáticas o la filosofía y yo diría que hasta que la misa diaria. Siempre he sido un tipo veloz y de verdad que no he conocido un extremo derecha más hábil. Mi fama se difundió por la Ciudad y los padres de los jugadores de los equipos contrarios empezaron a acudir a los partidos de los domingos para observarme.

Siempre ganábamos y yo nunca dejé de marcar. Hasta que un día nos tocó jugar contra el equipo de un nuevo colegio ubicado

en esa parte de la margen derecha donde hoy está tu casa y donde ya vivías en la de tus padres cuando yo hacía lo imposible por coincidir contigo después de constatar en la playa cómo te desarrollabas año tras año, verano tras verano. A pesar de mi esfuerzo y de que yo conseguí marcar fuimos humillados con una derrota demasiado abultada. La culpa fue no sólo de nuestro exceso de confianza sino sobre todo de un portero que paró todos nuestros disparos a puerta menos los dos goles que yo le colé. Debes saber Esperanza que aquel portero es hoy tu marido y que no he visto nunca en liga alguna otro portero mejor.

Ya llegará el momento de hablarte de todo esto, pero creo que esta primera vez me voy a limitar a darte detalles del concurso que pienso hacer en tu casa para elegir mi ayudante para todas las demás meriendas del curso. Esto lo tengo muy bien pensado y espero que aceptes las claves que te voy a dar para que resultes la ganadora. No será sino la primera trampa de las muchas que tengo pensadas, pero será crucial, pues si la aceptas querrá decir que tú también tienes ganas de jugar. Si lo haces con un cierto entusiasmo me despediré hoy a las puertas de este café intelectual contándote, como si fuera una clave secreta, lo que dijo un padre al terminar ese partido humillante para mí, para mis compañeros y para todos los del Ensanche: «Este chico tiene el fútbol en el cuerpo».

3

Nunca tendrás ni idea del dolor de un capataz, por un lado porque tú no lo has sido nunca, y por otro, porque es un dolor que no se puede comparar con ningún otro dolor ni físico ni psíquico. No se trata de que el reuma sea más intenso en casas menos cuidadas que las de los dueños ni tampoco de que el capataz lleve

prendida una estrella que no le permita llevar la cabeza alta. Se trata más bien de que debe inclinar esa cabeza ante los dueños y no por ningún imperativo legal sino como una especie de reflejo inevitable, pero al mismo tiempo doblemente humillante. Muy a menudo el dueño no da la talla, pero hay que seguir sus órdenes en cualquier ámbito incluso más allá de aquel en el que se juega el poder que le da la riqueza. Puedes ser más guapa y tener mejor gusto que la hija del dueño, pero deberás lucirte menos a la entrada de la fiesta en la que has sido invitada por primera vez y que tiene lugar en un club privado de esos a los que pertenecen tus padres, y en los que los míos no osarían pedir la admisión para no pasar por la posible humillación de la bola negra. Y no hay quien no se quite el sombrero al paso de tu madre mientras que la mía sufre los feos inconscientes de quienes se cruzan con ella a la entrada de una función de ópera y comentan en voz demasiado alta que...

—¡No hay nadie conocido!

Sin embargo, también ocurre que el dueño no tiene más remedio que recibir en su despacho al capataz que es el que sabe cómo arreglar el desaguisado que sea, desde un error contable a un retraso en el aprovisionamiento que puede acarrear la demora en una entrega. Incluso puede ser el mismísimo dueño el que acude al despacho profesional de un capataz menos obvio para recabar sus servicios profesionales, como pueden ser los de un agente de bolsa o los de un abogado administrativista que puede sacar al dueño de un embrollo con una agencia pública.

Este tipo de capataz es muy curioso y tú tampoco lo conoces pues eres hija de dueño. A veces tu padre puede pararse por la calle con ese capataz, aunque las ocasiones son contadas: la salida de misa, esa ópera en la que *no hay nadie conocido*, a pesar de que está ahí el notario con su esposa, a la que el dueño saluda con calor fingido mientras su mujer mira para otro lado.

Pero el peor de todos los capataces, quiero decir, el que peor lo pasa, es el que forma parte del funcionariado docente que es

justamente mi caso, así como el de mi padre era el del técnico necesario. Yo, por contra, no soluciono nada relacionado con la fuente de riqueza del dueño. Lo único que hacemos yo y mis colegas es *desasnar* al hijo de ese dueño o a su hija, como fue tu caso, aunque tú no querías admitir la medicina pues no pensabas que ibas a necesitar para nada matemáticas o lengua para dar hijos al hijo de otro dueño de los que sí entraba en el club privado desde hace tres o cuatro generaciones.

No pertenecemos pues ni a los técnicos necesarios ni a los agentes necesarios para la vida cotidiana en la que el Derecho debe respetarse. Y en consecuencia, no tenemos más remedio que sustituir el amago de aprecio por parte del poder por nuestro evidente desprecio por su estulticia general, por mucho que sepan acercarse al poder político.

¿Te acuerdas cuando hacíamos por encontrarnos camino del colegio en el final de nuestra adolescencia? Aunque no hubiéramos podido expresar nada de esto que ahora te cuento, pues este conocimiento exige experiencia, sentíamos que tu caso era distinto del mío. Yo, por mucho que te hiciera saber que nuestra casa estaba en el centro de la Ciudad, día tras día cruzaba la ría para acercarme a esa margen derecha donde tú vivías y de la que, por razones que desconocía entonces y sigo sin conocer ahora, te alejabas para ir al colegio. Ya me lo contarás pero de momento no tengo más remedio, si quiero seguir respirando, que dejar una salida a esta alimaña que anida en mí y que, lo quiera o no, me rasga jirones del alma.

No podía entender cómo era posible que nuestro toldo de playa estuviera en un lugar más elegante que el de tu familia. El nuestro estaba más centrado y eso nos permitía a mis hermanas y a mí, siempre acompañadas de la señorita Carmen, alcanzar antes las escaleras que había que escalar para volver a la casa de veraneantes que ocupábamos, mientras que tu toldo estaba localizado justamente delante de tu casa, un chalet que daba a la playa y te permitía alcanzarla sin esfuerzo alguno. Cuando en nuestros

paseos infantiles coincidíamos al mismo tiempo en el hotel playero más elegante para pedir un vaso de agua que nunca nos fue negado, se mezclaban ahí ejes que nos desconcertaron durante años.

Bien es verdad que parecía que mi presencia estaba explicada por la posición de mi toldo y que tú eras una intrusa, muy bienvenida por cierto. Pero por otro lado nunca entendí que mis padres jamás se mancharan de arena los zapatos, pues nunca tocaron la playa ni, lo que aun me parecía más raro, que cada vez que se acercaban al paseo que bordeaba la playa nunca recalaran en la cafetería de ese hotel elegante y sí lo hicieran en la del otro más barato y con una concurrencia menos luminosa. El primer hotel tenía un nombre en castellano que hacía referencia al tipo de árbol que florecía en toda la costa y el segundo exhibía un nombre en euskera que mucho más tarde supe que hacía referencia a los baños o a la salud y que más que un hotel era una especie de balneario barato.

Sin esfuerzo aparente alguno los bañistas y sus familias se autoseleccionaban ubicándose según estas líneas herederas de un cierto aspecto de la guerra. Los nacionales la habían ganado y los nacionalistas la habían perdido. Los primeros eran dueños o herederos de dueños y los segundos no eran sino capataces de una u otra de las clases de las que te he hablado. Puedes imaginarte el sufrimiento desgarrador de mi madre que, según ella misma decía, *los suyos habían ganado la guerra*, pero estaba casada con un perdedor que, aunque por edad no estuvo en el frente, nunca se doblegaría ni ayudaría a prosperar socialmente a ella ni a sus hijos.

Ahora, pasados los años, creo que comienzo a entender que de esa tensión nace este espíritu revolucionario mío más bien teórico y con un pequeño toque anarquista, que me llevó a estudiar por el mero deseo de entender más allá de lo que se llevaba entre los de mi clase y a hacerlo fuera de la Ciudad —aunque no donde lo había hecho mi silencioso progenitor rescatador de barcos en apuros—, a fin de huir de esa tensión castrante que humedecía cada día nuestra vida cotidiana. Mi hermana mayor siguió la senda que

dibujaba mi madre e hizo lo que se llamaba una buena boda con alguien que no podía ser identificado como de un lado o del otro.

Mi segunda hermana optó por la vida religiosa como vía de escape, tomando así los hábitos de otro tipo de capataz que no creo que nos interese ni a ti ni a mí. Y yo pensé que mi camino era reivindicar a mi padre convirtiéndome en un nacionalista al que no tendrían más remedio que respetar por su evidente superioridad intelectual en el campo de la economía, lo que ya entonces comenzaba a perfilarse como algo no tan tonto como la contabilidad, aunque no tan serio como la ingeniería, la sabiduría fetén de una Ciudad completamente ajena al pensamiento creativo por mucha cara de interés que pusieran al escuchar algunas epístolas de San Pablo o ante sermones que hacían referencia a *Las confesiones* de San Agustín.

Lo que esto pudiera tener de intelectual estaba superado por lo que tenía de fe en un dios en el que creían nacionales y nacionalistas, pero que no contaba para los verdaderos perdedores cuyos descendientes comenzaban ya por estos años a dejarse ver y en cuyo entorno nos reencontramos tú y yo después de muchos años y nos saludamos como con reparo. Tú como mujer bien casada con un dueño y yo como ejemplar nuevo de una clase de capataces de los que no se podía saber lo que esperar por parte de unos y de otros. Éramos raros y eso era todavía peligroso, pero parecíamos saber cosas de esas que comenzaban a llegar desde el otro lado del charco y que ya no hacían referencia a la guerra de Corea sino a la de Vietnam.

Como creo que ya te conté a raíz de nuestro extraño reencuentro, y tratando de hacerte reír, yo había comenzado con mal pie mi «carrera» de capataz pues un bedel propagó la idea de que yo daba clases sentado sobre la mesa y que ponía exámenes en los que se podía utilizar el libro de texto que, mira por donde, no era el recopilatorio de años de repetir lo mismo, sino un libro de texto americano recién traducido al castellano por otro capataz de otra ciudad menos próspera y aparentemente más necesitada de ideas a falta de riqueza.

Es esta imagen la que, en un lugar pequeño como nuestra Ciudad, se propagó con rapidez y curiosamente me llevó al último lugar que yo habría esperado, a las reuniones de un café en donde los menos viejos de los viejos académicos disfrutaban de una cierta libertad de reunión y de opinión y en donde pescaban personas como tú y sus amigas que sin el permiso siquiera implícito de sus maridos, escogían para sus veladas intelectuales personajes dulcemente díscolos.

Nadie como un decano de la facultad de Empresariales de una universidad pública para ser invitado, en una acción aparentemente liberal, a una merienda en el amplio salón de un chalet de la parte más nueva de la margen derecha, en la que este personaje desafiaba el ascendiente intelectual del ausente marido explicando las dificultades que la crisis del petróleo podía acarrear para algunas empresas especializadas en producciones intensivas en el uso de ese precioso líquido.

Ya viste que yo acompañé el decano en una de estas incursiones y me encontré justamente contigo oficiando no solo como señora de la casa, sino también como aparente líder en la persecución de la libertad de pensamiento que esas señoras buscaban disfrazando así su incipiente hartura de unos matrimonios que ya casi habían cumplido con su misión histórica de perpetuar la casta de dueños que conformaban sus maridos. En esta primera ocasión y, de hecho, durante los meses que duraron para mi estos tés, nunca tuvimos ocasión de ver a los hijos todavía pequeños de estas señoras aparentemente liberadas en su pensamiento de las ideas antiguas en las que habían sido educadas. Pienso que tú y yo, a pesar de que habían pasado ya cerca de treinta años desde que nos buscábamos camino del colegio, y tal como ya te he escrito, nos reconocimos desde el primero de esos tés a los que acudí, pero a mí no me correspondía iniciar una familiaridad que hubiera desentonado entre mis colegas, que acudían con rencor a los dominios de los dueños, y a ti te hubiera restado autoridad en tu bandada de pájaros tristemente locos.

Los temas a tratar eran muy dispares tal como correspondía a la curiosidad sin límites de este grupo de señoras que ya con un par de hijos se podían permitir la ayuda de un servicio que les liberaba del cuidado de esos pequeñines durante toda la tarde. Y un día me tocó a mí oficiar de capataz intelectual, que debía hacerles comprender los pros y contras de la especialización que trae consigo la división del trabajo. Y ahí comenzó la aventura inesperada que unos meses más tarde, un día de viento sur de principios de verano, cambió el rumbo de mi vida.

4

Pensé: «¿Cuánto me harás esperar, Esperanza?». Como comprenderás, de la respuesta a esta interrogación sencilla iba a depender lo que yo fuera a esperar sobre la posible renovación de nuestro viejo interés mutuo. Si es un retraso simplemente coqueto justificado por la dificultad de aparcar, es que estamos en la misma onda. Si por el contrario el retraso es apenas perceptible me daré por enterado de que lo que deseas es una simple cuestión de «negocios»: colaborar al éxito de las meriendas.

¿Y si el retraso es muy largo? En ese caso no sabría decir cómo debería actuar para conseguir mi objetivo de acercarme a ti un poco más de lo conveniente para un serio profesor.

Creía que llegaba a tiempo y caminé despacio hacia este café del que guardo muchos recuerdos de todo tipo. Siempre me ha sorprendido lo mal que entona su decoración con el resto de la Ciudad, pues se trata de una mezcla de vigas autóctonas y cerámica andaluza en las paredes que, curiosamente, le dan un aire como internacional. Quizá por eso fue en nuestra juventud, la tuya y la mía, Esperanza, tan próxima y tan lejana, lugar de encuentro de aquellas personas jóvenes, generalmente varones,

que comenzaban a ver las grietas del sistema a través de ojos de estudiantes de fuera que se reclamaban de izquierdas y de hijos de nacionalistas que, alrededor de círculos de cristiandad, veían a través de los ojos de unos padres que ya pensaban que esos sus hijos no corrían demasiado peligro de ser molestados por los que solo más tarde se llamaron los «maderos». O también de gente joven que seguía sin interesarse en la política en sí, pero que ya había leído a los existencialistas franceses o se había sentido atraída por movimientos anarcoides que olían a libertad.

Yo diría que llegué justo a tiempo según mi reloj de pulsera que había sintonizado con Radio Nacional el día anterior, pero para mi sorpresa, que no tuve que fingir, allí estabas tú sentada en el butacón corrido delante de una mesita para dos y bebiendo a sorbitos un limón granizado a través de una pajita, con la vista en el líquido amarillento. No me viste entrar y, antes de acercarme a la mesita que ocupabas, tuve tiempo de recordar a alguien que hace años vi en ese mismo lugar delante de un vino tinto y luciendo una boina caída hacia la izquierda, alguien que, rico de familia y sin necesidad de trabajar, se sentaba allí casi todas las tardes y que años después abrió no lejos de este café una librería en la que ya se podían comprar libros prohibidos, verdaderas armas cargadas de futuro, sin necesidad de deslizarse subrepticiamente en la trastienda.

Recordé como en un *flash* que eso era lo que yo quería ser por aquel entonces, un intelectual de café del barrio latino y poder charlar con Sartre, como contaban había hecho aquel compañero de colegio unos años mayor que yo, que no cayó en la trampa de la Ciudad. Pero tú levantaste la mirada, dejaste el vaso sobre la mesita y me dedicaste una sonrisa amable, simplemente amable.

—Perdona Esperanza, por hacerte esperar —tartamudeé yo mientras retiraba la silla que me dejaba frente a ti y tomaba asiento.

—No te preocupes, Jon, tenía que venir al centro y he hecho todos mis recados antes de lo que esperaba, así que me he sentado aquí a disfrutar de esta limonada como si fuera una cría.

Eso es justamente lo que eras hace más de veinte años cuando creíamos tener una relación secreta que se alimentaba de aquellos pocos minutos que duraba el camino hasta tu colegio desde la estación de autobús o de tren. Pero no supimos desarrollar el lenguaje preciso para hacer de ellos una verdadera conexión.

—Eso quería decirte Jon, que ya no soy aquella cría, que tengo marido e hijos y que tu aparición el otro día en nuestra casa saliendo de un mundo tan lejano al mío me turbó mucho más de lo que hubiera imaginado.

Se calló como si se le hubiera acabado la cuerda e hizo un gesto como de cruzar las piernas por debajo de la mesa, tapada con un mantelito de cuarto de costura de casa del Ensanche. Intuí que calzaba zapatos de tacón un poco más altos de lo adecuado para los recados matinales.

—Pues no veo los paquetes de tus recados en ningún lado... —te dije, mirando a un lado y otro del sillón corrido. Deshiciste el cruce de piernas, creí intuir, y te acodaste sobre la mesa como para plantarme cara.

—Se los he dejado al conductor. No lo uso siempre, pero he pensado que hoy me serviría para poder estar contigo el tiempo necesario para que me cuentes lo que ibas a contarme sobre nuestra próxima merienda y todavía llegar a casa a tiempo para comer en familia. A mi marido le gusta.

Me hubiera levantado en aquel mismo instante, te lo aseguro, pues entendí con la claridad de un relámpago en la noche que no pertenecíamos al mismo mundo, ni sería posible que llegaras nunca a entender las cosas que yo estaba deseando contarte. Pero siempre he sido rápido para el regate y decidí cambiar el tono del relato que tenía preparado para después de algunos cotilleos previos, que nos pusieran al día sobre la mitad de nuestras vidas. La mitad quizá más determinante, y que había hecho de ti una buena, supongo, esposa y madre y de mí un frívolo que hace muy poco tiempo está intentando empezar a ser menos loco de lo que ha sido en los últimos años. Así que te dije:

—¿Recuerdas a Crosby, Stills, Nash & Young?

Ante tu cara de sorpresa te expliqué que en los años 60 y 70 este conjunto de música folk fue muy famoso y que yo recordaba hasta una película que vi en mis años locos en la que el grupo se acerca a Big Sur.

—Y es que aquí quería llegar yo, al Instituto Esalen, que conocí a través de mis lecturas dirigidas a recuperar la serenidad apoyándome en un sincretismo semi-religioso no alejado de la psicología de la Gestalt de Fritz Perls de la que si quieres hablamos cualquier día. Durante mi estancia aprendí muchas cosas, entre las más importantes de las cuales estaban, además de la libertad y promiscuidad sexual que me tuvieron obnubilado durante un tiempo, ciertas experiencias programadas para reforzar la seguridad en uno mismo.

—Pues cuéntame estas pues de las otras no quiero saber nada —dijiste fingiendo una turbación divertida—. No te haces idea de lo mucho que se nos ha hurtado en esta ciudad mientras tú estabas por ahí fuera.

No te contesté inmediatamente pues no sabía si lanzarme o no a tratar de desequilibrarte a mi favor. Fui yo esta vez el que cruzó los pies bajo la mesa y después de un suspiro que imagino no entendiste continué contándote cómo un monitor de Nueva York nos enseñó a un grupo de hombres y mujeres de todas las edades a mantener la posición física no dejando que ningún empujón nos desequilibrara. Trataban de conseguir que aquellos que no sabíamos muy bien lo que creíamos, aprendiéramos a no ser empujados de un lado para el otro. Pero la manera en la que se empezaba esta especie de aprendizaje era mediante un ejercicio consistente en tratar de mantener el equilibrio físico ante cualquier empujoncito que te llegara de donde fuere. Hice un inciso:

—Te parecerá una tontería pero este aprendizaje me hubiera venido muy bien en aquellos años en la Ciudad cuando desde muchos lados te empujaban hacia lugares en los que no nos veíamos a nosotros mismos.

Dijiste como de pasada algo así como «Pues no lo sabes tú bien», pero no te hice caso y continué:

—Se trata de relajarte y no tratar de defenderte contra cualquier golpecito crispando los dedos y afianzando los pies en el suelo como diciendo que ese suelo es tuyo y que lo defenderás con la fuerza de tus puños. Se trata de todo lo contrario, de «descrispar» las manos y de relajar las piernas, dotándote así de una flexibilidad imposible de cascar.

El ruidito de los tacones me indicó que te empezabas a poner nerviosa así que abrevié:

—Este es el experimento que quiero realizar previamente a mi charla que, como os anuncié, será sobre la siempre malinterpretada división del trabajo. A cada una de vosotras os pondré frente a mí y con la punta del dedo índice de mi mano derecha apoyada en el escote, os empujaré levemente. Te aseguro que todas darán un paso atrás para mantener el equilibrio, menos tú, claro, que ya estás avisada. Ejercítate un poco y verás cómo no hay manera de desequilibrarte.

Aunque con una mirada de refilón y con una sonrisa maliciosa sentenciaste:

—No sé si me gusta mucho el experimento, especialmente lo del escote.

No supe qué contestar ni qué cara poner, pero recuerdo que pensé que para qué me metía yo en esos líos. No los de asistir a las meriendas, pero sí los de inmiscuirme en la rigidez de la Ciudad. Pero ya estaba hecho y ahora se trataba de volver a recordar nuestra infancia perdida. No me dio tiempo. Un señor vestido de azul se presentó en nuestra mesa y mirándote solo a ti, te recordó que se estaba haciendo tarde si teníais que pasar primero a recoger al señor. Te levantaste y pude ver los altos tacones mientras seguías al conductor con el bolso en la mano.

—Está todo pagado Jon —dijiste, como quien habla con la cocinera.

Me quedé sentado un ratito y por fin me di cuenta, mientras me levantaba, de que yo no había tomado nada. «Nada te debo,

Esperanza», musité como para mí mismo y salí del café. Tenía tiempo y decidí caminar un rato hasta la casa de mis padres en la que residí hasta que un par de meses después compré un apartamento próximo. Mientras tanto esta casa paterna habría de ser mi morada solitaria. Supongo que tú ya sabes bien donde está, pues es la misma a la que volví con mis padres después de dejar la margen izquierda y retornar a la Ciudad propiamente dicha. El caminar en soledad suelta la mente, aunque muy a menudo no eres consciente de lo que piensas. Pero yo sí lo era ese mediodía de otoño después de charlar contigo en el café. No podía entender cómo, a partir de una cercanía en la playa chic de la margen derecha, en unos cuantos años y muy poco a poco, el tiempo puede colocarte en lugares espirituales y físicos tan distantes y tan difíciles de reconciliar. ¿Qué sentido tendría el reconquistarte y conseguir tu consentimiento para hacerte mi amante más allá del perenne instinto depredador del macho?

Ya llegaba al portal de mi casa pero no dejé de pensar. «Sí, ¿qué sentido?», me volví a preguntar cuando abría las puertas del ascensor. «Una pieza más en mi colección de vulvas» es lo primero que me vino a la cabeza, pero bastó el breve recorrido hasta el piso quinto para quitarme de la cabeza esa pulsión de coleccionista. Pensé en alto: «Tú, Esperanza, no serás nunca una pieza de colección, vas a ser el chivo expiatorio de mi instinto vengativo contra todo lo que ha hecho de mi Ciudad un lugar inhabitable».

5

La primera vez que fui a esas meriendas intelectuales, llegué a esta zona de la margen derecha concebida para ricos en el automóvil del decano desde el centro de la Ciudad. Así que no me sabía bien el camino. Aquella fue una ocasión memorable, pues te reconocí en seguida, y me pareció que tú también me reconociste

al primer golpe de vista. Luego nos vimos en aquel café de la Ciudad que a ti no creo que te dijera nada. Hoy es ya mi día y me apresto con tiempo para acudir a esta reserva indígena y asegurarme de que no llego tarde.

No nos hemos vuelto a ver o a hablar desde la conversación del café, que resultó muy profesional, y tu despedida ese día me dejó un recuerdo más bien amargo, pues me di cuenta, al principio de manera vaga y más tarde de manera mucho más precisa, del papel de bufón que me tocaba jugar como ponente de alguna charla, como la de hoy por ejemplo, y como coordinador general y moderador de todas ellas. Estaba pensando en Yorick cuando tomé el giro equivocado y casi acabo en unos caseríos que habían sido de mi familia, no lejos de mi destino pero en una zona sin ningún glamour. Me dije que no podía permitir que nada me desviara de mi camino, ni siquiera mis rememoraciones literarias.

Mientras me reorientaba pensé superficialmente, concentrado en recuperar el camino correcto, en que sabemos lo que Hamlet pensaba de este bufón que tanto había alegrado su triste niñez, pero ignoramos lo que pensaba el completamente dependiente Yorick de su oficio o de su señor. Lo normal es, pensé cuando ya enfilaba la entrada de esta urbanización, que cuando tienes un amo, tu odio te puede llevar a asesinar o a amar sin límite tanto a él como a sus hijos. Y esta segunda opción parece más natural en condiciones normales aunque, bien pensado, nada puede considerarse normal cuando tienes un amo.

Dejé de elucubrar y me recompuse después de aparcar ya dentro de la parcela de tu chalet, Esperanza. Recorrí unos metros y antes de tocar el timbre se entornó la puerta, abierta desde dentro por el conductor que conocí en el café y que en esta ocasión me mostró una amplia sonrisa. Me condujo hasta el salón y allí me topé con las jóvenes señoras que había conocido hacía un mes ataviadas de una manera intencionadamente casual. Tú no habías bajado todavía, pero el juego del té y los sándwiches de pepino estaban ya preparados sobre una mesa baja que hacía juego con

otras mesitas repartidas por la sala. No dudé de que mi sitio era el que había ocupado el decano y me dirigí hacia un sillón de orejas aislado y de espaldas a un ventanal por donde todavía se filtraba la luz del atardecer. No llegué a sentarme, pues llegaste tú y me adelanté a saludarte con un afecto y un respeto un tanto fingidos.

—Perdonadme, pero es que estaba hablando por teléfono con Lourdes que se disculpa porque igual llega un poco tarde, y me dice que le da mucha rabia pues tenía muchas ganas de oírte y no perderse nada, Jon. Por lo visto tenía una entrevista con un posible *chaufeur* que le resulta imprescindible viviendo donde vive ahora.

—¿Empezamos ya? —inquirí yo.

—Sí, Jon, puedes empezar. Aunque no te he pedido permiso, me he tomado la libertad de explicar a las chicas tu método de preselección y todas conocen ya lo suficiente sobre psicología de la Gestalt como para intentar pasarlo. Incluso Lourdes si llega a tiempo. ¿Empiezas?

Me sentí traicionado por ti, Esperanza, y no solo eso. También me sentí tan mal como un actor cuyos mejores trucos ya se conocen el día del estreno. Pero espero que me vieras sonreír mientras una a una fuisteis colocándoos delante de mí de pie delante del sillón de orejas y yo puse mi dedo índice sobre seis escotes pudorosamente cubiertos con unas prendas de lana fina no muy adecuadas para este día de otoño. Lo más increíble fue cuando todas y cada una de ellas fueron manteniendo el tipo sin que ninguna tuviera que mantener el equilibrio dando un paso atrás.

—Esto se pone interesante —me atreví a decir con cierta timidez—, en estas circunstancias no tengo más remedio que tomar una decisión drástica. El puesto de ayudante para estas meriendas lo desempeñará… Lourdes, por haber llegado tarde.

Y sonreí.

—Tendré que utilizar los trucos del oficio para alargar un poquito la exposición, para que dure por lo menos hasta que vea en vuestra expresión el deseo de rellenar vuestra taza de té o de tomar otro sándwich.

Tomé asiento mientras tú me servías el té y me ofrecías un sándwich en su platito correspondiente que deposité en la mesita de mi izquierda, alejándolo un poco para que quedara claro que no lo tomaría hasta que hubiera terminado con la exposición. Comencé a hablar de una forma que me pareció pedante y que exigiría algún cambio de ritmo en algún momento especialmente importante.

—Seguramente todas habéis oído hablar de Adam Smith, el candidato mejor colocado para ser considerado el padre de la economía, si entendemos ésta más allá de saber cómo llevar las cuentas de la casa. Pues Smith, en su famoso libro *La riqueza de las naciones*, es el que nos introduce por primera vez en la idea de la división del trabajo y abre la puerta a las ideas de Ricardo basadas en la correspondiente ventaja comparativa y su consecuencia natural, que denominamos «especialización». Dos ideas estas cuyas consecuencias menos naturales procuraré destacar.

En ese momento entró en el salón alguien que debía ser Lourdes, también ella con su *jerseycito* de lana fina correspondiente. Yo me levanté y sin decir palabra alguna le indiqué que tomara asiento en la sillita que, muy intencionadamente, le habían reservado a mi izquierda, al otro lado de la mesita, y continué.

—Para entendernos, supongamos que Lourdes cocina un cake mejor que el que Esperanza dice que hace, pero supongamos que los sándwiches de pepino de la señora de esta casa son universalmente reconocidos como los mejores por encima de todos, incluso de los de Lourdes. Diremos muy naturalmente que Esperanza tiene ventaja comparativa en la fabricación de sándwiches y que Lourdes la tiene en la de cakes. Fijaos, sin embargo, en que esta idea puede muy bien seguir siendo usada aunque… digamos, Lourdes sea mejor que Esperanza tanto en cakes como en sándwiches. De manera muy natural diríamos que Lourdes tiene ventaja comparativa en cakes cuando entre los de ésta y los de Esperanza hay mucha más diferencia que entre los sándwiches de la primera y los de la segunda. Y podremos decir de manera también muy natural que Esperanza tiene ventaja comparativa en sándwiches.

Quizá había llegado el momento de hacer mi primer gesto teatral y mirando alternativamente a una y otra pregunté en un tono de voz que nada tenía que ver con el profesoral que si había acertado. Ambas sonrieron pero no contestaron, con lo que no tuve más remedio que continuar con mi tediosa explicación.

—La consecuencia es casi trivial. Todos estaremos mejor si los tés intelectuales se celebran aquí en donde estamos hoy, por lo que estaremos dispuestos a pagar un poco más por ser invitados... en caso de que en vez de ser estas reuniones un acto social entre amigas, fueran el negocio de un empresario del sindicato de actividades diversas —como por ejemplo yo— y tuviera que ganarme la vida organizando saraos como el de hoy. Está claro que estaría dispuesto a pagar una comisión mayor por el uso de sus instalaciones a Esperanza que a Lourdes.

Toda esta explicación que aquí te resumo, para que conste, llevó mucho más tiempo del que yo pensé iba a exigir, y me excuso por volver a repetir toda esta retahíla que ya conoces, pero es que quiero recordarte lo que vino a continuación. Me levanté de mi sillón de orejas y cogiendo el sándwich de la mesita en la que lo había depositado cambié el tono, lo subí de hecho, y dije mientras paseaba por el poco espacio libre que me quedaba.

—Reflexionemos un poco sobre las consecuencias de lo que hemos aprendido. La especialización podrá ser muy buena para poder tener más y mejores sándwiches y más y mejores cakes, pero reconocer conmigo que es un rollo, que tanto una como otra de estas amigas se sentirían mejor fabricando las dos cosas simultáneamente sin necesidad de especializarse y finalmente tener que intercambiar. ¿O no? Aquí está el dilema, o como diría Hamlet, «esta es la cuestión». ¿Tienen las mujeres ventaja comparativa en el cuidado de los hijos y los hombres en la contabilidad de los costes de los blooms de un Alto Horno como esos que veis resplandecer desde esta urbanización por las noches? Y aunque la tuvieran, ¿no estarían ambos, mujeres y hombres, más contentos realizando las dos tareas?

Y mordiendo el sándwich me volví a sentar en mi sillón a la espera de comentarios cuando ya la claridad había desaparecido. Tuve ganas de preguntar si al menos les había hecho pasar un buen rato, pero preferí quedarme callado.

El resto, Esperanza, ya lo viste. No fue el mayor despliegue de ingenio nunca visto, pero he de reconocer que tú tuviste la habilidad de reconducir los comentarios a la división del trabajo entre maridos y esposas, algo de lo que todas parecían estar un poco escamadas, aunque no todas en el mismo grado. A la mitad, lo que vivían en sus casas les parecía lo natural, pero la otra mitad intentaba encontrar salidas razonables que permitieran salvaguardar a los niños de la torpeza masculina. Así transcurrió el tiempo y la reunión se fue disolviendo mientras comentábamos, ya fuera de programa, de qué podríamos hablar el próximo mes y a quien podría traer yo como ponente. Aunque «los orígenes del universo» parecía el tema que suscitaba mayor interés, no se decidió nada y Lourdes quedó en comunicarme cuanto antes cual era el tema elegido.

Cuando todas se fueron quedamos tú y yo solos y aproveché para interrogarte sobre Lourdes, pues ella había sido la única que no había dicho nada ni opinado sobre el tema del próximo mes. Resultaba ser una joven viuda reciente sin hijos que por fin había decidido moverse a la casa que junto con su marido se habían hecho construir en la misma urbanización en la que tú vives.

—¿Te ha parecido guapa?

Me preguntaste con un cierto tono de complicidad de celestina que quiere arreglar un ligue. Si ya me había sentido mal con la tarea general que el decano me había asignado y fatal en tu despreciativa despedida en el café, ahora, después de desempeñar el papel de bufón, me sentía un pelele con ganas de destrozar la vajilla del té que no había sido retirada todavía. Pero mi ira se refrenó un tanto al pensar que de una sola tacada quizá podría vengarme de ti y ponerte un poco celosa.

—Se nos ha olvidado decirle que es ella mi contacto. ¿Se lo cuentas tú por favor y le dices que me llame para comunicarme el tema elegido?

Salí al jardín donde solo quedaba mi cochecito, muerto de vergüenza al haber tenido que compararse con los deportivos de estas mujeres *désoeuvrées*, si me permites llamar así a tus amigas, durante un par de horas. Tu marido por lo visto trabaja hasta tarde, o estos días de merienda intelectual se organiza para reunirse con amigos y jugar a vaya usted a saber qué. Iba a abrir la puerta de mi cacharro, que había dejado sin cerrar para que diera la impresión de que no tenía duda sobre la honradez de tus amigas, cuando la sombra de Lourdes se me acercó por detrás.

—Pensaba ir caminando pero al verte salir he dado la vuelta y te voy a pedir que me lleves a casa. No te desviarás apenas.

Cumplí las órdenes, que es lo que eran sus deseos, tal como le dije, y conduje siguiendo sus instrucciones hasta que me dio orden de parar delante de una casa no muy diferente de la de Esperanza.

—Gracias Jon.

Se demoró un instante y finalmente me dio un papelito con su número de teléfono.

—Por si me quieres llamar, para lo que sea.

Y abrió la portezuela para entrar en su jardín sin volver la vista atrás. Ni siquiera me dio tiempo de contestar algo, lo que me pareció de agradecer y pensé que igual hubiera sido mejor que no te hubiera encargado a ti que le comunicaras su nuevo *métier*. Pero ya estaba cansado y todavía me quedaba un rato para volver a la Ciudad. Llegando a casa me pregunté si la experiencia de esa tarde me haría pensar en estas mujeres jóvenes, tus amigas parece ser, con odio por su riqueza y la posibilidad de proporcionarse caprichos como el de escucharme a mí, o si más bien sentiría por ellas una cierta dulzura que eliminaría en mí el odio y los deseos de venganza de un capataz. El tiempo lo diría.

6

Me parece, Esperanza, que me has metido en un buen lío. Tratando de contar contigo como ayudante de meriendas intelectuales, todo ello en favor de la universidad pública, me has entregado en manos de Lourdes, una viuda joven y rica, pero llena de problemas. No está mal que sea rica, pues esta vida en la que estoy metido, si bien es lo que yo quiero, no me da como para hacer extravagancias que también quiero llevar a cabo por lo menos en aquellos momentos en los que el cariño de mis padres no exige mi correspondencia.

No quiero pensar en aquellos meses en los que tenía que escribir la tesis, una vez finalizada la formación previa realizada a trompicones, mientras visitaba médicos con aquella mujer, quizá la pieza más cotizada de mi colección perversa, pero sobre todo un carácter sólido que era lo que yo necesitaba dada la inestabilidad caprichosa de hijo único varón y la cierta holgura financiera que un día heredaré de mis padres. Pero las visitas médicas se hicieron más frecuentes, sufría una enfermedad de las llamadas «raras» y no pudo seguir con su tesis. Un día decidió que quería morir en la Ciudad. No nos dio tiempo a prepararlo todo y está enterrada en el cementerio del mismo Westwood, entre héroes de guerra. Y con ella el hijo que esperábamos.

No, no está mal que sea rica, pero la pena que arrastra no es un simple duelo, es algo hondo que viene de muy atrás y en lo que me voy enredando a pesar del distanciamiento que he procurado mantener, pues yo solo estoy para hacer bien mi trabajo de profesor/actor y para continuar con mi colección erótica. Me ve como alguien de otro lugar al que le cuentas todo lo que, en general, te guardas para ti. Como si fuera un compañero de asiento de un vuelo transoceánico con el que acabas hablando de tu propia familia o incluso inventándote anécdotas divertidas para hacer más llevadera la imposibilidad de dormir en esos asientos de clase

turista que los que no somos tan ricos como tú, querida y lejana Esperanza, son los únicos que nos podemos permitir.

Ya he entendido que su padre no nació rico y que su madre no era de buena familia y, lo más importante, que ambos se prometieron no hacer pasar a sus cuatro hijos por las mismas humillaciones que tuvieron que pasar ellos para ser aceptados como parte de la comunidad rica de la Ciudad. Pero el padre lo consiguió y de una forma bien peculiar. No me refiero a los negocios, que también eran poco corrientes, pues una fábrica de chapas para botellas no es lo que la Cuidad admira, sino a sus inversiones en tierras en un mundo en el que la poca calidad de éstas ha obligado a emigrar a generaciones casi enteras en un pasado no tan remoto. Montes llenos de árboles pasaron a sus manos y su madera le dio mucho dinero cuando, en silencio, la construcción comenzó a constituir una buena inversión. Mejoraron su domicilio y esto, me cuenta Lourdes, le permitió cambiar de colegio y coincidir contigo en ese al que tantas veces te acompañé hace veinte años.

Que no me acuerde de ella cuando jura que nos veía con envidia todas las mañanas, cuando nos separábamos con tiempo suficiente para que yo no llegara tarde a mi colegio, le produce una especie de dolor que no consigo mitigar ni con dosis crecientes de aguardiente que, lejos de alegrarle, parecen ensombrecer su sonrisa hasta hacerla desparecer, cosa que ocurre indefectiblemente cuando añadiendo tiempo a nuestro trabajo de coordinación, que se ha convertido en algo más y más frecuente, rememoramos nuestros veraneos, el mío donde ya sabes y el de ella no lejos de la Ciudad, pero tierra adentro, como si sus padres quisieran exportar su éxito en los negocios al terreno de la alcurnia y ésta se encontrara solo en tierras de caza, con su correspondiente casa de campo que además sirve para dedicar fines de semana a este deporte cruel e invitar a conocidos escogidos entre lo más florido de la Ciudad para anudar relaciones y propiciar posibles oportunidades de negocio.

Con el tiempo, pensaba su madre, acabarían aceptando la invitación hijos e hijas de sus nuevos amigos y Lourdes y sus

hermanos podrían integrarse entre la gente bien de la Ciudad y hacer una buena boda. Esto es justamente lo que Lourdes hizo. Al terminar el colegio ya estaba *ennoviada* con un hijo de buena familia, de las que solía ir a cazar a la finca de sus padres, y que extrañamente había empezado a estudiar arquitectura en Madrid. Era una carrera larga, pero Lourdes supo esperar con la ayuda de personas como tú, Esperanza, que no he conseguido saber cómo, has llegado a ser como una hermana para ella. Una hermana cuyas intenciones en relación conmigo tampoco consigo aclarar.

Tendrás que concederme que he llegado a saber mucho en el poco tiempo que nos deja la organización de la siguiente merienda intelectual en tu casa. Decidimos el tema de común acuerdo y luego pensamos quien podría jugar el papel de conferenciante siempre que, en un momento posterior, esa persona aceptara ese papel en estos términos un tanto raros para un *soi-disant* pensador o científico, y consistentes en una actitud distendida con las chicas que no les haga sentirse mal por no haber llegado a terminar ningún estudio superior lo que, por otro lado, explica su insaciable sed de conocimientos.

Esta semana por ejemplo, hace dos días, he conseguido que el catedrático de astrofísica acudiera a ese café donde tú me maltrataste a fin de convencerle de que sus conocimientos eran intensamente demandados por unas señoras jóvenes – y guapas, añadí yo como para romper un hielo que por otra parte no parecía existir, pero ya me conoces —cuyas labores de casa no les permitían acudir a centros regulados y de calidad contrastada y cuyos maridos, por otra parte, tampoco habrían estado muy contentos con la confesión pública de que sus esposas no estaban del todo satisfechas.

Lourdes le tiró de la lengua pues el tema parecía apasionarle y este interés sirvió de coqueteo entre ella y este profesor y observador del universo, mientras yo solo deseaba con impaciencia que terminara ese coqueteo y tuviera que levantarse para ir a su casa con su familia después de una dura jornada, y Lourdes, viuda sin

hijos, y yo, también viudo y padre de un niño no nato y enterrado con su madre, pudiéramos disfrutar de unos momentos solos y alargar la noche tanto como quisiéramos.

Dada la experiencia, que empezaba a ser abundante, todo ocurrió como estaba previsto y una vez que yo comentara que la cuenta del refresco y la copa que había consumido el futuro conferenciante corría de mi cuenta, finalmente nos encontramos Lourdes y yo uno enfrente del otro. Solo eran unos segundos, pero todos los meses, cuando llegaba ese momento recordaba yo con amargura como prácticamente me tiraste el dinero a la cara aquel primer día que te cité en este mismo café.

En esta ocasión yo había anunciado que me gustaría invitar a Lourdes a un restaurante del Casco Viejo que en el pasado había sido escenario de muchos buenos momentos. No estaba lejos del café y un pequeño paseo le vendría bien a ella, le permitiría refrescar las ideas. Cuando volvió del guardarropa con el abrigo puesto me quedé impactado, pues el abrigo era una copia de aquel *mouton rasé* con el que siempre recordaré a aquella señora del Simca 1000 de la que nunca te he hablado a ti, Esperanza, pues me colocaría en una situación incómoda por evocar un aspecto de la Ciudad y de mi vida que tu no entenderías en toda su complejidad e ignorarías como una excentricidad más de las mías. Sí, la señora del Simca 1000 resultó ser la amante de Don Jacinto, regente de una casa de citas decente, valga la contradicción en los términos.

Envuelta su cabeza entre las enormes solapas del abrigo, en una postura que el tiempo otoñal no exigía, aceptó andar hasta el restaurante a lo largo del trozo de la ría que hace un suave círculo hacia el mercado. Curiosamente el camino le era familiar y me dijo que lo hacía a menudo cuando de joven se quedó un tanto descolgada. No solo conocía la historia del teatro Arriaga, sino también la del edificio de la Bolsa Vieja así como la localización de esa esquina desde la cual se puede ver la basílica de Begoña, un lugar que pocos conocen y cuya identificación revela a un

verdadero habitante de esta Ciudad, de esos que no la han abandonado para dispersarse por la margen derecha muy cerca ya de mar abierto.

Pero esa no había de ser la mayor sorpresa de la noche. Al quitarse el abrigo casi me deslumbra el brillo de un collar de pequeños diamantes que sostenía uno muy grande y, en cierto modo, inadecuado para el tipo de cena que yo tenía en la cabeza, informal y bastante alcohólica, como el inicio de una complicidad irrompible de esas que creemos poder forjar en una juventud que todavía no ha tenido tiempo de conocer de primera mano la potencia rupturista del olvido que el paso del tiempo siempre trae consigo.

Cumplimos con todas las exigencias gastronómicas del local, comenzando por un aperitivo bastante alegre que, si bien al principio solo sirvió para que Lourdes pudiera observar a su antojo a las mesas de nuestro alrededor hasta convencerse de que no había nadie cuya presencia le disgustara, enseguida desató su lengua. Y así comenzó una especie de monólogo en una dirección totalmente inesperada para mí. Creo que la elección de ayudante que tú forzaste estuvo muy bien pensada.

Para ti será una historia demasiado conocida, pero para mí fue un descubrimiento que alguien como ella no se resignara a esperar inactiva la terminación de la carrera de ese novio que tanto le convenía y aprovechara los años para matricularse en la universidad privada de la Ciudad, en la carrera de Filosofía casi recién inaugurada. Por lo visto no le importaban mucho las notas y tampoco la mayoría de las materias, pero cuando se encaprichaba de una podía dedicarle todos los minutos del día, ya fuera en la casa paterna, ya fuera en la biblioteca. Así ocurrió con la Teoría del Conocimiento que finalmente «me derrotó», confesó ella entre la ensalada y el plato de caza que había elegido de segundo.

—Sigo sin entender cómo podemos estar seguros de cualquier explicación por reconocida que ésta sea. No me refiero, por ejemplo, al tipo de tela de tu camisa, que por cierto es muy elegante...

Añadió como para saber si debía seguir con la exposición de sus preocupaciones epistemológicas o si yo esperaba algo menos técnico y más frívolo.

Ella no debe saber lo que tú tampoco conoces, Esperanza, pues si lo supieras se lo habrías contado, que prefiero lo técnico porque me parece lo más frívolo. Así que el gesto serio que debí hacer por la fuerza de la costumbre me pareció que le convencía de que yo prefería su conferencia sobre la imposibilidad de saber que los comentarios sobre moda masculina.

—Este hombre —se refería al próximo conferenciante— parece creer que las explicaciones científicas sobre el nacimiento del universo son el ejemplo del método empírico que nos acerca inexorablemente a la verdad. Yo no sabré nada, pero me parece que el método empírico exige muchos experimentos para ir disminuyendo la probabilidad de error. Y aunque esos experimentos fueran económicamente asequibles, como esta cena, digamos, nunca podrían elevar la probabilidad a la unidad, con lo que siempre es posible que otra teoría en la que no hemos pensado nunca sea la verdadera, y digo verdadera pues no sabría como usar otra palabra que reflejara nuestra ignorancia insalvable.

Ni ella ni yo habíamos probado bocado del segundo plato y pareció el momento de cumplir con la cortesía y las buenas maneras mordisqueándolo y fingiendo un apetito que al menos yo había perdido. Así que me lancé a un discurso improvisado e interesado.

—Cuánto me alegra lo que me has contado, querida Lourdes, pero por razones quizá inadecuadas. Yo pretendía acercarme esta noche a ti con intenciones no muy santas y héteme aquí que tú tocas una fibra muy íntima y lo haces de manera totalmente inesperada. Pero ¿cómo es posible que una mujer joven como eres, y más que lo eras en esos años, pueda entregarse a un tipo... perdona mi lenguaje, pero son ya muchas copas, que solo pretende, digo yo, construir casas o lo que sea, aunque fueran iglesias, en un mundo del que no sabemos nada? Y mientras tú aquí en casa de tus padres viendo como tus amigas se ennoviaban de verdad y honraban sus hormonas. Lo

tuviste que pasar fatal y me extrañaría mucho que no se lo hicieras pagar a tu marido cuando finalmente os casasteis. No me siento mal preguntándote ahora mismo si fuiste feliz con ese hombre, si te satisfizo vaya, si perdiste la cabeza aunque fuera por unos segundos.

Callamos unos minutitos mientras nos ofrecían el famoso postre de la casa que aceptamos sin rechistar. Ya quedábamos pocos en el restaurante y quizá por eso Lourdes sonrió y fue muy franca:

—No Jon, nunca, ni un segundo fui feliz. Este marido no hizo sino aprovecharse del dinero de mis padres, o mío una vez heredado, para sus aventuras de todo tipo. Las arquitectónicas fueron lo de menos. Las más horribles fueron los constantes engaños que comenzaron con los imprescindibles —según él— viajes y poco a poco se fueron extendiendo a esta Ciudad nuestra tan poco discreta y tan dada a la murmuración. Se dijo de todo y todo lo que se dijo era cierto. No me quedaba más que Esperanza que hizo lo que pudo por ayudarme y por tener en mí una confidente, pues tampoco a ella le fueron las cosas tan bien. Aunque ella tuvo hijos y eso te da fuerzas para resistir lo que sea. Pero ahora que esos niños son ya mayorcitos pierde resistencia y se empieza armar contra cualquier enemigo, real o imaginado. Yo nunca le he traicionado con su marido, pero empieza a sospechar, y por consiguiente pretende echarme en tus brazos.

—No me gusta ser utilizado, pero en esta ocasión creo que se lo voy a tener que agradecer —sonreí pícaramente, mientras pedía la cuenta—. Venga, Lourdes, empecemos esta noche, déjame contarte mis manías y lo poco que yo te puedo ofrecer. Solo algo de Teoría del Conocimiento. El resto es muy poco y muy poco ortodoxo, pero ¿quién sabe? igual tú me lo permites.

Salimos en dirección al mercado. Lourdes le había dado la noche libre al conductor y por allí había una parada de taxis. Tomamos el primero y para cuando yo introduje mi cabeza en el asiento de atrás, después de franquearle la puerta a Lourdes, ella ya había dado su dirección al taxista. Tardaríamos en llegar y no era el caso de entablar una conversación que continuara la del restaurante. Así que tanteé un acercamiento al objeto de mi manía secreta.

7

Agradecí tu presencia en el funeral de mi padre así como la de muchas de nuestras amigas de tertulia. Su cuerpo, desde hace mucho tiempo semi-atrofiado, llegó en su féretro a la parroquia casi cuarenta y ocho horas después de que falleciera en esa clínica cercana a los astilleros en los que había trabajado mientras su cuerpo aguantó, y desde los cuales puso en marcha no pocas operaciones arriesgadas en favor de los perseguidos junto con otras personas que entre ellas se reconocían y que yo quise identificar en algunos ancianos que, todavía bien plantados, acudieron también a esa iglesia que se encuentra casi al lado del piso que fue del abuelo de Machalen, a la que algún día conocerás. Había tenido tiempo de traer el cadáver a casa, de velarle junto a mi madre, con mis hermanas y otros parientes y también de poner una esquela en el periódico que siempre se recibió en mi casa y que apareció al día siguiente anunciando este funeral.

Y te lo agradezco doblemente porque, como no pude asistir a la última merienda en tu casa y no sé si Lourdes te explicó la razón, pensaba que igual estabas un poco dolida por mi ausencia. Han sido días muy duros que tampoco me han permitido acudir a mis clases. Estaba claro que aquel cuerpo ya no tenía fuerzas, pero además su dueño cogió una especie de neumonía que le producía una tos que sonaba como el quejido de un herido en las trincheras y que no le permitía respirar. Me aseguraron los médicos de esa clínica en la que no tuve más remedio que ingresarlo que lo único que podían hacer era eliminar el dolor que pudiera brotar de un cuerpo agotado.

Los sedantes le mantenían semi-inconsciente, de forma que no cabían las miradas de reconocimiento y sí, solamente, las caricias en aquel rostro que había sido tan expresivo en mi niñez y ahora parecía el de una momia. Mi madre pasaba todo el tiempo sentada en una butaca de la habitación de la clínica y solo se levantaba

para atender a algunas de las escasas visitas que ella misma había solicitado entre esas amigas suyas que le habían distraído acompañándole durante los últimos años en los que ya su presencia al lado de mi padre no era necesaria, pues por las noches era atendido en sus necesidades por un enfermero especializado.

No fueron muchos días, y conté con la ayuda de mis hermanas, que se turnaban conmigo en la cama supletoria de la habitación de la clínica para tranquilizar nuestras conciencias y asegurarnos de que no espiraba solo. Perdona que te cuente estas cosas un tanto siniestras, Esperanza, pero seguro que me dejarás utilizarte un poco para comenzar mi duelo. Hace dos días había yo vuelto a casa después de una noche extrañamente tranquila y me había quedado dormido después de asearme cuando mi segunda hermana llamó para dar la noticia. Volví a la clínica y no me fue difícil negociar con su director gerente que me permitieran llevar el cuerpo a casa como si se tratara de hacerlo para que muriera entre los suyos y en su cama y no entre las esterilizadas paredes de la clínica. Por la tarde llegaría el médico de cabecera para certificar su muerte y yo iría a la agencia funeraria en la que mi madre hacía años que iba pagando el seguro de defunción, para que se encargaran de realizar los trámites del funeral y del enterramiento y redactar el texto de la esquela.

Poco recuerdo del funeral pues yo ocupaba el primer banco con mi madre, hermanas y otros familiares, a la salida no tuve tiempo de saludar a la gente que se acercaba a comunicar su pesar y transmitirnos sus condolencias pues me apremiaba la funeraria para que nos desplazáramos cuanto antes al cementerio de la Ciudad, donde la familia poseía un panteón que ya casi estaba a rebosar, tal como me hizo saber el enterrador jefe con evidente delicadeza y respeto por el momento.

El cura, que no se cómo había llegado, leyó las preces correspondientes, lo que dio tiempo a la llegada de muchos amigos y parientes que acompañaron algunos cánticos fúnebres mientras los empleados del cementerio levantaban el féretro para introducirlo

en el panteón. Ese es el momento que yo elegí para depositar sobre el féretro una hoja del árbol de Guernica que hacía tiempo había encontrado entre las hojas de un cuaderno de dibujos de mi padre, que reposaba sin ser utilizado no hace menos de veinte años en un cajón de su mesa de despacho.

Nadie pudo ver lo que era y así mi padre fue enterrado con el mismo secreto que siempre había rodeado su figura. He dedicado varios días a acompañar a mi madre y recibir a las visitas, pero ahora que ya decae el flujo de personas que pretextan un conocimiento inexistente para entretener sus tardes tengo que tomar las riendas de mi vida solitaria. Ya he vuelto a dictar mis clases, sin corbata de luto por cierto, pero no he tenido ganas de retomar la organización de las meriendas intelectuales ahora que ya casi se acaba el curso.

Sin embargo ha llegado el momento de que nos veamos tú y yo pues tenemos más de un asunto pendiente. Quitémonos de encima el asunto de la ayuda a la universidad. Tenemos que reunirnos con los socios de tu marido. Me refiero a las autoridades académicas y a ti y a mí que somos los que hemos convencido indirectamente a estos señores de la Ciudad de que ya es hora de que se haga un gesto en favor de lo intelectual.

Los Altos Hornos ya no brillan como solían en las noches claras, los astilleros no tienen una gran cartera de pedidos pues esta pequeña recesión se hace notar en el transporte de mercancías y la banca que sostiene todo esto tiene que repensar su estrategia. Las noticias llegan sobre nuevos negocios que prosperan fuera relacionados con la gestión empresarial y con la consultoría que pretende someter la práctica a la criba del pensamiento abstracto.

Este sigue sin ser urgente en los pequeños negocios de máquina herramienta que florecen y exportan, pero quienes tienen sentido de estirpe miran más lejos en el tiempo y parece que comienzan a interesarse no solo en la gestión y la consultoría sino también, y muy a pesar suyo, en el funcionamiento del sistema económico y en la manera de hacer política económica desde el

gobierno, al que hasta ahora solo han mirado como ese obstáculo fácil de saltar para obtener licencias de importación y para favorecer los contactos internacionales que faciliten las exportaciones.

Todo esto no es gran cosa y desde luego no tiene nada de divertido, pero es lo que me comprometí a hacer y gracias a ti, mi querida Esperanza, estoy a punto de conseguirlo. Quiero un premio, y no me refiero a que podría llegar a ser un vicerrector muy joven. No, me refiero a tu compañía especial.

Todo lo mezclo y todo lo confundo. No podría encontrar trabajo en una de esas consultorías que brillan precisamente en la racionalización de los procedimientos de trabajo y de toma de decisiones. Esto es lo que me dirías tú y yo me dejaría reprochar la incoherencia porque creo saber que esos reproches lejos de alejarme de ti me acercarían a esa faceta tuya que cada día en este curso ha ido aflorando en ti y que, si me lo permites, me recuerda a los contoneos de playa que hicieron nacer en mí la persecución de autenticidad por caminos extraños y rebosantes de misterios que solo tú y yo juntos podremos desentrañar.

Te pedía una seña, pero su oportunidad, de momento y a causa de la muerte de mi padre, no parece ni mucho menos clara. Sin embargo ahora la necesito más que nunca pues me encuentro en una encrucijada. O bien aprovecho la ocasión que los nuevos contactos me van a proporcionar y me acerco a tu mundo dispuesto a trabajar para un jefe no bien definido paro fácil de identificar, o bien rompo definitivamente y, como mi padre, me escondo detrás de la indiferencia social para dedicarme a aventuras secretas de todo tipo. Puedo, si quiero, descansar en la rutina de mis clases, en el entusiasmo perfectamente describible de aportar al conocimiento y aprovechar los congresos para continuar mi colección viciosa que, por cierto, tengo bastante abandonada en buena parte por tu cercanía, que eleva un poco mi espíritu hacia cotas menos torpes.

Solo te pido que te acerques un poco más antes de que acabe el curso y me hagas saber que no juegas a esto o bien que, como

yo ansío, me des una prueba de tu espíritu libre y explorador que me haga concebir esperanzas que al menos me aturdan un poco en estos días de duelo.

8

Tu marido presidía la reunión que se celebró en vuestra casa. Alrededor de la mesa del comedor de la que yo solo había tenido una visión fugaz en alguna de las meriendas intelectuales cuando tú te levantabas, corrías una puerta y volvías con una cucharilla o cualquier otro accesorio. Era una mesa muy sólida y muy grande alrededor de la cual se sentaban señores bastante mayores que yo o eso me parecía a mí. Por un lado el rector de la universidad pública en la que yo trabajo junto con el decano que ya conoces y por otro lado, estos amigos o socios o lo que fueran de tu marido, bastante más mayor de lo que yo imaginaba. En una esquina estaba yo, el único no encorbatado.

Cada uno de los asistentes teníamos delante de nosotros una carpeta con nuestro nombre y un contenido supuse que homogéneo en el que destacaban unos estatutos y un presupuesto, además de un borrador de convenio. Tres piezas relacionadas con la cátedra especial que algunos señores de la Ciudad, conocidos como empresarios, estaban dispuestos a dotar si ellos y la universidad conseguían llegar a un acuerdo.

Me resultó extraño que no estuvieras tú aunque, después de pensarlo, creí darme cuenta de mi sesgo pues relacionaba sin querer esa cátedra con los exquisitos tés que durante todo el curso se habían servido en vuestra casa una vez al mes. Una relación que, de todos modos, no hubiera resultado tan tonta pues estaba claro, al menos para mí, que si tu marido era el líder de los señores que pondrían el dinero debía ser por las muchas cosas que tú le habrías

contado sobre esas meriendas por las que habían pasado la flor y nata del claustro.

El rector fue el primero en tomar la palabra para resaltar esa circunstancia tan poco habitual de la unión de la calidad de no pocos miembros del claustro y de su aparente disposición, poco corriente entre los catedráticos, a trabajar duro para colocar a esta universidad entre las mejores de Europa. Y como colofón de su intervención, nos remitió al borrador de estatutos en los que se ponían negro sobre blanco estas ideas en toda su generalidad. Agustín, que resultó ser el nombre de tu marido, respondió elegantemente diciendo que los allí reunidos estaban dispuestos a firmar un convenio que diera vida a esos estatutos, pero poniendo un cierto énfasis en la parte empresarial de la colaboración.

Decía estar seguro de que la universidad contaba con personalidades de reconocido prestigio en otros campos más científicos que, aunque sin duda podían colaborar a elevar el prestigio de esta universidad asociada a nuestra Ciudad a través de sus contactos en el circuito mundial, su movilización, pensaba él, debería recaer principalmente sobre las espaldas del gobierno y no tanto sobre una simple asociación de empresarios. A instancias del decano yo traté de justificar la especialización en la que parecían querer incidir los empresarios allí reunidos.

Déjame hacer en este punto un pequeño paréntesis para explicarte que casi me entró la risa, pues mis palabras eran casi las contrarias a las que había utilizado en mis intervenciones en las meriendas intelectuales que tú organizas. Me largué un buen discurso sobre las enormes posibilidades que abría la consideración de la empresa y sus avatares multifacéticos en un mundo en el que las verdades económicas empezaban a flaquear. Estas verdades estaban asentadas sobre modelos matemáticos cuyos supuestos implícitos eran de una simplicidad alarmante.

El mundo no es una máquina sencilla en la que los inputs entran por un lado y los outputs salen por otro. La empresa era,

de hecho, un mejor modelo para entender el mundo en su faceta económica. Un mundo con una enorme complejidad de acuerdo con la cual predecir era prácticamente imposible y en medio de la cual un pequeño incidente en una planta de producción de automóviles en Detroit podría generar un verdadero revuelo en toda la economía nacional de otro país distinto a los Estados Unidos de América. Era esa complejidad sobre la que había que trabajar para lograr acercarnos un poco a su descripción y a su utilización para tomar decisiones informadas por los Consejos y la alta dirección de las empresas. Y esta complejidad se daba precisamente en el seno de las empresas como las que allí, en la mesa de tu comedor, Esperanza, estaban representadas.

Teniendo en cuenta el origen de esos hombres que parecían dispuestos a dejar entrar el aire de la renovación intelectual, me extendí en la comparación entre la física teórica tan llena de sorpresas intelectuales y la ingeniería, sobre la que ellos seguramente sabían todo dada su formación en la Escuela de Ingenieros de la Ciudad, acerca de la que les interrogué, aunque ya conocía las respuestas.

Era justamente lo que ellos querían oír y algo muy contrario a mis verdaderas creencias, como tú sabes bien. Pero no me avergüenzo pues he aprendido a tener todos mis mundos aislados entre sí sin intentar una unificación cuya obsesión se debe únicamente a la religión en la que los habitantes de esta Ciudad hemos sido educados. El decano me miraba asombrado, pero reprimió su comentario para dejar expresarse a esos amigos de tu marido que parecían bastante contentos y que pasaron a considerar el presupuesto que podrían dedicar a esta cátedra especial.

«Habría que seguir hablando», dijeron, pues a la luz de lo compartido alrededor de esa mesa tan sólida, era muy posible que otros empresarios con las mismas preocupaciones que los allí presentes aceptaran cooperar en la financiación de una cátedra especial e incluso pudieran aportar sus ideas a la organización general de la operación. La reunión se acabó entre comentarios

banales sobre la coyuntura económica y los universitarios nos despedimos pretextando, con una sonrisa que quería sembrar la duda, que teníamos que preparar las clases del día siguiente. Yo recogí la carpeta que llevaba mi nombre y la introduje en mi cartera de profesor, mientras me despedía tibiamente de los *capitanes de empresita*. Volví al centro de la ciudad con el decano, que me dejó cerca de mi casa, no lejos de la suya.

La sorpresa del día todavía estaba por llegar pues al sacar de la cartera la carpeta para depositarla en el fondo de algún cajón, volví a echar un vistazo a su contenido y me encontré con un sobre con la dirección en blanco en el que no había reparado durante la reunión. Te había pedido una seña pensando en algo como un guiño de ojo y he aquí que me sorprendías con toda una misiva en la que me emplazabas a acompañaros a Lourdes y a ti a Francia el próximo viernes a hacer las compras para el verano, saliendo el jueves por la tarde, un esquema que sabías cuadraba con mis obligaciones. No sé qué hago reproduciéndote lo que tú misma habías redactado, solo sé que aquello me satisfizo de una forma extraña sea por su tono o sea por cierta ironía subyacente a un texto que parecía escrito a dos manos. Temí que todo fuera un juego, pero decidí correr riesgos y seguir las instrucciones, bien simples por cierto. El jueves a las cuatro de la tarde me recogerían en el parking de la estación llamada «del Norte» sita en la llamada «Plaza Circular».

Como ya conoces el resto me limito a contar, más bien para mí mismo, los sentimientos de aquella escapada. La cena del jueves en el *Café de París* de Biarritz fue rápida y muy divertida gracias al buen humor, raro en ella, de Lourdes. La noche muy larga y más que satisfactoria. Si recuerdas, yo llevaba conmigo mi cartera, pero su contenido no era el habitual pues mis instrumentos de trabajo se habían quedado en el despacho de le Facultad y habían sido sustituidos por una muda, el neceser y un cuadernito de tapas blandas en el que yo suelo tomar breves notas sobre las características de la última pieza de mi colección y que luego son

trasladadas al cuaderno de tapas duras convenientemente enriquecidas de una forma que yo me atrevería a llamar poética.

Espero que te agrade saber que ese cuaderno de tapas blandas que llevé conmigo permanece en blanco pues no aproveché tu breve sueño para apuntar nada ya que nada tenía que anotar. Habíamos bebido bastante, pero no fue eso sino una especie de llegada a la meta lo que me hizo comportarme como un jovencito enamorado musitando palabras de amor al estilo de un escritor ruso romántico. Fuiste mi primer amor en la playa de aquellos veranos infantiles y a pesar de todas mis aventuras intelectuales, deserciones y desapariciones nunca te había olvidado, y por lo que vi tú tampoco me habías olvidado a mí.

Si no hubiera sido porque ambos no andábamos mal de experiencia amatoria esa noche hubiera parecido una noche de bodas en la que se mezclan las declaraciones con los jadeos y las sorpresas. Nada de esto hubo pues tu cuerpo se acopló al mío, y el mío al tuyo, como si lleváramos años descubriendo recovecos de una cueva prehistórica. Nada memorable me temo, excepto la fuerza extraordinaria con la que apretabas mi espalda como si te agarraras a un bote salvavidas. Nos dormimos cuando comenzaba a amanecer y cuando yo desperté tú ya no estaba allí.

Supuse que Lourdes y tú habíais acudido a las boutiques más chic para no dejar de examinar ninguna de las novedades y también, supongo, para comentar y chismorrear sobre esta escapada y sus resultados sin dejar que ningún pensamiento oscuro ensombreciera la alegría infantil que parecía embargar a los tres pero sobre todo a vosotras las mujeres. Llegamos ya de noche a la Ciudad y fui depositado en el mismo lugar en el que había sido recogido el día anterior. Ni una palabra de amor y solo un mensaje escueto cuya única gracia, recuerdo haber pensado, era que quizá Lourdes no lo entendió: «Observarás pronto otra seña y espero que te guste».

9

Como sabes muy bien, porque tienen lugar en tu casa, las meriendas intelectuales continúan y su preparación va encontrando su formato definitivo que casi invariablemente, te cuento ahora, acaba como aquella primera vez cuando después de cenar Lourdes y yo tomamos un taxi para volver a su casa. Me temo de todas formas que tu intención, Esperanza, no se ha cumplido del todo. Son noches muy satisfactorias y también muy discretas porque los jueves Lourdes da libre al servicio hasta la mañana siguiente y el mismo taxi que nos llevó hasta su casa está en su puerta a una hora muy temprana para devolverme a la casa donde vivo en el centro, en el nuevo apartamento que por fin he adquirido.

No me pesan las clases pues el teatro que conllevan es justamente la razón de la elección de profesión que hice un día como seguramente sospechas. Tampoco me llevan mucho tiempo las meriendas intelectuales ya regularizadas y, de hecho, es posible que dentro de poco tiempo surtan el efecto que la universidad buscaba y podamos entronizar la primera cátedra subvencionada con una dotación que muy bien podría servir para atraer a la Ciudad, y concretamente a la Facultad donde presto mis servicios, a alguien de cierta fama intelectual. Lo que me pesa y mucho es la conciencia de que a mi padre no le hice en vida todo el caso que hubiera debido hacerle.

Todo esto pasará antes o después, pero mientras tanto me gustaría que tú y yo fuéramos capaces de hablar con franqueza. Tenemos que cerrar un círculo que comenzó a formarse hace ya bastantes años y que, con una interrupción muy larga, nos ha traído otra vez uno al lado del otro. Tu amiga Lourdes no va a arrancarme el deseo de que seas para mí algo más que la organizadora de unas meriendas intelectuales más o menos interesantes, pero también tontamente rutinarias, o la amante ocasional y poco

entusiasta. Quiero cerrar esta *gestalt* y para ello tengo que hacerte el amor de manera más regular, pues nada menos íntimo calmará mis ansias, esas ansias que creo que están en el origen de esta manera mía de vivir que empieza a resultar un poco excesivamente aleatoria para un hombre de mi edad.

Ya sé que ni quieres ni puedes alejarte de tu familia, especialmente de tus hijos, pero no creo que tu marido te necesite tanto como sospecho que tú piensas. La división del trabajo que practicáis con su correspondiente especialización puede durar toda la vida e incluso puede ser cierto que dentro de muchos años os felicitéis por haber elegido esa forma de vivir. Pero ahora mismo pienso que tú necesitas algo que ni tu familia ni tus periódicas preocupaciones intelectuales complementadas con lecturas que me consta realizas, sean suficientes para que seas feliz, realmente feliz.

Hagamos una prueba, una escapada discreta aunque un poco más larga que la de Barritz, y hablemos después. Doy por descontado que no tengo manera de arrastrarte conmigo y pienso que, aun si la tuviera, no debiera hacerlo pues tu marcha podría hacer mucho daño a mucha gente incluida tú misma. No se te ve una cara radiante, pero sí lo suficientemente sonriente como para poder pensar que estás contenta. Pero yo no lo estoy por razones obvias que no tengo que explicarte. Quiero tener la oportunidad de poder comentar largo y tendido, una vez satisfecho el deseo, como nos conocimos, de que manera yo te perseguí para coincidir contigo en el autobús cruzando yo la ría y como más adelante nos seguimos encontrando diariamente, tal como recuerda Lourdes.

También sé que luego las circunstancias de mi vida me llevaron por caminos raros de los que no me arrepiento y de los que me gustaría hablarte pues nadie que no seas tú me va a entender. Quiero que nos pongamos al día de nuestras andanzas durante esos años. Que me cuentes tus amoríos y también si alguna vez te acordaste de mí. Y yo quiero contarte, no mi breve y triste matrimonio, pero sí mi extraña relación con Machalen, de la que nunca te he hablado y que creo no se va a romper nunca a juzgar por

nuestra correspondencia periódica. Sí, esa directora de orquesta de nuestra Cuidad de la que quizá hayas oído hablar y con la que sigo teniendo una relación a distancia llena de pompas de jabón que nuestras cartas mantienen en el aire cualquiera que sean las circunstancias. Viví dos años con ella, dos años llenos de verdad y también de sexo, pero de un sexo distante, si esto tiene algún sentido y no es una mera frase vacía.

No hace falta que te diga que lo que te estoy proponiendo me parece hasta grosero y que entendería si me dieras un bofetón y me echaras de las meriendas intelectuales. Pero dime de verdad si crees que eso cerraría la herida o sería solo como taparla con una simple tirita pensada para rasguños poco profundos. Entre tú y yo siempre ha existido el malentendido de la clase social. Yo soy para ti un hombre de la margen izquierda, viajado eso sí, pero de una clase que tuvo que dejar de veranear en la margen derecha y que, por razones que quizá te han hecho ver, no pertenece a ningún club de gente bien y lo que es peor, que parece no querer pertenecer ni a esos clubs ni a nada.

Pero si te explico mi caso estoy seguro de que muchas de tus pretendidas convicciones se derrumbarán y tú y yo podremos por fin trabajar codo con codo para dejar que corra el aire y que no solo se olviden las diferencias sino que se haga de ellas un caldo de cultivo de donde nazca una nueva cultura que cambie la Ciudad y permita que nuestros hijos sean libres y capaces de ser dueños de su destino. No importa lo que quieran ser profesionalmente, pueden ser estibadores de nuestro puerto, médicos, abogados, arquitectos, filósofos o incluso curas o monjas, pero tienen que ser ellos mismos y no lo que una sociedad amedrentada quiera para ellos. Su desarrollo personal no puede estar condicionado por los señores de la Ciudad de los que dependan y para que esto sea cierto es necesario que por la bocana del puerto sigan entrando, junto con las cargas de hierro, algunas ideas frescas incluso si para que lleguen hay que salir a buscarlas a bordo de un remolcador de altura.

Déjame contarte por qué razón yo me tengo como uno de los patrones de esos remolcadores, un miembro de una sociedad

secreta sin listas de entrada ni de salida que comparte con otros de esos patrones la misión por nadie encomendada de superar diferencias y de no permitir las condenas sociales que, o bien hacen sufrir lo indecible o acaban formando personalidades rebeldes que, sin causa alguna, prefieren ir a la contra de todo. Todo esto es muy importante para mí y pienso que tú lo vas a entender a la primera aunque no creo que no lo entiendas ya. Creo más bien que en tu vida has alcanzado un arreglo suficiente para ser razonablemente feliz.

Pero mira a tu amiga Lourdes. Ella no es feliz a pesar de todas las cesiones que se obligó a hacer, su sonrisa es triste incluso en esa cama que estoy seguro sabes que compartimos de vez en cuando. Y la razón de su tristeza no es ni de lejos la que ella se cuenta a sí misma. Se trata más bien de la imposibilidad de mirar de frente a estas cosas que te estoy contando. Los tres podríamos fundar nuestro seminario secreto y definir las materias a tratar de la manera que deseáramos. Piénsalo, Esperanza, y el jueves hazme una seña. Y si te parece que ese día está lejos, déjate ver. Tú sabrás cómo. Yo, por mi parte, creo que tengo que estar en casa haciendo más llevadero el luto de mi madre, con la que todavía tengo que hablar sobre las actividades secretas de mi padre. Quiero que ella sepa que fue el silencio de mi padre lo que hizo surgir en mi la locuacidad que algunos me atribuyen.

10

Hoy he recibido la invitación, Esperanza, y francamente no sé cómo tomármela. El hecho de que haya llegado a mi despacho de la universidad en sobre cerrado y con el remite impreso de tu marido parece indicar que no se trata de una simple cena entre amigos organizada para comentar los detalles de una posible singladura por el litoral de nuestro mar tal como indica su

texto. Pero esta misma formalidad también revela que nuestro no tan entusiasta reencuentro en Biarritz permanece en el secreto de manera que contamos con la discreción de Lourdes.

Así que no encuentro otra explicación a este empujón hacia mi integración social que no sea que se trata de un plan urdido por mujeres para acercarnos a Lourdes y a mí. Una explicación ésta que se me antoja bien triste aunque no fuera por otra razón que la que me hace sentirme movido por unos hilos que no sé quien maneja y lo que es peor, que si quiero enterarme de algo tengo que acudir a ese almuerzo con no sé quien, además de Agustín y tú, en un lugar en el que tengo jurado no poner el pie.

La razón de esta determinación no te sonará del todo nueva pues creo que te la he explicado, pero en cualquiera de los casos pienso que quizá pueda servir para dar una vuelta de tuerca a esta suave relación nuestra para lograr tratarnos tú y yo con mayor hondura. Mi padre perteneció a ese club, algo raro puesto que él, mi padre, vivía en el primer ensanche y este selecto club estaba situado en el lugar más flamante de lo que comenzaba a ser el lugar de residencia invernal de aquellas familias que contaban con automóvil y conductor para los desplazamientos desde el centro al Abra o a la inversa.

Había pasado mucho tiempo desde que había comenzado ese movimiento propio de la margen derecha, pero todavía en mi juventud era un tanto humillante tener que confesar que uno no pertenecía a ese club. En mi ingenuidad que tanto tardé en superar inquirí en casa por qué razón no pertenecíamos a ese club y la explicación breve y tensa fue que, después de la guerra, la Junta Directiva había solicitado que se pagaran las cuotas que no se habían satisfecho durante la contienda cosa que, según mi madre, no podían hacer mi padre y ella por falta de recursos. Nunca utilicé esta explicación para justificar mis ausencias a ciertas reuniones juveniles cada vez más frecuentes, pero mi natural curiosidad me llevó a realizar pesquisas por mi cuenta. Y de lo que me enteré se deriva mi postura férrea.

Mi padre había sido apartado del club después de la guerra por no ser, como se decía entonces, «de la situación», cosa que desde luego era cierta. Las presiones de mi madre para que solicitara de nuevo el ingreso fueron rechazadas por mi padre de una forma tajante y sin una gota de humor. El debía saber quien le echaría bola negra y no estaba dispuesto a pasar por semejante humillación. Así que los *pinnacles* de mi madre y sus amigas deberían seguir teniendo lugar en domicilios privados y yo tendría que arreglármelas por mi cuenta.

Yo me tomé muy en serio esta última admonición a pesar de que mi madre tenía razón y hasta los descendientes de famosos perdedores de la guerra ya habían sido readmitidos. «No fue doblegado» podría haber sido mi divisa si me hubiera tomado más en serio estos hechos más o menos inventados y hubiera adoptado una postura activa en lugar de cultivar mi identidad única soñando con los cafés del barrio latino en la plaza de Saint Germain que con el tiempo, como sabes, he llegado a conocer mejor que nadie.

Ya sé que no entiendes de lo que te hablo, pero yo sé lo que me digo y he llegado a cuidar de la continuidad de esa otra sociedad con bolas más que negras cuyos componentes se reconocen con la mirada y se identifican a sí mismos como los patrones de los remolcadores de altura y tienen que vivir, aunque solo sea simbólicamente, en la margen izquierda para estar más cerca de la bocana del puerto.

¿Qué pinto yo en esa comida de dentro de unos días? me he preguntado una y otra vez y la respuesta no acaba de llegar a mi mente. No quiero creer que es un paso hacia mi integración en el mundo de los amos. Esta integración hubiera sido más fácil si no me hubiera dedicado a lo que me dedico, algo que me señala como un simple funcionario del Estado, uno de los estadios menos apreciados de la escala de capataces. Si lo he hecho es justamente para castrar de raíz cualquier debilidad deslizante hacia la traición a mi estirpe. Tampoco puedo imaginar que lo hago para medrar dentro del grupito de funcionarios del Estado que viven en la Ciudad.

Ciertamente mi ayuda para conseguir fondos en la que ya he hecho mis primeras armas me singularizarían como alguien especial dentro de ese grupo, pero es que no quiero ser visto como un funcionario, aunque menos todavía me gustaría formar parte del cuerpo docente de la universidad privada en la que comencé mis estudios porque estos sí que no son más que meros capataces, tan humillados que hasta se sienten orgullosos de serlo. ¿Por qué entonces? «Debe ser amor», acabo diciéndome a menudo. Amor por ti, Esperanza. Esta es la explicación que más me gusta para llegar a entender el porqué estoy a punto de contestar aceptando la invitación a comer en ese club en el que además atracáis vuestro barco.

Pero tampoco me satisface del todo pues no estoy seguro de que este amor no sea más que una pulsión hacia la clausura de una falla en mi ser auténtico. Quizá tengo la necesidad de estar seguro de que la búsqueda de la autenticidad no encubre más que el vacío más absoluto. Solo este convencimiento, cuanto más firme y contundente mejor, será el último obstáculo que tenga que salvar para no ser nada y por lo tanto, haber alcanzado la sabiduría.

Cuando hayas leído hasta aquí esta nota que, como todas, te llegará a través de Lourdes, pensarás que voy a disculpar mi presencia en ese almuerzo náutico. Releo lo escrito hasta aquí y entiendo esa conclusión, pero es que más allá de mi capacidad de análisis está mi vocación de espía y quiero saber, como quien dice, cómo utilizáis la pala de pescado. «Quiero conocer a mi enemigo para ir perfilando mi plan de destrucción» me digo, y sé que me engaño en parte y que minusvaloro vuestra capacidad de defenderos. «Ya luchamos y perdieron los míos», me dice mi terror, pero aun así sé que, dentro de unas horas voy a llegar allí en un taxi. Continuaré esta nota después del almuerzo para hacerte saber mis impresiones y la explicación que crea verdadera de mi decisión respecto a la excursión de cabotaje.

* * *

Ya lo has visto, pero no sé si lo has entendido y tampoco sé si lo entiendo yo. Sois tres matrimonios que en invierno cazáis en una u otra de vuestras fincas y en verano os juntáis para bellas singladuras. Ellas son asiduas a tus meriendas y ellos son, junto con tu marido, los que mejor me cayeron en la reunión celebrada a fin de ir perfilando las características de la cátedra especial. Parecería una confabulación, tal como sospechaba, para acercarnos a Lourdes y a mí y eso me retrajo de dar mi conformidad ya. Tendría que mirar mi agenda para recordar las fechas exactas de los congresos de verano para estar seguro de mi disponibilidad en los días apropiados para estos hombres de empresa llenos de responsabilidades.

Eso es lo que pretexté para no cerrar allí mismo mi conformidad. Pero tú sabes bien, Esperanza, que otra sería la causa de mis dudas. Desde Biarritz tengo unas esperanzas infantiles en que un día tú y yo podremos juntos comenzar la redención de la Ciudad, y cualquier carantoña pública a Lourdes a bordo de vuestro barco puede constituir mi renuncia a esas esperanzas, pues jamás frustraría las ilusiones de la triste viuda en caso de que tales ilusiones fueran reales.

El barco no era tan grande como yo había creído al principio del almuerzo y eso fue el pretexto de bromas que, he de confesarte, no me parecieron de buen gusto. Iba a ser un problema ubicarnos a las dos personas libres las noches que no atracáramos para dormir en un hotel, quizá solo una noche. «Ya nos arreglaremos», interrumpiste tú en buena hora pues mi sentido del humor tiene sus reglas, que por lo visto no son sino otra de mis rarezas. Lo que me decidió en cualquier caso fueron tus sugerencias de que yo podría disfrutar de una bonita conversación con esos otros matrimonios cuyos varones tenían una gran afición y no pocos conocimientos sobre esas materias que a mí me gustaban a juzgar por mis intervenciones en las meriendas. «Y por lo que me dejas traslucir en tus notas secretas», pensé yo que tu pensarías, pues ciertamente es en misivas como esta en donde me expreso más libremente.

La conversación se alargó justamente por caminos de filosofía-ficción y yo traté de hacerles pensar que se perderían algo serio si finalmente yo no podía embarcar. Esta actitud mía es parte de mi deseo de venganza, un deseo que se exacerbó cuando reconocí a aquel joven de la margen derecha que hace muchos años allá en Dublín había tenido la amabilidad de sugerir mi entrada en una especie de club de debate, una sugerencia a la que ni siquiera había respondido a la vista del sermón que me endilgó sobre la indigencia moral de la masturbación. Y todavía se exacerbó más cuando él y la que supongo sería su mujer se levantaron de su mesa, se acercaron a la vuestra y os saludaron a vosotros y a vuestros amigos, sin siquiera reconocerme él a mí.

Pero justo en ese momento tú pusiste de manera natural tu mano derecha sobre mi brazo, y expresaste tu deseo de que mi agenda me diera permiso para poder incorporarme al crucero intelectual. Mi venganza dejó de ser solo destructiva y se deslizó hacia la parte constructiva que mi pertenencia implícita a esa inexistente sociedad secreta de patrones de remolcadores de altura me prohibía. La reminiscencia de mis años mozos me trajeron a mi cabeza un fragmento de un poema de Rilke que expresa mucho mejor que yo lo que aspiro a poder decirte un día cuando tú y yo, Esperanza, hayamos conseguido que la vida de nuestra Ciudad sea un ejemplo de Atenas moderna en la que lo importante sea transformar el oro en luz y no al revés. Creo que es una quintilla del *Libro de la Pobreza y de la Muerte*, pero eso es lo de menos. Te la copio.

Du aber bist der tiefste Mittellose,
der Bettler mit verborgenem Gesicht;
du bist der Armut große Rose,
die ewige Metamorphose
des Goldes in das Sonnenlicht

11

Ha sido divertido dejarme asesorar por Lourdes para equiparme para el crucero. Contigo no hubiera sido lo mismo en muchos sentidos. Somos casi nuevos el uno para el otro aunque nuestro recuerdo mutuo se remonte muchos años hasta aquellas épocas inocentes de la infancia. Tu eres una mujer casada y con una buena reputación de solidez conyugal según me cuenta Lourdes, una viuda ella misma que nadie parece recordar que estuvo casada.

Yo no hubiera prestado atención al equipamiento, si hubieses sido tú la asesora, pues habría dedicado toda la que tengo a observar tus manos acariciando las camisas o los polos que ese verano «se llevan», según expresión que odio, a no ser que seas tú quien la use, pues no consigo hacerme a la idea de que tú eres una de ellos y no una infiltrada estable con obligación de contactar periódicamente conmigo para darme el parte de sus actividades.

Así que se lo pedí a Lourdes que muy eficazmente hizo la lista de lo que no podía dejar de acarrear a bordo, todo ello dentro de una bolsa que sería como mi seña de identidad no solo entre el pasaje sino también frente a los tres marineros que, desde hace años, cuidaban de este barco vuestro cuyo nombre no he pillado todavía. Las alpargatas resbalan sobre la cubierta reluciente así que necesitaba unas zapatillas de suela de goma y muy ligeras. Pantalones cortos y de diversos colores para hacer juego con los polos en lo que sería el uniforme de las bordadas antes de echar el ancla y prepararse para un baño en el mar o para una aventura en la zodiak, ocasiones para las cuales los trajes de baño no podrían ser de ninguna manera de la temporada pasada.

Lo más complicado ha sido, sin embargo, el atavío de noche para cenar ya sea a bordo ya sea en puerto. Nunca había tenido yo pantalones de colores chillones y por lo tanto, tampoco estaba en posesión de camisas adecuadas o de zapatos discretos pero que

entonaran con esos nuevos pantalones. Toda esta actividad no duraría más de una semana pero prepararme para ello me costó el sueldo de un mes, algo que Lourdes no parecía tener en cuenta pues nunca lo mencionó cuando después de la compra pasamos por lo que ya llamábamos nuestro café y donde algunos días, continuábamos la ligera merienda con una cena también ligera, algo difícil de encontrar en la Ciudad.

Me encontré un poco ridículo cuando, el día convenido, llegué en taxi al puerto deportivo de vuestro club y me acerqué por el pantalán hasta el *Bololo*, un nombre que, desde que me lo repitieron mil veces, no ha parado de viajar por mi cabeza recordando que ese era el nombre que mi padre solía usar para hablar de mí o conmigo en una infancia muy temprana y mucho antes de que él dejara de hablar con nadie. No necesité el apoyo que uno de los marineros me ofreció muy seriamente para saltar a bordo mientras recordaba fugazmente aquel remolcador en el que mi padre me embarcó justo al otro lado del Abra aquella noche de perros en la que quiso darme una lección y dejarme una herencia que no he olvidado como tú bien sabes, Esperanza. Por lo visto llegaba pronto, típico error de novato, y la única persona a bordo, además de la tripulación, eras tú y me recibiste con no demasiada efusión:

—Acabo de llegar, Jon, y estaba ordenando nuestro camarote. Ven, pasa que te enseño el barco.

—No te apures, Esperanza, haz lo que tengas que hacer que yo me entretengo leyendo este periódico que veo aquí sobre la mesa y que no suelo leer habitualmente.

Pero no me dejaste solo y me enseñaste la bañera, grande como una piscina, el salón-comedor que no pocas familias querrían para su casa en tierra, para pasar luego a los camarotes: uno enorme para el patrón, sin duda el tuyo y de Agustín, otro no menos grande aunque menos vistoso y dos pequeños con dos literas cada uno. Los baños no me los enseñaste pero por allí deberían de estar, bien dentro de los camarotes grandes, bien en aquel pasillo que llevaba a la proa en la que, junto a aparatos de navegación,

había cuatro literas amplias y otro baño, sin duda todo ello para la tripulación. Habías dejado para el último momento el puente de mando desde el que Agustín y nadie más que Agustín, manejaba aquella ballena mastodóntica. Te quedaste en silencio con la vista clavada en la bocana. Al poco tiempo sin dejar de mirar al infinito, dijiste con voz casi inaudible:

—Algún día me gustaría manejar esto yo, fijar el rumbo y decidir la velocidad. Yo sola.

Quise ser coqueto y decirte que estaba seguro de que lo harías muy bien y que quizá podríamos urdir un plan para dar un golpe de estado. Pero en ese momento llegaban los otros dos matrimonios invitados deshaciéndose en risas de alegría por embarcar en una aventura que no era peligrosa pero lo parecía. Me preocupó un poco que su equipamiento, a diferencia del mío, parecía ya bregado, pero mi sentido del honor me hizo pensar que pocas personas saben distinguir con nitidez la falsedad disfrazada de elegancia y la verdad desnuda. Inmediatamente llegaron Lourdes y Agustín que parecían venir de las oficinas del puerto con unos papeles en la mano. Reprimí la idea de que todo lo que necesita papeles no puede ser muy genuino pues Agustín se dirigía ya a mí.

—Me alegra verte, Jon, la estrella de nuestro crucero. Aquí estamos a tu disposición. Espero que no te marees pues necesitamos tu mente.

No me dio tiempo a contestar algo, cosa que agradecí pues no hubiera sabido qué decir que no fuera un pelín ofensivo. Subió al puente, ordenó retirar los protectores y al ralentí se dirigió hacia la bocana. Apretó la marcha y antes de bajar a la bañera, fijó el rumbo noroeste que, nos explicó, seguiríamos durante una media hora. A pesar de su tamaño la bañera estaba demasiado llena de equipajes:

—Despejemos esto cuanto antes. Me encantaría mandaros a cada uno a su camarote, pero me temo que tenemos un problema de índole filosófico-moral trufado con matices de carácter matemático. Mi propuesta es, una vez consultado al párroco – y en este

punto lanzó una carcajada atronadora que nadie secundó —que cada uno de los varones ceda una de sus noches y duerma esa noche particular en la litera que sobra en el camarote de la tripulación mientras la correspondiente fémina se pasa al camarote de Lourdes y dejamos el camarote así vaciado a disposición de Jon.

Hizo una pequeña pausa y continuó:

—Quizá podríamos empezar tú y yo, Esperanza. Pero antes de que digáis nada deberíamos escuchar la opinión de nuestro invitado de mente abierta e incisiva según pude comprobar el otro día. ¿Qué dices Jon?

Me viste titubear sin duda. No te extrañaría pues el asunto me pilló de sorpresa, cosa que ya en sí misma me irritaba, y se me cruzaron los cables. No podía distinguir con rapidez los cables de las luces, los del pragmatismo y los del honor y si hubiera podido todavía me hubiera tenido que tomar mi tiempo para saber lo que cada juego de cables me aconsejaba. No tenía más remedio que lanzarme al agua sin flotador. Cuando esto ocurre lo mejor es, según mi experiencia, disfrazar tu verdadero deseo de un humor disparatado.

—Mira, Agustín, esta es una cuestión de estética, rama de la filosofía en la que me siento muy cómodo. Tú, como patrón, deberías pernoctar en el camarote de la tripulación mientras que yo, como invitado raro y no habitual, podría, sin mayores cambios, ocupar tu sitio en el camarote de los patrones.

—Yo tendré algo que decir ¿no?

Fingías una indignación que no sentías pero que sirvió para distender un ambiente que a juzgar por la cara de los otros matrimonios no me pareció el adecuado como comienzo de un crucero de placer. Lourdes miraba para otro lado con una sonrisa que parecía querer decir que aquello no iba con ella pues, al fin y al cabo, no tendría que moverse de camarote. Pedí silencio alzando un brazo y traté de zanjar el asunto.

—Ya tengo la solución. El tiempo va a ser fantástico, dice el parte en ese periódico que he encontrado en este barco, así

que voy a concederme un capricho y dormiré al aire libre, más o menos libre, sea en la bañera, sea en la proa o, si amenaza frío o lluvia, en el puente. Yo no me perderé el brillo de la Vía Láctea ni los cambios de la luna, mientras que vosotros, gente de orden, amaneceréis tarde y legañosos dispuestos a desayunar en lugar de haber asistido al amanecer. Todos los caprichos serán para mí y cuando echéis de menos las salchichas pensad que yo hace horas que acabé con ellas.

De esta manera que, en el momento, me pareció hasta ingeniosa, acabé con la discusión y sin saber que era lo que pretendíais, pues creo estar seguro de que los siete estabais al tanto de alguna treta que no podía ser la que, desde entonces, estoy pensando. Pero es que ni Carmen ni Teresa eran demasiado apetecibles y por otro lado, que sus respectivos maridos Rafa y Pedro pudieran acariciar las pieles por las que yo suspiraba me irritaba de una manera tal que mostrarme molesto hubiera sido como reconocer mi tradicionalismo carnal, algo que no encajaba con mi aparente liberalismo de comediante.

Ordené mis cosas como pude. Dejé en el armarito reservado a la tripulación aquellos atavíos que, puesto en situación, me parecieron eran los que se podían repetir más de un día, y el resto en su bolsa, los coloqué debajo de una de las literas que no pensaba ocupar a pesar de que, Asier, que parecía el contramaestre, me brindó su litera baja. Quedaba tiempo para la hora de comer y me apeteció subir a la proa a disfrutar del viento y del olor a yodo y sal. Debíamos estar ya a la altura de Hendaya y Agustín subió al puente y puso rumbo al sur, «A Santander», pensé para mis adentros.

—Me alegra encontrarte aquí solo, Jon. No sé cómo contártelo, pero este crucerito no es uno cualquiera de esos que más adelante en el verano haremos, como todos los años, en Baleares, una vez que Asier y los otros lleven el Bololo hasta Ibiza. Ya conoces a las chicas y tanto Pedro como Rafa y yo mismo hemos llegado a un momento en el que ya hemos conseguido casi todo lo que

podíamos esperar: una buena posición social, dinero de sobra y el respeto de los empresarios de aquí y de cualquier sitio. Nuestras empresas son grandes y sólidas y nos llevamos bien con los trabajadores. Pero nos falta algo que echamos en falta. Queremos aportar al desarrollo intelectual de nuestra pequeña sociedad y estamos dispuestos a cooperar con tu universidad tal como ya viste.

—Sí, ya me percaté y siento no haber podido agradecéroslo más efusivamente.

—Pero es que no es eso lo que realmente deseamos además del éxito de nuestras empresas. Queremos penetrar en un mundo, el de la inteligencia, y ser capaces de mantener conversaciones con colegas de otros países que más que extranjeros parecen de otro mundo pues saben de teatro, de música, de literatura, de filosofía, política internacional o de vaya usted a saber qué otras cosas, de una forma que les permite hablar de ello una vez cerrada la operación que nos ha puesto en contacto y celebrada ya la firma en un restaurante exquisito.

Me quedé estupefacto y un poco rabioso pues ahora entendía la invitación. Lejos de usar mi libertinaje de boquilla para lanzarse a la permisividad que sus matrimonios les pedían a gritos, tal como yo en mi ingenuidad llegué a imaginar, lo que querían era un entretenimiento de calidad como quien no puede dejar de visitar el Louvre cada vez que pisa París y hace un huequito entre negocios y restaurantes, o no quiere que se note que no sabe distinguir entre *Der Blaue Reiter* y *Die Brücke*, para lo que necesita un detallito que pueda memorizar mientras engulle unas ostras. Tuve ganas de exigir la bajada inmediata a la zodiak y escaparme de esa encerrona en cuanto estuviéramos ya cerca de la costa, pero me reprimí y respondí con cierta rudeza:

—Creo que no lo entiendo, Agustín, pero hagamos un experimento. Hoy mismo después del almuerzo, veamos si el programa de trabajo que os puedo proponer satisface vuestras aparentes necesidades o deseos y los de vuestras mujeres. O si sobro en este barco.

Me dejó solo y poco a poco las señoras ocuparon la proa actuando en *modo bronceado*. Eso me permitió trazar mi estrategia, desde el discurso hasta la huida. Totalmente vestido con lo mismo que había llegado en el taxi, acudí a la bañera y tomé asiento en una esquina de la mesa ya dispuesta para nada menos que un marmitako de langosta que estuvo a punto de trastocar todos mis planes. Pero me mantuve firme, y antes de repetir de esta delicia marinera comencé con mi discurso.

—Queridos amigos y amigas, o quizá debiera decir señoras y señores. Después de esta langosta tan mal utilizada creo que tengo ganas de iniciar una reflexión que no sé donde lleva. El atún es un pez adecuado para el marmitako pero ¿lo es la langosta? Mientras saboreaba el extraño sabor de la mezcla pensaba que es como si una señora, cualquiera de vosotras, acudiera de largo a una sesión de ópera de nuestra asociación local. No es lo adecuado y nada hay más destructor que lo inadecuado, lo que no toca, lo que no pega. Como sería el caso de exponer sobre la chimenea de uno de vuestros salones el *Origen del Mundo* de Courbet para explicar a los amigos nuevos que lo ven por primera vez los avatares de esa pintura hasta que la compró Lacan.

—¿Que tiene que ver la langosta con la ópera? —replicó Teresa con un cierto tono entre condescendiente y tenso.

—Pues todo lo que queramos nosotros, querida amiga. Si decidimos que en esta nuestra Ciudad el esfuerzo por presentar un programa anual de ópera es algo que merece la pena, tendremos que meditar sobre el horario y en consecuencia, sobre la vestimenta de señoras y caballeros y en consecuencia, sobre cómo acudir nosotros a esas funciones o en cómo redactar las invitaciones con la recomendación correspondiente sobre esa vestimenta y si exigirla o no llegar a tanto. No es un ejemplo improvisado, no. Los que hubieran podido influir en las formas propias de esta Ciudad con las que se presenta al mundo, han decidido que no estamos en Bayreuth y que basta con una chaqueta oscura o con un traje sastre de tarde. Yo me atrevería a decir que estas gentes

prefieren que solo ellos puedan acudir a ese templo alemán que dejar que cualquiera de aquí se vea a sí mismo como alguien comparable a ellos. Como la langosta, Teresa. Ahora que ya empieza a ser cierto que algunas gentes pueden permitirse un barco de recreo, ¿qué mejor forma de hacerse ver como alguien que podría tener uno más largo? Pues ofreciendo a los amigos que lo abordan langosta y no un simple atún quizá pescado ayer mismo desde esta misma bañera.

—¿Y qué? —te impacientaste tú—. ¿Te ha gustado o no?

—Me ha encantado y, si no os molesta, quisiera tomar un poco más —contesté, acercando mi plato a la presidencia ocupada por Lourdes—, pero eso no quita para que comprendáis que soy consciente de que estoy colaborando a crear una costumbre social que no estoy seguro de aprobar. Me refiero a la de contar con pensador de cabecera. Puede ser útil hasta para los negocios —y me volví hacia Agustín—, pero lo importante a mi juicio es si esa costumbre contribuye a la limpieza del pensamiento o lo ensucia. En una buena noche como la que tendremos hoy podemos preguntarnos sobre el firmamento, el origen del universo y la velocidad de la luz, y yo podría contaros algunas cosas al respecto de las que oigo hablar a mis colegas en la sala de profesores mientras tomamos café después de comer o como las que han escuchado estas señoras en uno de los primeros tés intelectuales.

—¡Apasionantes! —subrayó Carmen.

—Sí, Carmen, pero ¿son verdad? Y ahí quería llegar, a que comenzáramos a preguntarnos por la importancia de la verdad y por la necesidad o no de alcanzar una respuesta. No me parece crucial saber si tal ópera puesta en escena tal día fue la mejor nunca escuchada o si esta langosta de hoy es mejor o peor puesta así que el atún de ayer, digamos. Lo importante es si esta Ciudad será más nuestra, más de hermanos, más entrañable, con estos programas de ópera, con o sin pajarita, que la que sería sin ellos. No creo que haya una respuesta hoy ni que la vaya a haber nunca. Como con el nacimiento del universo. Pero ¿importa la verdad?

—No seas nihilista —apercibió Pedro, que veía que no llegábamos a ninguna parte y que nos quedábamos sin postre y sin café, especialmente cuando te levantaste y comenzaste a recoger los platos para llevarlos hacia la cocina. Quizá te perdiste el final de este discurso mío fuera de tono.

—Yo me dedico a contar a los alumnos que importa y mucho, pero no creo en ella especialmente en un campo como el que digo mío. Lo que pasa como tal es lo que se impone con la fuerza de la costumbre, iniciada muy a menudo a partir de intereses bastardos. Yo me lo paso bien enseñando a vuestros hijos a aceptar de momento y a no creer para siempre. Y siento deciros, que me parece que lo que vosotros, los hombres, buscáis por deformación profesional es esa verdad que os parece algo como los libros de contabilidad, lo más arbitrario del mundo, y sin embargo el único becerro al que adoráis. Deberíais aprender de vuestras mujeres que con sus meriendas solo pretenden pasar un buen rato.

Como tú seguías sin aparecer no terminé diciendo que desembarcaría esa noche, sino que traté de hacerme perdonar un poco incitándoles a jugar aquel juego que aprendí en Big Sur y que nos sirvió para aparentar una elección limpia de mi ayudante para las meriendas en tu casa. Lo introduje afirmando que quien no se mantuviera firme me estaba dando la razón. Tú no participaste, pero supongo sabes ya que el único que se mantuvo enhiesto fue tu marido.

—Bueno queridos, supongo que no os extrañará que ahora que ya divisamos tierra allí al sur os comunique que me gustaría desembarcar esta noche y volver cuanto antes a la Ciudad. Seguro que Asier me puede llevar en la zodiak.

Y me levanté para pasar al camarote de proa y dejar preparada mi bolsa para el desembarco. Me encontré con que estaba ya preparada y no quedaba nada debajo de la litera. La agarré y subí a proa pues no quería ni despedirme de Agustín que al timón había acelerado el ritmo del motor. En poco tiempo llegamos a la bahía y Asier me vino a buscar mientras los otros dos trataban de

desenrollar la escalera, echar la zodiak al agua y ayudarme a descender. Bajé sin despedirme ni siquiera de ti o de Lourdes. Os toca a vosotras darme una explicación. Asier maniobró con habilidad y al poco tiempo me habló con un tono muy distinto del que usó en las cuatro palabras que cruzamos cuando tomé posesión de mi parte del camarote de proa.

—Don Jon, yo era aprendiz de uno de los aprendices de calderería, el taller que controlaba su padre en el astillero en aquellas épocas difíciles de después de la guerra. Su padre era nuestro héroe local pues nunca subió la voz más que para enfrentarse al dueño bien por razones técnicas, bien por la defensa de nuestros derechos.

Ante mi asombro por lo que escuchaba, volví la cabeza hacia él y vi cómo sonreía. Ya llegábamos a puerto y se apresuró:

—Aquella noche del rescate del pesquero supimos que don Rafael tenía un hijo bastante joven y que él formaba parte de un grupo bastante secreto que nunca se reunía y no tenía ningún código, pero que se reconocían por la simple mirada. Siempre trabajaron por nosotros y por la Ciudad. Esta tarde me ha recordado usted a él y aunque desde nuestro camarote no podía oír bien sus monólogos, le digo que la imagen de su padre me ha venido a la cabeza.

Atracó, desembarqué y me pasó mi bolsa. Nos dimos la mano y nos miramos a los ojos:

—Esa era la mirada —concluyó Asier.

A MODO DE EPILOGO

1

Llegué a casa con la sonrisa de ganador que se me había puesto al saltar a tierra por el mero hecho de no condescender y por el reconocimiento mutuo entre Asier y yo mismo a través del recuerdo de mi padre. Me premié con bastante alcohol libado con Aitortxu en ese lugar de veraneo suyo que cada año ocupaba más pronto y abandonaba más tarde. Brindamos alegremente por lo que significaba mi aparente valentía: recuperábamos terreno en esa batalla que muchos como él o yo nunca habíamos abandonado aunque lo que nos mantenía unidos no fuera exactamente la misma causa, pues sus fobias y las mías variaban en los detalles.

Y como estaba previsto, tuve que esperar bastante tiempo hasta que los efectos del alcohol se fueron disipando y me atreví a conducir de vuelta a la Ciudad. No estábamos para intelectualidades así que el tiempo se nos fue en comparar experiencias sexuales. Fue la primera vez que le confesé mi manía de coleccionista vicioso y la correspondiente monografía que estaba elaborando con intenciones casi doctas. O eso era lo que yo contaba, seguramente con la intención implícita de hacerme perdonar el vicio. Para cuando me sentí lo suficientemente sobrio y tome el coche era ya muy tarde, de forma que para cuando me acosté casi apuntaba la claridad del amanecer.

Tardé en espabilarme cuando, habiendo pasado ya la hora de comer, desperté y recordé los acontecimientos del día anterior y mi falta de cuidado con mis cosas que seguían dentro de la bolsa en donde las había metido de cualquier manera para desembarcar con rapidez. Pensé que las sacaría y las ordenaría después de un piscolabis en algún bar cercano. Pero ya a las cuatro de la tarde decidí completar mi puesta a punto con una siesta que duró lo suyo. Me recriminé a mi mismo la borrachera de la víspera y comencé a hacer sitio en el armario para colgar mi nueva ropa de lobo de mar elegante que no pensaba volver a usar.

Cuando finalmente dejé correr la cremallera de la bolsa lo primero que vi fue un sobre idéntico al que había recibido como invitación al crucero hace unos días. Estaba abierto y dentro encontré un buen fajo de dinero y una nota con letra de mujer en la que Esperanza explicaba que esa cantidad era el doble de lo que su marido y todo el grupo consideraban adecuada para un animador cultural, pero que a ella le parecía escasa para compensar a una autoridad académica como yo. Se disculpaba fríamente de no haber sabido suavizar la tensión y me decía que tenía la esperanza de que nada de esto rompiera la segunda temporada de meriendas intelectuales que comenzaría con el siguiente curso académico.

Le odié instantáneamente y caí en la cuenta de que no sería yo nunca un verdadero patrón de remolcador de altura pues me faltaba la serenidad que en este caso hubiera sido necesaria para no romper de cuajo lo que podía haber sido un magnífico comienzo de colaboración entre los patronos y la universidad. Eso estaba ya roto y la conciencia de ello me indignó aun más contra la estúpida nota de Esperanza. Merecía una venganza y me juré a mí mismo que la tendría de una u otra manera. Este pensamiento me devolvió la calma propia de mi verdadero ser y dejé pasar unos días sin respuesta por mi parte. Todo este tiempo lo dediqué a pasear y pergeñar la contestación que escribiría y enviaría a través de Lourdes, así como la venganza que seguiría a esa nota que debía lucir como una bandera blanca, pero que pretendía ser una parte de mi estrategia de venganza.

Finalmente le pasé una nota pidiéndole que quedáramos antes de que yo iniciara mis vacaciones científicas, que me llevarían a varios congresos aquí y allí y a una escuela de verano en Brasil para luego volver por Europa y ofrecer un par de conferencias sobre sistemas complejos para acabar con otra escuela de verano en Trento. Le añadía que una buena temporada fuera de la Ciudad me vendría muy bien para encajar aquel «incidente» del barco subrayando la palabra «incidente» y utilizando la palabra «encajar», que lo mismo quería decir que me disculparía por mis salidas de

tono como que aceptaría disculpas por tratarme como un capataz al que se le paga por hacer su trabajo.

Sugerí una fecha y una escapadita a una playa no muy concurrida. Era un día antes de mi partida, comentaba yo, y el camino a la playa era precioso en esa época del año, cuando todavía el estío no ha hecho de las suyas, los niños están en campamentos y las empresas trabajan para cerrar las cuentas del primer semestre que la tradición manda que se presenten a mediados de este mes de julio. Si así lo quería, yo pasaría a buscarla por su casa, pero añadía que sería mejor, para llegar a esa playa, salir hacia el aeropuerto desde el centro de la Ciudad. Podríamos quedar a una hora relativamente temprana después de alguna compra que necesitara para cuando embarcaran en Mahón todos los amigos de siempre.

Pasaron unos días y Lourdes no hacía su trabajo, posiblemente porque no tenía nada que comunicar. Y un día recibí un sobre que la portera del inmueble me dijo le había entregado una señora con el ruego de que lo hiciera llegar. Confirmaba Esperanza el lugar y la hora de nuestra cita en el centro de la Ciudad y añadía un breve comentario amable y hasta un poco coqueto sobre este próximo encuentro, mencionando el de Biarritz. Pasé esos días paseando con Aitortxu por su playa, preparando mis presentaciones y charlando con mi madre.

Y llegó el día, con un viento sur enloquecedor, de lo que se planteaba como una nueva conferencia de paz que daría origen a un nuevo tratado de paz como el tan citado por mi padre cuando rememoraba su juventud. No me hizo esperar nada y se presentó gloriosa con un vestido de los comprados en Biarritz y un bolso de paja a juego con unos zapatos topolinos de paja también que le hacían parecer más alta y esbelta de lo que era. Quería guerra, pensé yo, pero inmediatamente aparté ese pensamiento de la mente pues mi misión ese día era una muy especial y clamaba guerra en un sentido muy distinto al que mi pensamiento fugaz había evocado.

Cuando ya habíamos salido de la media luna que conforman los montes que rodean la Ciudad y despejadas sus dudas de a qué

playa le llevaba, me acomodé en el asiento de mi coche y comencé un parlamento bien distinto en forma y contenido a aquel que rugí en el barco ya casi hace un mes.

—Espero que guardes las notas que te he ido mandando con Lourdes pues son la prueba de que mis intenciones siempre han sido y serán amorosas. Eso por un lado, porque por el otro también son una confesión de capataz que te muestra sin pudor el dolor que produce tener un amo, por aparentemente importante que parezca tu oficio, un dolor que proviene de tu falta de autonomía y de la correspondiente ignorancia de tu ser auténtico, algo que contradice y hace poco creíbles las declaraciones de amor. Recuerda que insistí en algo de este cariz cuando traté de explicarte lo que, en mi opinión, debía sentir Yorick al tratar a Hamlet con el cariño que realmente sentía por él y al mismo tiempo, tener que entretener al padre, Rey y amo.

—Lo he meditado, Jon, y espero que me creas cuando te digo que he sufrido por esa razón. Por mi falta de sensibilidad y la de los demás, con la posible excepción de Lourdes, en esa malhadada excursión marítima que, he de concederte, no sé si era una invitación genuina o una estúpida estratagema de nuestros maridos y especialmente de Agustín, para como dirían ellos, ponerte en tu sitio.

—Eso es lo que duele, sentirse de segunda. Ya te entiendo si sufriste pues yo recuerdo con dolor la figura de la señorita Carmen a quien tanto debo, como seguramente recordarás por mis frecuentes menciones a su figura en estas notas mías, y que comía con nosotros en el comedor y era servida como lo éramos los demás, pero no podía intervenir libremente en las conversaciones de sobremesa ni debía pedir, por muy educadamente que lo hiciera, un poco más de vino por mucho que el tipo de comida ese día servida lo estuviera pidiendo a gritos. Seguro que le conociste en aquella infancia que...

—Sí, por cierto. Nunca te lo he comentado pero me acuerdo muy bien de ella por las batas con las que bajaba a la playa y por las alabanzas que esas batas recibían por parte de la cuidadora de todos nosotros, los hermanos. Pero ¿qué me estabas diciendo?

—Bueno... no sé muy bien, pero quizá intentaba sugerir que posiblemente la señorita Carmen era tan poco cuidadosa con el resto del servicio como mis padres lo eran con ella. Esta cuestión de las escalas del poder parece ser inevitable y por lo tanto, no parece que tenga arreglo por las buenas. Solo parece arreglarse, y solo un poco, al rebufo de la revolución.

—Perdona Jon, pero creo que por alguna razón el odio te come el alma. Y en tu caso ese odio no tiene justificación pues es tu capacidad intelectual, superior a muchas, una diferencia no demasiado aceptable, la que te ha llevado lejos y no solo en tu oficio. No te hagas el tonto pues has tenido que darte cuenta del trabajo que nos tomamos para tratar de juntaros a Lourdes y a ti.

Pegué un respingo y frené casi en seco. Acabábamos de sobrepasar el cruce a Gaztelubide.

—Perdona, Esperanza, me has despistado y me he pasado el cruce hacia un lugar que no creo conozcas y que quiero enseñarte.

Di la vuelta en cuanto pude y en silencio tomé el desvío. Estaba pensativo y mientras aparcaba en una especie de descampado fui acumulando rencor, un rencor que brotó como un géiser:

—Eso es lo más odioso, lo que más me descentra, que no quieras reconocer que eres tú y no Lourdes la única que me puede ayudar a no odiar, a ser un constructor de la paz entre vencedores y vencidos. Es aquí, justamente en esta zona, un poco más abajo, en donde se puede ver lo que quedó del cinturón de hierro de la Ciudad en el comienzo de aquella guerra que nos separó y quizá nos sigue separando y que quiero mostrarte. Sabes que te deseo desde que tengo uso de razón y también sabes que eres la única mujer con quien he hecho el amor sin ceder a mi manía de coleccionista de vulvas.

—Jon, estás empezando a desvariar y me das un poco de miedo. Volvamos a la carretera y vamos a la playa.

Salí del coche y me acerqué al lado de su puerta. La abrí y susurré en su oído con un tono de voz completamente calmado:

—Ahora mismo vamos, pero antes hagamos el amor en aquella ruina del cinturón de hierro. Lleva muchos años esperándonos, vamos querida.

—Así sí, Jon. Tenemos que retomar los lazos que nos unen, que nos han unido desde que éramos unos chiquillos. Juntos podemos hacer que esas ideas tuyas vayan tomando vuelo en nuestra Ciudad. Quiero darte una prueba de este amor que siento por ti a pesar de todos los pesares: te permito que examines mi vulva si tú me prometes hacer un esfuerzo por dejar de tratar a las mujeres como los amos tratan a los sirvientes, con una autoridad que destila odio.

Caminábamos ya muy juntos hacia las ruinas y pronuncié unas palabras que fueron genuinas:

—No, Esperanza, lo que quiero es demostrarte todo lo que te quiero introduciendo en ti este miembro que ya no puede más.

Entramos en las ruinas y ella se subió su vestido playero y yo me bajé los pantalones. Con toda delicadeza hice mi trabajo y solo cuando ella parecía estar satisfecha y desarmada apreté su garganta hasta que dejó de respirar. Entonces gocé yo y sin pudor alguno y mucho menos con remordimiento, examiné la última pieza de mi colección. Nada especial en sí misma. Supe inmediatamente que, sin embargo, era esa vulva la que realmente buscaba como prueba de la victoria de los comerciantes de ideas a bordo de buques que traían mercancía para los dueños de las fábricas, que por falta de ideas dejarán de existir algún día del que yo no disfrutaré pues estaré en la cárcel o perdido por el mundo.

Me vestí sin prisa, salí de la ruina y entré en mi coche. Lo puse en marcha, giré y salí al camino y luego a la carretera general hasta que encontré una cabina de teléfono. Mañana debería salir para mi primer congreso de verano y mi desaparición estaría justificada si conseguía una guarida hasta ese momento. Hablé con Aitortxu y también con Asier. Las conversaciones fueron cortas pero suficientes para que ambos se prestaran a vernos en ese pequeño bar del parque que seguía en su sitio aunque algo renovado y a una hora que me dejaba tiempo para despedirme de mi madre que, como todas

las tardes estaría en casa jugando al *pinnacle*. Tenía tiempo, conduje suavemente hasta la Ciudad y dejé mi coche en mi plaza de garaje en propiedad. Podía, si quería, decir adiós a la Ciudad a la que, casi con seguridad, no volvería nunca. Caminé con brío y ese brío me permitió pasar sin detenerme por el piso de Machalen en el que nos habíamos despedido hacía bastantes años durante los cuales solo nos habíamos relacionado por carta a través de la Sociedad Sinfónica. Descendí hasta la sala de conciertos y rememoré la muerte del dueño de los timbales, una muerte a mi juicio heroica. Rehice el camino al colegio o más bien los caminos, el que me llevaba desde nuestra casa en el centro y el que tomaba desde la estación de tren de la margen izquierda. Ambos convergían pero eran muy distintos en mi recuerdo pues solo el segundo contaba con la presencia de Esperanza.

El brío se me acababa y me pareció el momento de decir adiós a mi madre, que todavía vivía el duelo por la muerte de mi padre. Después de comer, como siempre un poco más de lo conveniente, me retiré a la que nunca dejó de ser mi habitación y descabecé un sueñecito que resultó ser una gran siesta que solo se acabó cuando comencé a oír los timbres de las habituales del *pinnacle* que por respeto al duelo de mi madre acudían vestidas de negro o gris oscuro. Saludé a todas ellas y salí para pasar por lo que desde hace unos meses era mi apartamento. Tenía el tiempo justo para coger algo de ropa, meterla en mi nueva bolsa y acercarme al lugar de la cita.

Yo llegué el primero y ya con mi té en la mesa pude presentarles a ellos con palabras breves, pues no hacían falta muchas para saber con quién uno habla en esta Ciudad. Se trataba de sacarme de ella de la manera más discreta posible, a poder ser totalmente de incógnito y dejando huellas falsas de mi presencia. Esto último no planteaba problemas porque bastaba con que un miembro de esa extraña, por desconocida, sociedad de patrones de remolcadores de altura, perdiera el avión cuyo billete guardaba yo en el bolsillo interior de mi chaqueta de verano, dejando constancia de una protesta airada porque no le dejaban embarcar a pesar de que el avión no había despegado todavía. La experiencia de muchos años en tareas de

este cariz hacía de este paso en la estrategia de huida algo sencillo en cuyos detalles no merecía la pena perder el tiempo. Otra cosa era cómo sacarme a mí de la Ciudad de manera totalmente anónima.

Los tres treintañeros discutimos mucho y finalmente, cuando el sol veraniego caía ya por detrás del follaje del parque de Doña Casilda, conseguimos ponernos de acuerdo sobre un plan rocambolesco pero bastante seguro. En ese mismo momento, Asier me llevaría a la *Casa de Noruega*, un centro de marinos enrolados en buques de ese país y en la que descansaban y se emborrachaban antes de tomar un taxi para acercarse a lo que se llamaba la parte alta, no lejos del piso de Machalen y al lado de aquel tugurio donde ella comió con su abuelo los domingos durante bastantes años de su niñez.

Yo llegaría aparentemente borracho y dormiría la supuesta mona hasta que muy pronto, antes del amanecer, él mismo me llevaría en su remolcador hasta un lugar por ahora secreto en el que me embarcaría en un buque que zarparía un par de horas más tarde transportando, además de una carga muy especial, material de la empresa en la que trabajaba Aitortxu que precisamente era el encargado de custodiar esa carga de su empresa hasta el puerto de destino en Colombia.

Por supuesto yo no había podido pegar ojo, pero no por el crimen cometido hace menos de veinticuatro horas sino por la incertidumbre sobre cuál sería esa carga tan especial de la que él formaría parte. Pronto lo iba a saber, pues Asier le sacó de esa *Casa de Noruega*, a dos pasos del astillero y le arrojó al fondo de la bañera del remolcador. En menos de quince minutos el remolcador amuró en el atraque en donde se encontraba el buque matrícula de Colombia. Aitortxu me estaba esperando y me condujo, después de despedirse de Asier, hasta el parque de *containers*.

Apenas tuvo tiempo de contarme que la Sinfónica de Bilbao, con Machalen al frente como directora invitada, daría varios conciertos en Latinoamérica, comenzando por Colombia y que este barco colombiano transportaría durante los próximos siete días la mayoría de los instrumentos hasta el otro lado del océano Atlántico. Ocuparían unos tres *containers* y yo ocuparía un sitito en el

que transportaba los timbales. No era un capricho de Aitortxu o un rasgo de su humor especial, sino una combinación fortuita de dos factores.

El más elemental era que dada mi breve estatura, de la que Aitortxu no dejaba escapar oportunidad de mofarse, cabríamos yo y mi bolsa en el interior del tambor grande al menos una horita, que era lo que tardaría el vista de aduanas en verificar el cargamento. El otro factor era que el nuevo timbalista, discípulo del abuelo de Machalen, estaba al tanto de la relación de éste con mi padre durante la guerra y estaba dispuesto a correr riesgos. El tiempo apremiaba y entre el timbalista y mi amigo Aitortxu me enrollaron y me metieron en el tambor no sin antes proporcionarme una droga que me haría inconsciente de la operación de embarque. Solo recuerdo el par de abrazos de despedida a Asier pues para cuando Aitortxu entró en el container y me sacó de mi sopor navegábamos ya más allá de la bocana.

Me pregunté qué sería lo que yo iba a exportar al mundo desde nuestra Ciudad, pero pronto abandoné esos pensamientos que habían hecho de mí lo que ahora era, un prófugo asesino, y me concentré en sobrevivir dentro de este *container* que sería mi apartamento por una semana hasta nuestra llegada a Barranquilla.

2

Después de un par de días en este encierro mediador entre un infierno y otro, empiezo a hacerme a la idea de hacer de este espacio oscuro y húmedo un habitat en el que iniciar el desarrollo de las aptitudes y manías que no me he podido permitir en la vida

aparentemente ordenada que he llevado estos últimos años, hasta que ocurrió lo que tenía que ocurrir o lo que quise que ocurriera. Esa es una de las cosas sobre las que tendría que reflexionar en lo que me quede de vida consciente a este lado del océano al que siento que voy llegando.

A pesar de que el *container* tiene una especie de ventanucos por donde se filtra el aire y que resuenan en cuanto el viento arrecia un poco, no tengo forma de distinguir el paso de los días porque, si bien con la ayuda de la linterna que me prestó Aitortxu puedo saber qué hora es, no puedo llegar a saber en qué día estoy. Tengo que fiarme de mis biorritmos, pero no estoy seguro de que éstos no cambien a medida que navegamos hacia el suroeste a partir del levado de anclas allí en la Ciudad. Así que la única forma de sentirme vivo que tengo en este zulo es garrapatear con un rotulador de punta fina las hojas de ese cuaderno mío dedicado a describir mis piezas de la colección de vulvas que nunca reiniciaré, las ocurrencias que me proporciona el cine.

Digo y escribo lo del cine pues durante unas horas del día los ventanucos dejan filtrar un poco de luz que va iluminando las paredes de linóleo de lo que entiendo es sotavento, descubriéndome escenas de sombras. Claro que también podría, supongo, abrir algunos de los paquetes de cartón que bien estibados recubren la pared de barlovento y que contienen supongo muchos kilos de partituras y utilizar alguna para tomar notas o ensayar ese párrafo perfecto que funciona aquí dentro como un salvavidas.

Pero eso delataría a Aitor y no me lo puedo permitir ni siquiera ahora que he decidido no tener ninguna contemplación con nadie, pues tengo que contar con él y los que son como él para que vuelva a abrir el tambor gigante de los timbales y me pueda introducir de nuevo en él para el desembarco. Es la única manera que imagino de introducirme en este país recorrido por el río Magdalena, un nombre que me emociona siempre que lo escribo y me lo repito quedamente en euskera, Machalen. Ella será el siguiente contacto para oscurecerme durante su gira de Cartagena a Buenaventura pasando por Bogotá, Medellín y Cali.

Pienso ansioso en ese momento en el que, una vez desembarcado y transportado no sé cómo a algún hotel, me desentierren, me vista de miembro de la orquesta y trate de pasar desapercibido espero que escondido en el dormitorio de mi Machalen al que en algún momento llegará para descansar después del primer concierto. Creo saber que entre ella y Aitor habrán pensado en un plan para hacerme desaparecer subrepticiamente e indicarme el camino a seguir hasta el lugar seguro elegido en el que jugaré el papel que me hayan asignado.

Pero digan lo que digan y me aconsejen lo que les parezca pertinente, yo sé que me las arreglaré para estar también cerca de ella en el último concierto y despedirme del amor o del sexo o de ambos de una manera que quiero que parezca definitiva, pues a partir de ahí solo puedo tratar de respirar siete veces por minuto y alimentarme de las sobras de bandejas paisas que robaré en la basura de un buen restaurante…si puedo. Y nadie podrá evitar que de a Machalen ese abrazo que un día le prometí, antes de darle el primer beso, que nunca habría de faltarle.

Pero estos pensamientos un tanto lúgubres desparecen de repente en cuanto mi cine mudo particular me presenta sobre el linóleo un rostro de negra sumamente sensual. Se encuentra entre el tentetieso abotinado y el búho albino y no comprendo cómo no lo he visto antes. Nunca un rostro me ha resultado tan excitante. Es una composición perfecta, un óvalo fácilmente atrapable entre mis dos manos, dos ojos intensos quizá un poco enrojecidos, una boca sensual a más no poder y un pelo denso y duro como si no fuera de su cabeza realmente. Es la nariz el toque definitivo pues es recta y larga desde debajo de los ojos hasta la boca.

Siento que traiciono a Machalen, pero también que me vengo de esa mujer que me obligó a dejarle sin aliento, y me rindo a un deseo lleno de serenidad a medida que se alimenta una seguridad idiota en que esta mulata, mi negra, no es sino el principio de un rosario de placeres nada puros que creía habían terminado para mí con la clausura del cuaderno de mi colección. Me transporto al paraíso justo cuando oigo ruidos fuera como si alguien estuviera

tratando de llegar a mí caminando por encima de los *containers* vacíos llenos de violas, cuernos ingleses y trombones de varas.

Ha sido un falso aviso de llegada, aunque según mi reloj biológico no puede faltar mucho. Así que sigo inmiscuido en mis reminiscencias de los peligros que he arrostrado por satisfacer mis impulsos sexuales que tanto tenían de coleccionista estúpido. No ha sido una vez, han sido muchas, y todas ellas menos la buena, por culpa de un estúpido ego que se derrite ante cualquier manifestación de admiración intelectual cuando en realidad yo hubiera preferido pruebas de una admiración más física. Pero la última de mis aventuras ha sido tan corta y ha acabado de una manera tan terrible que no sé si quiero desembarcar y me pregunto si no sería mejor continuar siempre dentro de este *container* viendo sombras mudas y tomando notas en papelitos cada vez más escasos.

Es realmente irónico que a estas alturas de mi carrera académica, hace un año perdiera la cabeza y me dejara llevar por una mezcla de sentimientos ocultos de origen genético y aceptara, con humos primero y más tarde con un cierto orgullo, la invitación a participar en una tertulia intelectual mensual en casa de unos ricos de la margen derecha, un matrimonio en el que él te hacía sentir siempre y de mil maneras sutiles y otras veces brutales, tu clase de capataz dedicado a la intelectualidad como única vía de liberación del trabajo que te hubiera tocado hacer, si no existiera esa patraña del funcionariado y en el que ella se sentía orgullosa de reunir a su alrededor la tertulia más culta de la margen derecha.

Ella creía que era la más culta del país, pero a pesar de su posición social desconocía muchas partes de ese país que no se acababa en los conciertos de la sociedad filarmónica ni en los tés del club de selectos socios sobrevivientes del pedrisco de las bolas negras que arrasaban las humillantes súplicas de los arribistas sociales. A pesar de esa barrera siempre presente un día fui invitado a su mansión, cercana al todavía más selecto club de golf, a dar una charla a unas gentes de las llamadas *bien* sobre las bases intelectuales de esa cosa rara que se llamaba ciencia económica. No era sino la primera de las charlas

de una serie iniciada a instancias del decano de mi facultad a fin de estrechar lazos con aquellos que podían ayudarnos económicamente.

Me sentí ofendido una vez más por el papel de bufón que se me obligaba a jugar, pero acepté con el íntimo deseo de vengarme en el propio corazón de los amos. No sabía yo hasta donde iba a llegar esta venganza que comenzó, más allá de la charla, con el coqueteo que cada mes y fuera cual fuera el tema de la tertulia, fue subiendo en complejidad y en intensidad y se mantuvo estable aprovechando las actividades culturales de la Ciudad a las que yo, tramposamente, fingía estar enganchado. Continuó con esporádicas escapadas más allá de la frontera, pero lo malo para alguien como yo es que desató en mí el deseo de olvidar el objetivo de la venganza y de vivir solamente el momento y el sexo cada mes más intenso y variado y más parecido a la intensidad brutal que me ha recordado mi negra en el linóleo.

Pero estos recuerdos no podían ser eternos, pues llegó el día, hoy, en el que la llegada se percibía cercana. Es de noche ahí fuera. Lo sé porque ha remitido el calor tropical, porque la luz que se filtra por el respiradero ya no brilla y porque el susurro del trajín de a bordo se ha calmado y oigo con nitidez el golpeteo sincopado de los troncos que se deslizan río abajo contra el casco de este barco viejo que traquetea río arriba. Por eso, porque es de noche, no puedo estudiar, con el cuidado que me distrae de este viaje de huida, el linóleo que cubre completamente las paredes de este contenedor apenas arreglado para que me sirva de habitáculo durante unos días sin que se entere el consignatario, pues Aitor se la ha jugado y nadie sabe que, además de la carga habitual, llevan hoy un prófugo, un hombre en búsqueda de un nuevo mundo, según mis largas prédicas que Aitor finge escuchar cuando cada día me visita discretamente.

Son esos momentos los únicos en los que mi atención se desvía de las figuras que la lejía ha dejado en el linóleo que cubre las paredes, el suelo y el techo de este contenedor que de forma regular traslada frigoríficos y otros electrodomésticos y que es propiedad de la empresa en la que trabaja desde siempre Aitor. Pero

es ya de noche y sabiendo que nadie va a turbar mi atención más allá de los toques de txalaparta en el casco, ejercito mi memoria tratando de recordar las figuras que poco a poco fui descubriendo en el mármol del baño de mi apartamento en la Ciudad. Adquirí ese apartamento ya con ese mármol colocado de forma que nunca pretendí que fuera de buen gusto, aunque tampoco critiqué que quisiera ser ostentoso pues no era fácil de entender que alguien deseara presumir de un mármol con vetas hermosas en un lugar discreto en el que nunca entró nadie más que yo.

Solo eran unos minutos de exploración visual cada día, pero de su continuidad surgieron figuras que el mármol parecía regalarme un día para quitármelas al siguiente. Recuerdo nítidamente tres de estas figuras y muy borrosamente una cuarta que no se deja asir pero que estoy seguro me ha seguido en esta huida a ninguna parte y que encierra un mensaje que no consigo descifrar o que quizá no quiero descifrar pues sospecho que contiene mi condena irremediable.

Allí, en aquel cuarto de baño tan privado, descubrí primero una zorra blanca con una hermosa cola suculenta y digna de una estola elegante que parecía correr por un sendero más bien negro y que extrañamente creí sentir que se me acercaba, pues cada mañana la veía más cerca, como si se deslizara por el mármol o como si yo la temiera y cada día la viera más peligrosa. A donde seguramente se acercaba era al pequeño tentetieso de cara redonda, gorrito de lana con sus borlas, su barriga exagerada por un jersey de lana gorda y con unos zapatos abotinados —extraños en un tentetieso— rojizos y blancos, que con su diminuto tamaño a penas hubieran podido sostenerle de pie si este pequeño niño prodigio hubiera sido real.

Tanto la zorra móvil como el tentetieso tambaleante me inspiraban cuando cada mañana me acicalaba preparándome para un día más de teatro sobre la tarima de un aula que, renovada, me permitía montar mi habitual pero variada performance que, aunque dedicada a la enseñanza de los alumnos realmente matriculados, no descuidaba a unas cuantas alumnas ya talludas que me

habían solicitado permiso para asistir a mi clase y a las que dedicaba una atención desproporcionada que me fue muchas veces criticada por no pocos colegas.

Pero yo no prestaba atención a estos colegas resabiados y malpensados y cada mañana me deleitaba con las contestaciones que una tercera figura en el mármol dedicaba a mis diarias interrogantes sobre la sabiduría. Se trataba de un búho albino. Sus ojeras preocupantes, sus pequeñas garras que asían una invisible rama y sus alas pegadas al cuerpo le identificaban como un búho, pero uno muy especial, porque su cabeza exhibía un triángulo de una blancura inesperada por su nitidez. Yo consideraba su existencia como el origen de esa inspiración mía sin la que no hubiera podido nunca retener la mirada de ninguna mujer de las que solicitaban mi permiso para asistir a mis clases.

Irremediablemente este búho albino me remitía a aquella experiencia de seducción por la palabra, y una palabra técnica nada menos, experiencia exitosa pero situada en el origen de la desgracia que me tiene hoy como prisionero que solo espera desaparecer para emerger con otro nombre y otra figura, otra personalidad, otras renovadas ganas de vivir, de conocer gente nueva y de no limitar mi gusto por la música que, según decían, era excelente en aquella ciudad de cuya existencia yo debería dudar hasta que dentro de muy poco atraquemos y pueda distinguir un simple refugio para criminales de una simple estación de paso... al infierno.

Pero no todos los días era yo capaz de discernir una cuarta figura, un rostro que cuando se me hacía visible mostraba unos ojos rojizos y redondos en una cara curva pero no gorda que parecía querer volar a pesar de no mostrarme sus alas. Lo realmente inquietante es que en el linóleo de la pared en la que se abre el respiradero se empieza a perfilar esa figura, aunque ahora sin rastro de las otras tres que veía cada día a mi alrededor allá en el baño del apartamento que adquirí en la Ciudad a mi regreso de Los Angeles.

No podía ser por lo tanto mi imaginación visual la que me hacía alucinar. Tenía que reconocer que allí entre las manchas de lejía y

los ronchones de humedad se iba perfilando un mensaje en forma de figura blancuzca con rasgos difuminados de tono rojizo. Es justamente esta noche, seguramente de las últimas que he de pasar aquí oculto, cuando en un instante he visto el *Angelus Novus* de Klee, la representación del *Angel de la Historia* de Benjamin.

Y de repente he recordado algunas cosas que de este símbolo me contó Tyler, un amigo músico de ella, alguien cuya cultura siempre envidié pues parecía seducirla mientras que yo solo supe hablarle de mis planes revolucionarios, y alguien que iba tomando importancia en nuestra correspondencia mensual. Se trataba de una figura alada que habría vuelto el rostro hacia el pasado, desde donde nosotros le vemos, y que parece asombrado de lo que ve, nada más y nada menos que una cadena de fracasos, un perfecto error que nadie puede ya remediar sino, como mucho, contar con sentido, un sentido solo inventado y siempre a la espera de realizarse. Recuerdo que su amigo siempre terminaba esta historia, que a ella dejaba boquiabierta y a mí celoso, subrayando que este ángel pretendía alzar el vuelo y solo podía seguir mirando atrás sin posibilidades de aprovechar un viento favorable para seguir hacia delante.

Me sentí desfondado pues ante mí parecía abrirse una tarea cuya imposibilidad estaba descrita en el linóleo. No podría nunca empezar de nuevo. Nada, y sobre todo nadie, podría hacerme olvidar lo que sabía que sabía, el abismo que todo ser humano es para cualquier otro ser humano sin posibilidad de aferrarse a algo tan tonto como un amor de juventud que solo volverá como una huella en la arena.